

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN
OBRAS COMPLETAS

**RESONANCIAS
DEL CAMINO**



TOMO - II

**La edición de las obras
completas del Dr. Juan
Zorrilla de San Martín.**

Banco de la República Oriental
del Uruguay.

Mayo 24 de 1929.

Señor Dr. Don Juan Zorrilla de
San Martín.

Me complace en hacer saber a
Vd. que el Directorio que presido,
en sesión de fecha 20 del corriente,
adoptó la siguiente resolución,
con la adhesión unánime de todos
sus miembros al pensamiento que
la inspira, expresado individual y
colectivamente en forma altamente
elogiosa para su persona:

“El Directorio del Banco de la
República, inspirado en el patriótico
propósito de que se conmemore en
forma perdurable el cincuentenario
de *La Leyenda Patria*, que acaba de
celebrarse; considerando que el
altísimo cantor de las glorias
nacionales ejerce la funciones de
Delegado del Gobierno en el Banco
desde hace 24 años; creyendo, además,
que difundir ampliamente entre el
pueblo las obras del esclarecido
ciudadano es contribuir a robustecer
el concepto de Patria y a avivar la
conciencia nacional, y que con ello
se realiza, a la vez, obra de eficaz
cultura; teniendo en cuenta el
conocido precedente de que el Banco
de España editó las obras completas
de Ricardo León como homenaje a
este eminente hombre de letras,
antiguo funcionario de aquella
institución de crédito, resuelve:
Publicar, en edición especial y
popular, las obras completas del
Dr. Zorrilla de San Martín,
encomendando este trabajo al
propio autor, a quien se hará
entrega de la edición, separando
de ella quinientos ejemplares,
los cuales serán directamente
distribuidos por el Banco entre
las instituciones de enseñanza y
cultura del país”.

Al transmitirle esta resolución
con que el Directorio del Banco
de la República adhiere a los
homenajes de que ha sido Vd. objeto
con motivo del cincuentenario
recientemente celebrado, me es
grato solicitarle se sirva formular
el plan de la publicación y
disponer la forma de la misma.

Solamente me resta agregar a
los ya expresados, mis sentimientos
de adhesión personal, y ofrecerle
las seguridades de mi más alta
consideración.

Alejandro Gallinal
Presidente.

Julio Carlos Netto
Pro-Secretario.





Resonancias del Camino

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN

RESONANCIAS
DEL
CAMINO



IMPRENTA NACIONAL COLORADA
JUAN CARLOS GOMEZ, 1223
MONTEVIDEO
MCMXXX

París

¡Que te envíe impresiones de París!

No es chica dificultad. Hace ya varios días que ando de ceca en meca por esta ciudad, y, francamente, no veo claro. Por eso no te he escrito.

Y no es porque no haya sol: gozamos de unos días primaverales; la luz envuelve las cosas, y nos las envía a los ojos y al alma empapadas de alegría. Pero eso mismo hace que se muevan demasiado dentro de nosotros, y sobre todo en esta ciudad, en la que, si hay algo característico, está diluido en el conjunto que gira y se renueva sin cesar. Este modelo no se está quieto, no le puedo encontrar el rasgo personal dominante.

El que viene a París cree, muy a menudo, que, desde que pone el pie en esta gran capital, ya va a encontrarse son sorpresas o cosas extraordinarias.

Sucede, y tiene que suceder todo lo contrario.

Se concibe que se hallen sorpresas en ciudades que, como Sevilla, Toledo, Roma, Verona, Granada, Asís, tienen la eterna novedad de su pasado, y están encerradas en su ambiente an-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

tiguo como las joyas en su estuche. Pero París es el tipo y el modelo de la ciudad moderna; por todas partes, y muy especialmente en nuestro Río de la Plata, se la imita desde sus pavimentos hasta sus techumbres. Toda ciudad recién nacida pretende ser un pequeño París; a ninguna se le ocurre aspirar a ser un pequeño Toledo. Y hacen bien. Un boulevard de París puede ser construído por los hombres; una Alhambra de Granada, una catedral de Toledo no: las construyen las épocas.

Es cierto que en París existen también monumentos; pero no son lo protagonista de esta capital, no se ven, no se imponen, cuando menos, al viajero. La atmósfera los borra.

Yo he visitado ya el Museo del Louvre, el de Cluny, los Inválidos, la Cámara de Diputados, la Magdalena, Notre-Dame, la arenas de Lutèce, Versailles; he visto todo eso con el mismo espíritu que ha presidido mi viaje entero: no tanto por divertirme, cuanto por aprender algo; he recorrido, con ese objeto, muchos *boulevards* entre el gentío; me he mezclado a la vida que circula por todas partes. Creo, sin embargo, que te escribiré poco desde París. Siento que mi espíritu está disipado, que no se fija en nada con intensidad.

RESONANCIAS DEL CAMINO

Es que casi no es posible ver monumentos en esta ciudad. Aquí todo distrae; la atmósfera exterior, llena de movimiento superficial, todo lo compenetra: hasta las piedras de los monumentos antiguos, hasta las admirables telas del Louvre.

La multitud que pasa y se divierte; los viajeros en montón que miran sin ver y sólo para decir que han visto, o gastan dinero sólo para decir que lo han gastado, parece que irradian en torno suyo una atmósfera que mata el arte e impide la observación personal, y de la que no es posible sustraerse. Uno se siente arrastrado por el tumulto, y acaba por resignarse, aunque a regañadientes, a ser uno de los elementos que lo forman, por tal de ver, siquiera una vez, lo que ve todo el mundo. Yo me siento humillado cuando me encuentro en un teatro, por ejemplo, mezclado a una multitud que aplaude frenéticamente, con la boca abierta y los ojos ávidos, una gracia obscena y vulgar, como sucede tan a menudo. Me parece que se me ofende directamente, al confundírseme con esa gente que se complace en lo indigno, en el espectáculo o en la frase puramente animal. Pero el hecho es que yo estoy allí; me llevó el viento.

Para ver, pues, el París monumental o histórico, el digno de estudio porque tiene fondo,

ZORRILLA DE SAN MARTIN

es necesario emplear algún tiempo, bastante tiempo, sólo para aislarse un poco, para habituarse al París ligero que ve todo el mundo, y que no tiene nada que no podamos conocer en otras partes; para no dejarse detener en el camino por el escaparate, por el abalorio, por el teatrillo, por el espectáculo fugaz que halaga a la multitud, por la multitud misma sobre todo.

La nota más característica de esta hermosa ciudad son las anchas calles, los grandes espacios vacíos cuya amplitud, prodigada por todas partes, perjudica muchas veces el efecto estético. Yo creo que, aun para abrirse calles y plazas, debe guardarse una proporción. Así como un edificio sin punto de vista pierde parte de su interés porque aparece deforme, así el espacio vacío deforme aplasta el edificio al alejarlo demasiado sin aislarlo por completo. Una pirámide está bien en un desierto; pero un desierto no está bien dentro de una ciudad.

Yo creo que algo de esto pasa en París; y por eso lo protagonista es aquí la calle, el espléndido boulevard de amplias aceras, el arbolado que lo franjea, los cafés y los *restaurants* que lo limitan, los escaparates flamantes y de relumbrón, y sobre todo el gentío que lo recorre sin cesar, los ómnibus, los millares de carruajes de que está

RESONANCIAS DEL CAMINO

materialmente atestada la calle, los cascabeles que suenan en las colleras de los caballos, los vendedores ambulantes que gritan, los charlatanes que peroran encareciendo las excelencias de una nueva baratija, la *dernière nouveauté*, cuyo uso enseñan al público, los concurrentes a las mesas de café que ocupan la mitad de las aceras y allí, sentados al lado de las botellas de anchas bocas en forma de cornetas y grueso cristal a prueba de porrazos sobre el mármol, presencian el interminable desfile de sombreros de copa alta, y cuellos tan altos como los sombreros, y damiselas de mangas infladas, golas de espuma blanca, y talles esbeltos apretadísimos, y sombreros con pájaros de alas abiertas que parecen cuernos.

Es muy difícil sacar de todo eso una mancha exacta de color; no se le ve el carácter plástico; es fugaz y artificial; el año pasado era otra cosa, el que viene será otra distinta.

He llegado yo aquí demasiado empapado en el ambiente de ciudades homogéneas y llenas de carácter, como Florencia, Venecia, Verona, muy lleno de serenidades áticas o medioevales, para poder hallar encanto en el gran *boulevard* de París; me da éste en los ojos como un traje de arlequín, me suena a cascabeles y abalorios. Sus paredes están cuajadas de letreros colosales, avi-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

sos de teatros, métodos curativos, anuncios de chocolaterías. Hay papeles de todos colores pegados por todas partes: en los ómnibus que ruedan atestados de gente, en los kioscos de periódicos, en los redondos urinales de hierro enfilados al borde de las amplias aceras. Veo mucho amarillo, mucho colorado, mucho azul, muchas letras blancas y negras y rojas; todo fuerte, desentonado; todo grita a más y mejor para hacerse oír: los ojos se aturden tanto como los oídos.

Enormes caras rapadas de cómicos hacen vi-sajes pegadas en la pared; una bailarina amarilla o una ciclista azul, muestran las pantorrillas pintadas en rutilante cartel; una gran cabeza de zuavo fuma sonriendo su pipa, pegada en los cristales de los kioscos. Y en las paredes el brillo de los escaparates; y el brillo de las letras doradas y de las muestras llamativas en las rejas de los balcones; y gente, mucha gente que se codea en las aceras; y fiacres y ómnibus y peatones asustados por el centro de la calle...

No hay monumento que pueda adaptarse a este medio ambiente; no hay para él estilo posible: la piedra tiene que parecer demasiado severa; fría, inmóvil, la línea arquitectónica que tenga sobriedad; insípida la escultura que tenga reposo.

RESONANCIAS DEL CAMINO

Es eso lo que ocurre al armonioso juego de líneas griegas de los frisos y cornisas. y columnas del templo de la Magdalena. El mismo teatro de la Opera, con ser un magnífico esfuerzo de adaptación al medio en que se levanta, aparece, sin embargo, frío; las grandes calles que a él convergen, hirvientes de vida comercial, absorben todo el interés.

Es en este medio donde yo he venido a sentir el por qué de ciertas aberraciones estéticas. El esfuerzo por adaptarse a él engendra los estilos arquitectónicos que complican la línea y la retuercen hasta hacerla gritar de dolor; las escuelas de pintura que, con el nombre de impresionistas o efectistas, hacen que colores irreconciliables en la naturaleza, se abofeteen, dando alaridos, en el lienzo; las doctrinas musicales según las cuales la simple melodía es insípida, y sólo en la armonía estridente puede existir la expresión y el drama musical; las producciones literarias epilépticas o extravagantes o recargadas de color, cuya originalidad es sólo un procedimiento esdrújulo.

Es indudable que el hombre pierde en razón directa de la multitud de que forma parte. Los pensadores, los grandes artistas, son solitarios como los astros.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Ese gentío que veo en el *boulevard*, se embriaga del conjunto, sin fijarse en nada; no podría decir lo que hay tres metros más arriba de los escaparates; ve sólo, una y cien veces, los frisos o zócalos de los monumentos, los pedestales de las estatuas; se cuela codeándose en las puertas de los teatros como las ratas en su agujero.

Salgamos, pues, del *boulevard*, y busquemos aire más libre.

Tomo un carruaje y me voy al *Bois de Boulogne*, por la magnífica avenida de los Campos Elíseos. Es uno allí un átomo de la ola que rueda por aquella calle. Allá va, entre quince o veinte mil coches que se aturden mutuamente, que mutuamente se arrebatan el paisaje, que corren por correr. Se ve sólo gentío, cabezas de caballos, sombreros de cocheros que sobresalen, y látigos, y manchas de colores vivos de los trajes y sombreros femeninos que salpican la mancha oscura de la multitud que rueda monótona, incesante.

Los ciclistas, machos o hembras, cruzan como relámpagos por entre el tumulto, sobando el aire con las piernas que ostentan sus pantorrillas, nadando en el vacío, agarrados a la máquina en que cabalgan, con los pescuezos alarga-

RESONANCIAS DEL CAMINO

dos y mirando con grandes ojos hacia adelante. Parecen avestruces extraviados que buscan su banda dispersa.

Los guardianes del orden detienen un momento la masa de carruajes, para dar paso, de una acera a la otra, a un grupo de peatones que atraviesan azorados la calle, viendo enemigos por todas partes. Los curiosos, que forman una larga raya negra en los bordes del paseo, miran y miran sin cesar arrastrarse la otra cinta negra interminable que se desliza por el centro de la calle con rumor monótono de ruedas y cascabelles de colleras, y cascos de caballos que golpean a compás el pavimento de madera formando como el eco de un trueno lejano.

O yo estoy de más entre esta multitud, o la multitud está de más para mí. Ambas cosas probablemente.

Yo, que no viajo para divertirme, pero tampoco para fastidiarme, respiro mal esta atmósfera.

Me habla más la soledad de una ruina que todo esto; me oigo más a mí mismo sobre todo. Y si uno no oye nada ¿a qué diablos viene aquí?

Estoy deseando ver y oír una vieja ciudad puramente francesa; estar solo con ella. Quiero irme a Reims, a Rouen, a Tours, a Avignon, a pasar siquiera dos días, a ver si encuentro la

ZORRILLA DE SAN MARTIN

frente cana y venerable de la antigua Francia, tan grande y tan hermosa. París es demasiado joven, se viste demasiado bien, nunca se presenta en su traje definitivo; se lo cambia todos los años. Aquí existe la pasión de lo nuevo, de la *dernière nouveauté*, y yo, francamente, no me convenzo de que necesariamente *nuevo* ha de ser sinónimo de *mejor*. Los griegos no conocieron la moda, y crearon la belleza plástica. Belleza es reposo necesariamente; y, muchas veces, es negación de lujo.

Por otra parte, aquí siente uno casi siempre que está de más; hay en todos lados plétora de gente, hombres y mujeres que sobran: en las taquillas de los teatros, en las sesiones parlamentarias, en los espectáculos, en las estaciones de trenes y de ómnibus y de tranvías. Siempre hay gente que espera turno, que sobró del turno anterior. Todo el mundo está ocupado, aún los que se divierten. Estos se ocupan primero en ganar su plaza; después en no ser molestados en ella, en aislarse del vecino, al que miran de rabo de ojo sin perder la rigidez del pescuezo, en inflarse o esponjarse para cubrir su puesto como si empollaran. El hombre es el rival del hombre; se arrebatan mutuamente el espacio, el aire, la luz.

Habiendo tanto espacio y tanta luz en la tierra,

RESONANCIAS DEL CAMINO

¿por qué se amontonarán así los hombres? ¿Por qué ese empeño en renunciar a ser personas para transformarse en números?

La importancia protagonista que tiene aquí la calle, el *boulevard*, el arbolado, la acera del café, el escaparate, el movimiento exterior, hace que los grandes edificios parezcan sólo decoraciones de las calles. Estas son como tajos dados en la masa de construcciones que, sacrificadas al hueco, forman una cuña como proa de barco en un lado, para hacer lugar a dos avenidas convergentes; una media luna en otro, para dar espacio a una plaza redonda; una isla irregular más allá, para abrir camino a las tres o cuatro calles que la circundan. Parece que las construcciones han tomado sólo los recortes de terreno que han sobrado a las calles; que los grandes edificios, iglesias, teatros, estaciones, se han colocado en los extremos de aquéllas como decoraciones pintadas muy hermosas, muy simétricas, admirables de situación; pero con algo de *pose*, es decir, de actitud enfática. Parece que el edificio se da cuenta de que lo están mirando, y dice a la gente: ¿Han visto ustedes que bonito soy? Se admira; pero la idea de monumento se va.

Muchas veces la avenida para ser espléndida, ha aniquilado el edificio secular, lo ha aplastado

ZORRILLA DE SAN MARTIN

arrebatándole su carácter, su ambiente propio que formaba parte de su ser. Ahí está, por ejemplo, la maravillosa catedral gótica de *Notre-Dame de Paris*, el templo de las tradiciones y las leyendas. En torno de ella se agrupaba un día el viejo París, como hoy Toledo en torno de su catedral o de su alcázar. La construcción madre descollaba venerable y grandiosa en el sitio de la iglesia primitiva del siglo IV; aun a fines del siglo pasado se subía a ella por 13 escalones de piedra; estaba en lo alto. Hoy está en el mismo plano de la plaza y de las calles que la circundan, y cuyo nivel se ha levantado hundiendo la catedral. Grandes edificios simétricos han sido contruidos a su alrededor, formando calles amplias; han regularizado la ciudad indudablemente; pero han estrangulado el monumento. *Notre-Dame* ya no existe, está sepultada.

Y es indudable que la *Notre-Dame* que fué no puede ser substituída.

Se ha construído, en cambio, un gran templo para el gran boulevard moderno: la Magdalena; pero eso es artificial y huelga en la atmósfera que lo rodea. No es, como lo fué *Notre-Dame*, el intérprete arquitectónico de una época, el gótico medioeval brotado lentamente de la tierra y del alma del pueblo, como desarrollo espontáneo y natural del bizantino, del romántico; no es la

RESONANCIAS DEL CAMINO

Francia de piedra. Es una imitación de los templos griegos, hechos para figurar en la serenidad de la acrópolis, pero no para decorar el *boulevard* cosmopolita y abigarrado.

Paso por frente a la Magdalena por la mañana. Las puertas del templo están tapizadas de paños negros con franjas de plata y cifras; el vestíbulo corintio está enlutado. Un convoy funerario sube por las graderías conduciendo un ataúd; a lo largo de la verja esperan los carruajes de luto, cuyos caballos con gualdrapas, también enlutados, sacuden las orejas envueltas en cucuruchos de merino, y miran, como los antiguos disciplinantes, por los agujeros de sus caretas o capuchones negros.

Y en torno de ese cuadro; alrededor del severo templo de luto, hierve el boulevard: ruedan los ómnibus o son asaltados por la gente; pasan por centenares los *fiacres* guiados por sus cocheros de sombreros de copa alta de hule blanco o negro; se arremolina la multitud en las puertas de las tiendas, en los escaparates; beben cerveza o ajenjo en la acera del *restaurant* de enfrente.

Paso, dos horas después, por el mismo templo de la Magdalena, y veo otro convoy, vestido de blanco, que aguarda a que acaben de descolgar los tapices negros que se ven amontonados

ZORRILLA DE SAN MARTIN

en el vestíbulo: es una boda. La novia lleva su corona de azahares; el novio su frac; los acompañantes van sonrientes.

Ya han sacado el muerto, y los novios entran. En las alfombras de la iglesia quedan después mezclados siemprevivos y azahares, que son barridos juntos y arrojados al montón de residuos de la vida.

Se me ocurría, al ver eso rodeado por el hervor del boulevard, que la gente que respira esta atmósfera no puede aficionarse mucho, ni a morir, ni a casarse.

Una de las calles más hermosas de París es la que, partiendo del palacio del *Louvre*, genuino monumento francés de la más noble sangre, y que tendría que describirte aparte, termina en el Arco de Triunfo, que sirve de centro a doce avenidas que forman como los radios de una rueda inmensa. No debe de existir en el mundo, seguramente, una calle tan espléndida, ni una posición como la de ese Arco, erigido por Napoleón para conmemorar sus victorias.

Está aquél situado en una altura; se domina desde su pie la extensión de las calles que a él convergen, y que aparecen como cintas franjeadas de árboles. En la de los Campos Elíseos, se ven de día los carruajes que la cubren como

RESONANCIAS DEL CAMINO

caminos de hormigas o manchones negros; de noche, como una procesión de millones de encapuchados con cirios que andan en la sombra, corriendo los unos sin rumbo, enfilados los otros, movable y fantástico el conjunto.

El cuadro, sin embargo, no tiene horizontes; se desarrolla en un solo plano. Los edificios que limitan la avenida desaparecen aplastados por la anchura y la extensión de la calle; no tienen más misión que la de determinar la cinta blanca franjeada de verde, que se ve inclinarse en blanda hondonada, y volver a levantarse a lo lejos hasta terminar en las Tullerías, y el Louvre por un lado, y en los bosques lejanos por el otro.

¿Y el arco de triunfo en sí mismo?

Lo miro largo tiempo; miro sus grandiosas y nobles líneas greco-romanas, sus bajo relieves de piedra: Napoleón con clámide griega coronado por la gloria, gritos de guerra, batallas, triunfos, nombres, fechas.

Este arco es una imitación del Arco de Tito del foro romano; pero es mucho mayor, sin perder sus esbeltas proporciones; es el mayor del mundo según creo. El recuerdo del arco de Tito y de los demás de la antigua Roma le perjudica, sin embargo.

Aquellas ruinas de dos mil años me parecieron

ZORRILLA DE SAN MARTIN

de piedra condensada; irradian majestad; imponen silencio como los muertos. Este arco no me convence, no lo creo; me parece de cartón pintado. Te doy mi impresión. Si es atrevida, es, en cambio, ingenua y sincera.

¿De qué nace?

Yo no lo sé con precisión; pero yo encuentro a Napoleón más grande que este Arco de Triunfo. Es que Francia es más grande que Roma; pero no es Roma. Yo veo a la Francia en su arte románico, en el transparente ojival nacido acaso en los claustros de Cluny; la veo en su espléndido renacimiento y aun en sus estilos galantes y delicados de Luis XIV y Luis XV: *Notre-Dame*, la *Sainte-Chapelle*, el *Louvre*. Veo en todo eso el vestigio de la nación protagonista del mundo; leo allí su gloriosa historia. No veo en cambio nada de su espíritu en este arco greco-romano que sólo representa la obsesión de Napoleón por la antigua Roma, su debilidad por imitarla a tontas y a locas, como si sus soldados fueran menos legendarios que los de César.

¡Cosa curiosa! Nuestro siglo, que ha tenido cien veces más arquitectos que los siglos creadores, no ha tenido una arquitectura, no ha creado una línea nueva. Es que le ha faltado reposo: los ideales han cambiado cada diez años; la fe en ellos no ha existido con la energía necesaria

RESONANCIAS DEL CAMINO

para tallar la piedra. Es el nuestro, el siglo de las construcciones rápidas y provisionales, que no dan tiempo a que un pueblo, por intermedio de un artista, imprima en ellos su carácter y su genio.

Si yo pudiera ver el Arco de Triunfo de París dentro de mil años, aunque fuera en ruinas, acaso me impusiera más que hoy, por más que no reconociera en él el espíritu francés; pero ¿quién me asegura que resistirá mucho tiempo a la atmósfera que lo envuelve con su poder disolvente? Me hace, pues, el efecto de una fruta que no está madura: no sé de qué color, ni de qué forma será, en definitiva.

Y si eso digo del Arco de la Estrella, ¿qué no diré de estas grandes construcciones de hierro, restos de exposiciones universales, que siempre me hacen el efecto de provisionales, como las tiendas portátiles de un campamento?

No son monumentos, son vestigios de ferias colosales.

La torre de Eiffel, de trescientos metros de altura, es su tipo.

¿Durará esta torre? ¿Madurará? ¿No la desmontarán cualquier día para hacer otra más alta, después de haber llenado ésta su único objeto,

ZORRILLA DE SAN MARTIN

que fué el de admirar a la gente por su tamaño, y hacer hablar al mundo?

La torre de Eiffel es un andamio gigante sin ser grande. Se ofrece a la vista como esas *cunitas* o combinaciones de hilos que los niños se extraen mutua y sucesivamente de las manos. Se ven en ella los nudos o soldaduras de los hilos de hierro que la constituyen por dentro y por fuera; se ve todo. Es una altura flaca y sin misterio. Parece que, para hacerla muy alta, la han estirado como una pasta que se levanta del centro, o como se estiran esos aparatos formados de rombos articulados que se alargan y se acortan desde las puntas. La han alargado hasta donde ha dado el hierro.

Las pirámides de Egipto eran menos altas; pero eran tumbas; aplastaban Faraones y medían el desierto. Las cúpulas son más bajas; pero son como grandes depósitos de cielo; guardan una porción de éste dentro de su curva excelsa para consagrarlo a un objeto: están llenas.

La torre de Eiffel no tiene nada dentro; está completamente vacía. El cielo se escapa de ella, como el agua de la red.

Y como es tan desproporcionada con los edificios que la rodean y con todos los de la ciudad, parece un grito agudo, un fuerte silbido en me-

RESONANCIAS DEL CAMINO

dio de una melodía; no pertenece al acorde; aturde.

Hay, sin embargo, en ella, una grande impresión cuando uno se acerca por primera vez a sus enormes patas abiertas como las de una araña encrespada, o las de una jirafa que ramonea las nubes; cuando se pasa por debajo de los cuatro arcos de hierro en que descansa, y que se proyecta sobre el cielo, más arriba de todos los demás edificios, como círculos colosales de filigrana. Entonces, al levantar uno la cabeza, la enorme construcción tiene garra y da un zarpazo. Se ven las nubes que pasan, y la torre, y el tricolor francés allá en la punta, entre las nubes. Es una asta-bandera digna, al menos por su altura, del glorioso emblema que sostiene. El movimiento del cielo se comunica al excelso andamio, y éste aparece como inclinado, vacilante por el flotar de la bandera.

Visto de noche, ese efecto es fantástico. Las sombras solidifican la gran malla de hierro, borran el pedazo de mundo que la rodea, hacen soledad en la tierra y en el aire, y la torre es entonces realmente grande, con su corona de luces que determina, sobre el cielo oscuro, la cornisa de su primer piso.

Yo declaro que me produjo escalofrío cuando, una de estas noches, sentado al pie de ella,

ZORRILLA DE SAN MARTIN

vi ponerse la luna, una luna rojiza y sin brillo como la esfera de un reloj de contar siglos, tras la silueta negra de un arbolado pegado en el horizonte oscuro. La luna y el cielo y la torre estaban en proporción.

Estaba yo solo; el cielo no tenía estrellas; por el aire pesado y caliente pasaban ráfagas frías, y aquella torre de hierro, a mi lado, me parecía, francamente, un desmesurado compañero, cuya voz no hubiera querido oír, porque me hubiera dado miedo.

París

Vengo de visitar, en el Hotel de los Inválidos, *le tombeau de l'Empereur*, el emperador por antonomasia.

El emperador está aquí por todas partes; el París moderno es la ciudad, el monumento del emperador.

‘Todas las ciudades europeas tienen una época histórica, un nombre que les imprime carácter. París, que es la ciudad de este siglo (el año 40 no tenía un millón de habitantes), parece, a primera vista, nacida con él, es decir, con la revolución condensada en Napoleón.

Todo lo demás de la larga y gloriosa historia de Francia, que tiene tantas huellas en esta ciudad, y que pudiera tener su interpretación proporcional, se ha ido obscureciendo, a medida que los recuerdos napoleónicos han ido tomando posesión de los arcos, de las plazas, de las calles, de los monumentos modernos, de la atmósfera de París.

No veo aquí, en la proporción histórica que les corresponde, ni a San Luis, ni a Carlos V,

ZORRILLA DE SAN MARTIN

ni a Luis XI, ni a Du Guesclin, ni a Bayard. No surgen Richelieu, ni Colbert, ni Mazarino, ni Turena, ni Condé, ni Luis XVI. En cambio se están levantando monumentos a personajes modernos, muchos de ellos no juzgados aún; frutos madurados acaso artificialmente; mármoles poco duros.

Vese, de vez en cuando, es cierto, algún Carlo Magno o algún Enrique IV que pasan, caballeros en sus negros caballos de bronce, por la Plaza de *Notre-Dame* o por el puente nuevo; aun se ve desembocar, por la *rue des Pyramides*, hacia las Tullerías, la gallarda figura de Juana de Arco, que se empina en los estribos para alzar en alto la floreal bandera; la heroína cándida resplandece con luz matinal allí en su pequeña plaza, y París riega a menudo de flores su pedestal. Pero es indudable que todo eso abre paso al emperador y a su época y a su siglo. Se dijera que los viejos héroes, al retirarse, sofrenan un momento sus caballos, para contemplar de lejos la apoteosis del emperador.

Arco de triunfo con Napoleón y sus victorias y sus generales; arco del Carroussel con Napoleón y los soldados de su guardia de alto morrión y fiero continente; columna Vendome con Napoleón vestido de túnica romana; columna de la Victoria o *du palmier* con los nombres de

RESONANCIAS DEL CAMINO

las victorias de Napoleón; puente de Iena, y de Austerlitz, y de Arcola, con águilas imperiales en los estribos; avenidas de la Grande Armée, y de Friedland, y de Rivoli, y de las Pirámides, y de Wagram, y de Hoche, y de Kleber, y de Marceau. Eso es lo que suena, eso lo que se destaca para el viajero en París.

En las galerías de pinturas del Louvre, los acicalados cuadros de David son la apoteosis de Napoleón; el Emperador está en todas partes en las galerías de Versailles; en los salones anuales de pintura, Bonaparte ocupa las grandes telas. Una interesante exposición de la Revolución y el Imperio, que encuentro abierta, me hace conocer el lecho de muerte de Napoleón, sus últimos muebles, las ropas que usó en Santa Elena, sus camisas, sus calcetines, su sombrero de paja, los bustos y las armas de sus generales, rotas o abolladas por las balas enemigas. Se ven por todas partes los retratos y las estatuas del emperador; a pie, a caballo; ya en actitud de meditación sombría, ya radiante de inspiración, ya vago como sombra que pasa al galope por el campo de batalla, despertando los recién muertos gloriosos, que se incorporan un momento sólo para gritar ¡viva el emperador!

Se ve la figura pálida del flaco soldadito de Tolón, con traje del directorio, faja tricolor y

ZORRILLA DE SAN MARTIN

larga melena de crenchas lacias; se ve después la otra figura, la del Cónsul, la del César, redonda, con su corto mechón de cabello sobre la frente, o su sombrero elástico erguido sobre el entrecejo poderoso; con las piernas en sus ceñidos pantalones blancos y en sus botas; con la mano derecha entre los botones de su casaca gris.

El otro Napoleón, el tercero, fué el que construyó, puede decirse, este gran París moderno, borrando el antiguo con rayas de *boulevares*, como se tacha con la pluma una página que se corrige; pero como él nació y vivió de la gloria del primero, parece que su obra consistió en abrir grandes espacios para escribir el nombre de aquél por modo indeleble. Napoleón III no existe en París, no se le ve. No hay más emperador, que *el emperador*.

Los mismos nombres sinfónicos de generales y soldados que suenan en calles, plazas y avenidas, Massena, Kleber, Marceau, Lannes, son sólo satélites del astro que paseó el cielo de Europa a principios del siglo, goteando su luz roja como de sangre encendida.

Penetro en el gran patio de honor del Hotel de los Inválidos, noble construcción levantada por Luis XIV par dar asilo a los viejos servido-

RESONANCIAS DEL CAMINO

res de la patria; también allí, en el sitio protagonista, me encuentro con la estatua del emperador, que ocupa el arco central de la galería superior. Ahí está, con la cabeza cubierta por su tricornio, e inclinada sobre el pecho; con la mirada de abismo luminoso hundida en el pensamiento; con la mano en los botones de la *redingote*. También se ha absorbido, pues, Bonaparte la severa construcción de Luis XIV. El patio de honor de ésta es el pedestal de su estatua; la luminosa cúpula dorada que emerge del centro del edificio es el baldaquino de la tumba de Napoleón.

Entro en ésta: es un templo greco-romano en forma de cruz griega, de brazos iguales. En el de frente a la puerta de entrada hay un altar con un gran crucifijo de bronce oscuro, bajo un baldaquino sostenido por cuatro columnas torsas o salomónicas de mármoles brillantes y bronce dorados.

Sobre la intersección de las naves, se levanta la cúpula que es lo protagonista: lo demás concurre sólo a su solemne efecto. Bajo la cúpula está la tumba.

No te daría idea sensible de ésta, si me limitara a decirte que ocupa el fondo de una cripta abierta en el centro de la iglesia. Es necesario

ZORRILLA DE SAN MARTIN

que te la haga ver con más precisión, pues tú no conoces criptas análogas.

Imagínate una excavación, un amplio pozo circular, que ocupa, bajo la cúpula, el centro de la nave, rodeado de un brocal o antepecho de mármol. En el fondo de esa excavación se ve, desde arriba, el sepulcro sobre un piso de mosaico. Es un gran sarcófago, en forma de cubo antiguo de mármol rojo, brillante, rodeado de doce estatuas blancas que están de pie delante de sendas pilastras cuadradas. Estas forman una oscura galería circular en torno del sepulcro.

El efecto que produce el interior de esta iglesia es el de un despertar a una hora que no es ninguna de las veinticuatro de que consta el día. En los templos en que la nave principal es más larga que la del crucero y la del ábside, es necesario adelantar algo en la nave de entrada para llegar a colocarse bajo la cúpula; el espíritu se prepara a la impresión de ésta. Aquí, por el contrario, hay choque estético, sorpresa, todas las sensaciones estallan juntas como un acorde. Con sólo andar algunos pasos en el templo, ya se encuentra uno junto a la balaustrada de la cripta central. Se alza entonces la cabeza y se ve, arriba, la soledad sideral de la cúpula; se baja la mirada y se ve, debajo, el misterio de la

RESONANCIAS DEL CAMINO

cripta. En el centro de ésta está el sarcófago, frío, mudo, sin atributos: una piedra rojiza, envuelta en un crepúsculo. Las dos impresiones, la de arriba y la de abajo, se funden en una sola emoción de vacío y de silencio, es decir, de infinito.

Es un triunfo.

Después de pasear un momento la mirada por la cúpula, se apoya uno en la balaustrada, y mira hacia abajo... y se queda largo rato mirando aquel sepulcro brillante y frío, como si se quisiera penetrar con los ojos hasta el cuerpo embalsamado que está dentro de él. Se miran en seguida las estatuas pálidas e inmóviles que lo circundan, y que parece van saliendo de la sombra como apariciones, y detallándose poco a poco. Mira uno, por fin, los grupos de banderas que hay por allí, banderas desteñidas por el aliento de fuego de la batalla en que flotaron, pendones muertos como el héroe, sombras de una sombra.

Las doce estatuas que se observan después de romper el círculo mágico en que uno ha estado clavado al mirar el sarcófago, son bellísimas. A primera vista, parecen idénticas entre sí, impersonales; pero, a medida que se detallan, van presentándose con personalidad propia.

Son griegas; tienen la inmovilidad, la imperturbabilidad de la estatua helénica, su secreta fa-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

cultad de imponer silencio, de no distraer, y de confiar el secreto de su vida sólo al que anhela saberlo. No llaman, no preguntan jamás; contestan al que quiere y sabe interrogarlas. Son rígidas sin dureza; los pliegues de sus clámides talaras caen ingenuamente; son líneas puras que ondulan; sus actitudes son nobles; sus cabezas, de clásica forma, tienen expresión de esfinges animadas; sus ojos sin pupilas miran el sarcófago con esa expresión de fijeza, al par que de vaguedad, que es propiedad de la mirada de mármol, cuando el arte ha conseguido que el mármol mire.

Ese conjunto de inmovilidad y de silencio no existiría, sin embargo, en este monumento, si el templo no estuviera iluminado por una luz láctea y muy fría que, penetrando por las ventanas del crucero, al través de los vidrios de un blanco ligeramente azulado, difunde en el aire un tímido color de aurora, dejando la cripta envuelta en medias tintas. La luz solar de las ventanas de la nave absidial penetra en cambio con libertad, e ilumina vigorosamente los mármoles de colores y los dorados del baldaquino del altar con resplandores de gloria. En medio de éstos, abre los brazos y deja caer la cabeza sobre el pecho el Cristo de bronce. Ese baldaquino es un tribunal.

RESONANCIAS DEL CAMINO

Salgo, pues, de la tumba del emperador y conservo, como impresión protagonista, el recuerdo de esa luz vaga, azulada, que se difunde por el templo: luz de aurora, luz de juicio final.

Es la que corresponde a la memoria de ese héroe extraño que está allí callado para siempre, metido en su sarcófago de piedra, rodeado de esfinges blancas, muerto ante el Cristo envuelto en luz.

A éste la ardua sentencia.

Cuanto a nosotros, aun no somos su posteridad. ¿Acaso existe la posteridad sobre la tierra?

En la luz crepuscular que envuelve la tumba del emperador, yo he creído ver algo de esos resplandores de luna que inician la noche, o de esas tintas, entre rosadas y celestes, que anuncian las auroras: rayos de la tarde de Santa Elena, mezclados acaso con los de la aurora de Austerlitz.



París

La calle más hermosa de París es el río Sena, que atraviesa la ciudad dividiéndola en dos partes iguales.

Mucho más que recorrer los *boulevards* que me encierran y me aturden y me limitan los horizontes, me gusta recorrer el Sena en los vaporcitos-ómnibus que lo cruzan a cada paso, sin ruido, resbalando por la educada superficie, y que nos permite tomar distancia para ver las cosas, gozar de cuadros en que no estamos metidos nosotros mismos. Me parece que, desde el momento en que el vaporcito se desprende del pontón, salgo de París, y lo veo con calma desde afuera.

Es este agradable paseo una parodia de viaje, con embarque, ruido de agua removida por el hélice, resoplidos de vapor, temblor de barco en marcha, movimiento de la cadena del timón, olor a aceites quemados y a cables con alquitrán. Se juega a los viajes, como los niños a los muñecos; viajes de cinco o diez minutos, de una estación a otra, que permiten detenerse donde

ZORRILLA DE SAN MARTIN

uno quiere, ver distintos cuadros, ya desde un puente, ya desde una calle, y seguir el viaje, tomando otro vaporcito que pasa diez minutos después.

El río es ancho, cien a ciento cincuenta metros; profundo de tres o cuatro, fresco, de corriente rápida. Es un río que parece, por sus proporciones, hecho expresamente para París. Ni es tan caudaloso que cobre el aspecto serio y comercial del Tamesis en Londres, ni tan escaso que pierda el carácter de verdadero río. París lo quiere bien, lo cuida, le arregla el lecho en que corre, lo cruza de puentes elegantes como de arcos triunfales, y le presenta sus más famosos edificios alineados a lo largo de su corriente.

Lo recorro en una mañana de sol. Los *quais* o calles ribereñas de uno y otro lado están a dos o tres metros de altura, y se ven poblados de árboles que forman una larga franja verde. Se descende de ellos a la playa adoquinada del río por escaleras de piedra; sobre esta playa pavimentada desarrolla el Sena el blando movimiento de sus olas.

El agua es verdosa; pero en un día como el de hoy, en que el cielo está limpio, aparece azulada y brillante. Un ambiente de fresca alegría parece salir de su superficie.

RESONANCIAS DEL CAMINO

El vaporcito adelanta por el centro del río. En las márgenes hay movimiento de trabajo. Sobre las grandes chatas cargadas de materiales de construcción, piedras, balasto, arena roja, maderas, se mueven los obreros que cargan o descargan. Se acercan a ellos los carros que descienden a la orilla por planos inclinados desde lo alto de las calles. Los pescantes a vapor extienden su brazo oblicuo de hierro, que gira en el aire llevando colgado el cajón que sale lleno del vientre de la chata, y se derrama con estrépito en tierra, para regresar de nuevo por el aire vacío y tambaleante.

Pero ese movimiento de trabajo no absorbe, no imprime carácter a las orillas del río. La gente que pasea se mezcla a la que trabaja: los muchachos que juegan, los perros a los que se hacen nadar arrojando al agua piedras o trozos de madera, los caballos que se bañan, la gente desocupada que pesca con caña, sentada en los malecones, todo es pintoresca nota del cuadro. Las mismas chatas que recorren el río o están atracadas en sus márgenes tienen su casilla habitada, con sus ventanillas de cortinas blancas, y sus macetas de flores, y sus jaulas con pájaros prisioneros. En ella vive la familia del barquero; andan por sobre la cubierta la mujer de éste, y los niños de cabecitas rubias, y el perro que se acerca al bor-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

de de la barca, y, desde allí, con la oreja parada y las patas rígidas, atisba al enemigo invisible a quien siempre espera, y se retira dejando algunos ladridos en el aire.

Al través de los arcos de piedra del puente más próximo se ven los de hierro del de más allá, y el de otro más lejano. En el estribo del primero, a flor de agua, están de pie dos soldados de piedra con las manos apoyadas en los fusiles, los bizarros soldados de Crimea. Pasamos a su lado y atravesamos el ojo del puente.

Los vaporcitos ómnibus discurren en todas direcciones, van y vienen. Los unos se alejan mostrándonos la popa, que se hunde en el agua revuelta en la que queda profunda estela; los otros se nos acercan presentándonos su afilada proa, agrandándose a medida que se aproximan, y cortando el agua como un cepillo de carpintero que levanta virutas blancas; los otros pasan y repasan a nuestro lado, mostrándonos las series de sus ventanillas cuadradas.

Estos vaporcitos, *bateaux-mouches*, son ligeros, elegantes, alegres; recogen la luz en sus cubiertas blancas, en sus toldillas de telas de colores claros, en sus esbeltos cascos rojos, y la pasean sobre el río. Se detienen, a toque de campana, en sus pontones-estación, para dejar una hilera de gente por un lado, mientras recogen otra hilera por

RESONANCIAS DEL CAMINO

el otro en un minuto; y siguen ligeros, y esbeltos. Se les ve por todas partes: el Sena sin ellos sería triste; no tendría con quien reír.

El inspector anuncia a voces, y agitando una campana, el arribo a las estaciones: *¡Pont des Invalides! ¡Trocadérro! ¡Champ de Mars!*

Por el centro del río, van jadeantes los vaporcitos remolcadores pintados de negro. Más serios, más burgueses que los *bateaux mouches*, desdennan la elegancia y buscan sólo la fuerza; arrastran un rosario de enormes chatas cargadas de maderas o de piedras, casi hundidas en el agua por el peso; tiran de la cuerda a que éstas van amarradas; forcejan haciendo resonar sus toses de vapor, arrojando bocanadas de humo negro por sus chimeneas, y chorros de agua caliente por sus flancos de hierro; lanzan de vez en cuando un suspiro sonoro por sus silbatos de bronce que se envuelven en blanca neblina, semejante al aliento caliente de una boca en una mañana de invierno. Al pasar debajo de los puentes doblan sus caños articulados para no tropezar, como si se agachasen, y siguen, siguen tirando. Da ganas de aplaudirlos, al verlos tan fuertes, tan valientes. Las estúpidas chatas se dejan arrastrar, indolentes y hundidas en el agua, sin hacer nada por la riña; parecen viejas paralíticas arrastradas por un niño.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Se van cruzando, uno tras otro, los puentes de la ciudad, unos de piedra, otros de hierro; se siente, al pasar bajo de ellos, el trueno de los carros que pasan por arriba; sobre sus pretilas se ve desfilar sin interrupción el hormiguero humano: ómnibus que aparecen enormes vistos desde abajo, con sus imperiales llenos de gente que abre sus quitasoles; coches que van y vienen, hileras de gente a pie, cuyos bustos, cabezas, sombreros o paraguas llenos de sol, se ven pasar por sobre el antepecho del puente como muñecos fijos sobre una cinta que se desliza.

De los edificios que franjean el río, se distinguen, sobre las copas de los árboles que ocupan el primer término, las puntas más salientes: una cúpula o una torre, un pedazo de los últimos pisos de las casas, sus techos de pizarra abuhardillados y erizados de tubos de chimeneas, una bandera tricolor que flota en el aire.

—¡*Concorde!* grita el inspector del vaporcito.
¡*Pont de la Concoorde!*

Subamos, pues, al puente de la Concordia, centro de la ciudad; veamos el cuadro desde arriba.

Grande extensión vacía en todas direcciones.

A nuestra izquierda, se extiende espléndida la plaza de la Concordia, con su obelisco en el

RESONANCIAS DEL CAMINO

centro y sus dos fuentes de chorro exuberante a los costados. Allá del otro lado, entre dos construcciones iguales de arcos y columnas que limitan por allá la plaza, desemboca en ésta la *rue Royale*, cerrada en el fondo por el tímpano triangular y el pórtico corintio de la iglesia de la Magdalena. A nuestra derecha, del otro lado de la calle ribereña, el frontón y pórtico griegos de la Cámara de Diputados, que aparece achataada por la extensión; y la desembocadura oblicua del boulevard Saint-Germain. A nuestra espalda la corriente del Sena sobre la que hormiguea el sol en larga estela de oro fundido. Cierran el horizonte de este lado las colinas lejanas; y, en primer término, sobre los arcos del primer puente y sobre los árboles verdes que se ven tras él, se eleva la redonda mole del palacio del Trocadero, formada por arcadas pequeñas sobrepuestas que me recuerdan los nichos del muro de un cementerio, y coronada por dos torres de estilo oriental, cuadradas y esbeltas. La torre Eiffel, a la izquierda, esfuma el largo cuello en el esplendor del aire.

En el lado opuesto, frente a nosotros y a lo largo del Sena, se ve el París antiguo: las islas de Francia y de San Luis; las dos clásicas torres cuadradas de *Notre-Dame* y su aguja fina; la otra aguja de la *Sainte-Chapelle*; la cúpula re-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

donda, color de pizarra o de hierro, del *Instituto de Francia*; el trapezoide del palacio del *Louvre* que se eleva sobre los árboles que ocultan el primer piso, y enarbola en lo alto la bandera francesa. Y otras torres puntiagudas más allá, y unas cuantas chimeneas de fábrica que humean allá muy lejos, entre las nieblas de un gris rosado; y el horizonte, en fin, en que se hunde la inmensa ciudad.

Es ésta una extensión de construcciones que, aunque grandiosas, aparecen achatadas por la dilatación del espacio que las envuelve; un cuadro plano del que es protagonista el río que tenemos a nuestro frente y a nuestra espalda, la serie de puentes animados por la multitud que los cruza, los arbolados de las márgenes, los establecimientos flotantes de baños con sus series de ventanillas atracados en las costas, los vaporcitos llenos de gente y de luz que van y vienen, entran por los ojos de los puentes y salen de ellos haciendo sonar su campana, los curiosos o pescadores de caña recostados en los parapetos o sentados en las escaleras de piedra que se hunden en el agua.

Es, realmente, un espectáculo espléndido.

Entretanto, por el puente que ocupo, va pasando a mi lado el detalle del París viviente, las hormigas de ese gran hormiguero humano: ómnibus como torres, atestados de gente; dami-

RESONANCIAS DEL CAMINO

selas de redondos sombreros de paja y exuberantes pantorrillas, caballerías a la jineta en sus velocípedos, y que se agachan para oprimir los pedales; un portero de oficina de galoneada gorra y botones dorados; un misionero de barba y largo cabello gris con su *rabat* sobre el pecho; más velocipedistas que caminan a pie por el borde de la acera haciendo rodar a su lado la ligera máquina; una hermana de San Vicente de Paul que, con los ojos bajos, cruza el puente como un ave azul de alas blancas que busca callada el nido; series de *fiacres*; soldados; carros cargados de mercancías, bolsas, pipas, cajones, y cuyo peso hace estremecer el puente; un perrillo que, desde los brazos de una señora que lo lleva, mira enojado el tumulto, ladra y se esconde gruñendo en el caliente seno que lo abriga; diez, veinte, cien clases distintas de coches de casas de comercio, de colores llamativos y letras doradas, con cocheros y lacayos y pajes; estudiantes y agentes de comercio con sus carteras bajo el brazo; un soldado de dragones que pasa a caballo reflejando el sol en su casco de bronce del que cuelga sobre la espalda el penacho de crin negra; chiquillos, viajeros con anteojos, negros del Sudán, obreros, coches aristocráticos... la mar. Todo eso se ve en diez minutos; todo pasa y se renueva sin cesar. Y pasa en silencio relativo:

ZORRILLA DE SAN MARTÍN

no se oyen voces; aquí, en general, nadie habla en voz alta; creo que los mismos perros de París se han habituado a no ladrar por las calles; se huelen en silencio; sólo suena la balumba de ruedas y cascos de caballos sobre el pavimento, como un redoble sobre un bombo.

Bajemos, pues, la escalera del puente, y descendamos a la orilla; tomemos ese vaporcito que se acerca un momento a su pontón tocando la campana, y, como una gaviota que da al pasar un picotazo en la orilla, se desprende inmediatamente para seguir hacia *Notre-Dame*.

El Sena se bifurca cruzado por dos puentes para abrazar la pequeña isla de la *Cité*. Ahí está la antigua *Conciergerie* llena de carácter y de recuerdos; sus torres de piedra negra parecen tubos lisos cerrados por largos embudos. Se une el río y vuelve a bifurcarse para abrir espacio a otra isla más pequeña, la de San Luis, cuna de París que se agrupó un día allí, alrededor de su gran catedral.

Aun hoy, vista desde el Sena, la cincelada mole negruzca de *Notre-Dame* se yergue soberana en aquella pequeña isla que parece arrojada al río con la espléndida catedral cimentada en ella y formando con ella un solo bloque de piedra rodeado de agua. El gran bloque aparece coronado por la crestería del templo; por

RESONANCIAS DEL CAMINO

sus dos torres cuadradas, de esbeltas ventanas gemelas como dos largos nichos ojivales; por los encajes de piedra que forman sus rosetones; por sus contrafuertes aislados terminados en agudos y elegantes doseletes y en agujillas finas, y en los que se apoya el maravilloso juego de arbotantes tenuísimos que soportan el ábside, como brazos delicados que sostienen una joya con la punta de los dedos.

Este exterior de *Notre-Dame* es una maravilla.

Bajo a tierra para pasar media hora encantado en torno de la catedral, y, por fin, me hundo en la *rue Rivoli* y en la *avenue de l'Opéra* que me aturden, para meterme, buscando un poco de silencio, en el *Hôtel des Deux Mondes* en que me alojo, situado en esta última.

Es inútil huir de la calle si se vive en el centro de París; ella se nos mete por la ventana; la estoy sintiendo redoblar en la mía como un tambor muy grande, mientras yo trazo esta mancha de color. Si la encuentras un poco deshilvanada, inquieta, chillona acaso, no me echés toda la culpa; el original no se está quieto un instante: es París que hierve al sol.



Londres

No estaba indicada, como tú sabes, en mi itinerario de viaje, una visita a esta ciudad.

¿Por qué? Francamente no se me ocurre.

Estando en París, ¿qué viajero del continente europeo puede dejar de asomarse siquiera a este otro pequeño continente, separado de aquél, más aun que por el Paso de Calais, por tantos rasgos morales que le imprimen carácter? Eso es lo que hago yo: me asomo sólo un momento a esta capital, y muy poco podré decirte de ella que no sea muy fugaz.

Siete horas y media de viaje separan a París de Londres. Buenos ferrocarriles; detestables vapores.

Almorcé tranquilamente en París, y, a las siete de la tarde, ocupaba mi butaca en el teatro *Covent Garden* de Londres en que se cantaba *Carmen* en francés ante la alta sociedad inglesa allí congregada... España, Francia e Inglaterra: un lío.

Cruzamos el canal entre *Boulogne-sur-Mer* y *Folkestone*: hora y tres cuartos de mar.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Y sin embargo, al encontrarme en el centro del Paso de *Calais*; cuando, apenas perdida en el horizonte la costa francesa en que Napoleón soñaba un día en la travesía que Trafalgar hizo imposible, veía yo aparecer en el otro horizonte la costa inglesa, me parecía hacer un largo viaje. ¡Está tan lejos Inglaterra de Francia!

Porque esa distancia se recorra en poco tiempo ¿deja de estar más lejos París de Londres, que Montevideo de Méjico?

Yo he atravesado nuestra América Meridional, de Este a Oeste, al través de los Andes y de las pampas argentinas: seis días a lomo de mula y seis en aquellas diligencias de imperecedera memoria, desalojadas hoy por el ferrocarril. Aun me parece sentir el sangoloteo de la mula de paso monótono como el movimiento de una criba; recuerdo las noches estrelladas de los Andes pasadas al raso, envuelto en mi poncho; las madrugadas en que nuestros arrieros recogían y cargaban las mulas que yo veía como grandes bultos en la semiobscuridad al incorporarme en mi cama de cueros de carnero; oigo el cencerro de la yegua que las precedía mientras nosotros nos calzábamos unas botas grandes y duras, ¡malditas botas! que, al comenzar

RESONANCIAS DEL CAMINO

el viaje, nos daban aires de conquistadores, y después nos los daban de condenados a muerte. Los Andes estaban acostados alrededor nuestro por todas partes sobre los horizontes; parecían gigantes dormidos echados de espaldas, más o menos ventrudos. El uno sacaba el codo, el otro alzaba las rodillas, el otro se desperezaba incorporándose más allá en la sombra como si soñara. Seis días andábamos entre montañas con nieve o sin ella.

Después salíamos al llano. Recuerdo el rodar sin fin de la diligencia a través de la llanura polvorosa. Y rodaba, rodaba, rodaba. Una manga inmensa de langosta hervía entonces en aquellos campos; la tierra estaba en ebullición, salpicaba el aire; parecía una alfombra verde, negra y amarilla que se deslizaba lentamente. Uno que otro árbol, desnudo, rapado por el insecto, retorció de vez en cuando sus ramas negras sobre el cielo sin límites. Aquellas llanuras parecían elásticas; se alargaban aplanándose cada vez más.

Y llegábamos, por fin, después de cuatro o cinco días, a la cuenca de los grandes ríos, al Paraná, al espléndido soberano del que han huído los Andes y las montañas atlánticas para no pa-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

recer pequeños a su lado, o para abrirle amplio camino hacia el mar.

Y el viaje después por el espléndido río; sus noches de nácar con luz de luna; su marcha hacia el sur en busca de nuestro Uruguay; y el desposorio de éste con el Paraná que engendra el Plata allá en las costas de la Patria, hermosas como leyendas. Y la travesía del Plata por fin. Y por fin la Patria llena de los ensueños de la primera juventud.

Era un viaje de centenares de leguas, y era, sin embargo, un viaje en casa.

La villa de los Andes, y Santiago de Chile, que había dejado a mi espalda detrás de las montañas, me salían al encuentro en Mendoza, en Buenos Aires o en Montevideo; el arriero chileno, que me acompañaba por la cordillera, reaparecía, con pequeñas variantes, en el mayoral o cuarteador de la diligencia que me esperaba en Mendoza. Lengua, costumbres, tipos, vicios y virtudes, todo era lo mismo. Allí las fronteras de los distintos pueblos son trazadas sólo por la distancia, por la inmensa extensión que hace imposible la unidad política, y, unida a otras causas étnicas y geográficas, hizo independientes las distintas naciones hispano-americanas a pesar de constituir una misma familia.

RESONANCIAS DEL CAMINO

¡Pero aquí en Europa! ¡Qué sorpresas a cada paso! ¡Qué cambios de decoraciones y de almas en unas cuantas horas, y a tiro de fusil!

Atravesar el canal de la Mancha es pasar a otro planeta: lengua, carácter, tipos, costumbres, tradiciones: todo separa a éstos dos pueblos rivales.

Y no es ciertamente un planeta muerto el que cruzamos en ferrocarril de Folkestone a Londres; no fué la Albión nebulosa y fría de que nos han hablado, la que me recibió en la orilla occidental del canal. Llegábamos en un reverberante día de verano: los campos parecían pieles vivas en que circulaba la savia verde; el sol teñía el suelo; las sombras frescas y transparentes se recortaban en él azuladas como pudieran hacerlo en los campos de Andalucía.

Por las distintas propiedades, limitadas por luz juriantes arbolados y subdivididas por verjas de madera, se ven andar a paso lento y grave de digestión deleitosa, los olímpicos toros aristocráticos, de ilustre estirpe y sangre azul, casi sin patas y hasta casi sin huesos, cuadrados, mofletudos. Andan también por allí los carneros no menos linajudos, príncipes redondos, guardianes de la dinastía, especie de caracoles de lana que se mueven sin verse el movimiento de las patas; que miran sin ojos, pues éstos es-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

tán en el fondo de las tupidas greñas de la cabeza. Parece que la lanuda piel es demasiado grande para sus cuerpos, y se les arruga alrededor del cuello y en las narices. Las pobres ovejas que los rodean o los siguen están ya esquiladas; y así, despojadas de su vellón, parecen hermosuras rapadas, escuálidas, que, expuestas a la pública ignominia en su amarilla desnudez, estiran el pescuezo en ademán de disponerse a echar a correr, y miran con ojos entre asombrados y afligidos que hacen reír.

Vamos llegando a Londres. El tren, durante largo tiempo, vuela al parecer, sobre las copas de los árboles, sobre los tejados, sobre las puntas de millares de chimeneas de pequeñas casas que se ven en un plano más bajo que el que recorremos.

Una estación: bullicio, estrépito, viajeros que suben y bajan en un segundo, portezuelas que se cierran, gritos premiosos, ruido de marea, vapor que chilla comprimido en las locomotoras impacientes, silbidos de máquinas que pasan, humo que sale de las chimeneas y recorre el techo de hierro de la estación.

Nuestro convoy sigue: nosotros vamos a la estación central, a *Charing Cross*. Las casas van tomando aspecto más grande; la arboleda es me-

RESONANCIAS DEL CAMINO

nos tupida. Atravesamos un puente, otro y otro después; bajo de ellos se ven calles en todas direcciones, y todas llenas de gente. Cinco, diez, cuarenta trenes, que corren en dirección opuesta a la nuestra, cruzan a nuestro lado lanzándonos un soplo que parece una bofetada que no ha llegado a la cara. Nuestros compañeros de viaje comienzan a cambiar sus gorras de paño por sus sombreros de copa; ajustan las correas de sus maletas o de sus sombrereras; descuelgan sus bastones; se ponen de pie estirando las piernas o sacudiéndolas en el aire para que los pantalones recobren su posición natural.

¡Charing Cross! ¡Charing Cross!

Hemos llegado.



Lourdes

No me he olvidado de que me encargaste especialmente una larga carta de Lourdes.

Ya que no puedo ir, me decías, escíbeme desde la gruta, desde cerca de la Virgen; tráeme agua de la fuente, musgo de la roca.

Aunque sea necesario retardar mi regreso, te escribiré, sí, desde aquí: es preciso que vaya esta carta impregnada de este aire. Guárdala, porque a mi vuelta me gustará leerla. Te envío también algunas hojas de musgo de la roca de Massabielle, que he arrancado personalmente a hurtadillas y violando la ley.

Tengo, sin embargo, que confesarte algo que te sorprenderá. ¿Quieres creer que vine a Lourdes con poco empeño, casi con tibieza?

No me regañes por ello.

No era que no tuviera vivo deseo de conocer esto: es que había rodado vertiginosamente durante mucho tiempo al través de Europa; es que, al día siguiente de volver de Londres, había hecho el pesado viaje de 13 horas, de París a Burdeos en un día canicular; y, después de mal dor-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

mir en esta última ciudad dos o tres horas, había reanudado la marcha a las siete de la mañana siguiente, para llegar a Lourdes a mediodía.

La atmósfera estaba pesada, con esa pesadez patológica que se siente cuando va a dar a luz una tempestad de verano.

Sueño, calor, polvo... en fin; me acercaba a Lourdes con el espíritu indiferente, amodorrado: la carne lo ahogaba.

La corriente del río Gave, cuyo nombre debía haberme despertado, había salido a nuestro encuentro desde los lejanos Pirineos; el tren corría a lo largo de sus orillas. Y yo, soñoliento, muellemente recostado en los almohadones, miraba sin ver.

En la estación de Pau, que está a una hora de Lourdes, sube a nuestro coche, con dificultad, un ciego acompañado de su hija. Se sienta, y se queda inmóvil con la cabeza inclinada. En el andén, que miro desde la ventanilla, aun no del todo despierto, la gente abre paso a dos hombres que, en una silla de manos, conducen a una mujer que suben a un wagón de segunda. Otra mujer joven, que fué hermosa, y que hoy tiene color de cera, camina lenta y fatigosamente, apoyada en el brazo de su marido: tose débilmente, con esa tos sin sonido, como fragmentos

RESONANCIAS DEL CAMINO

de soplo que se escapa; su cabeza pálida se balancea sobre los hombros: parece colgada del cuello. Sube a otro coche.

¿Qué es esto? me dije despertando.

Sólo entonces ¡bárbaro de mí! empecé a darme cuenta intensa de que estábamos cerca de Lourdes.

El dolor humano anunciaba la proximidad de la que llamamos *consolatrix afflictorum*, consuelo de los afligidos.

Aquel ciego inmóvil sentado frente a mí iba, sin duda alguna, a pedir luz para sus ojos a la Virgen; aire para sus pulmones iba a pedirle la pobre tísica en plena juventud; vida la parálitica que había pasado por el andén llevada en hombros.

Yo no esperaba presenciar esos cuadros, francamente, en una visita de cuarenta y ocho horas. Se me había dicho, por otra parte, que llegaría a Lourdes en la época de menos concurrencia; que no hallaría peregrinaciones importantes...

El hecho es que, en Pau, yo sentí algo raro: y ya no tenía sueño.

Empecé a mirar el horizonte intensamente.

Los altos Pirineos, que antes se veían a lo lejos como una nube, toman cuerpo pasado Pau; van saliendo rápidamente del fondo de las medias tintas, y detallándose. Las montañas se

ZORRILLA DE SAN MARTIN

proyectan las unas sobre las otras, determinando planos diferentes. Brotan, por fin, claros y precisos los contrafuertes inferiores de la cordillera que van a perderse en la llanura.

¡*Lourdes!* El tren pasa rápido por la orilla derecha del Gave buscando su estación en el otro extremo de la villa cuyo antiguo castillo se alza en una eminencia. Del otro lado del río, frente a nosotros, y sobre un pequeño cerro que llega casi hasta la misma orilla de aquél, se levanta, proyectándose sobre el cerro de más atrás cubierto de vegetación, una blanca iglesia de torre puntiaguda. Las campanas sonaban. Debajo de la basílica se ve la roca tapizada de verdura en que aquélla se asienta: *la roca de Massabielle*. Entre los árboles se distinguen algunos puntos blancos. Allí, entre éstos, está la gruta, la fuente, la Virgen, el misterio; la esperanza de ese ciego que se ha levantado a mi lado y saca la cabeza por la ventanilla al hacerle saber que estamos en Lourdes. ¡El pobre mira... mira sus tinieblas!

Al hotel, pues, a almorzar rápidamente, y, en seguida, a la gruta.

¿Qué importa esa tempestad de verano que gruñe en su nube pesada y cenicienta, y empieza ya a dejar caer sus grandes gotas de agua que

RESONANCIAS DEL CAMINO

parecen estallar en el polvo como si fueran explosivas?

Vamos a la gruta, aunque todos huyen de ella a guarecerse de la tormenta. Nosotros nos acogemos a la gruta misma.

Cuando llegamos a ésta, que dista trescientos o cuatrocientos metros del extremo de la villa, comenzaba a caer una lluvia torrencial.

La verja de hierro que cruza la entrada estaba cerrada; no había más sitio en qué guarecerse que otra pequeña gruta exterior formada por un trozo saliente de la roca a un metro del suelo. Ese mismo refugio estaba ocupado por las únicas personas que allí habían quedado: dos pobres aldeanos, hermano y hermana, que abrigan bajo su paraguas a su madre octogenaria sentada en el suelo y recostada en la roca, y que rezaban con ella el rosario.

Partieron, sin embargo, con nosotros su escondrijo, que nos ofrecieron cariñosamente en su *patois*.

Allí, defendido por aquella piedra y en medio a una deshecha tormenta, miraba yo por primera vez la misteriosa gruta de Lourdes: un simple hueco socavado en una roca a distancia de veinte y cinco metros del río Gave; a cierta altura (cuatro o cinco metros) del suelo, un agujero profundo en la piedra, en una de cuyas

ZORRILLA DE SAN MARTIN

grietas brota un rosal; y en el fondo negro de aquel agujero, una imagen de la Virgen, la que tú conoces reproducida, la que conoce todo el mundo, blanca, esbelta, con la cabeza hacia arriba, con las manos juntas, con la cinta azul que ciñe su cintura y cuelga sobre la veste blanca, con el rosario en el brazo; con ese movimiento de éxtasis e imperceptible ascensión que es privilegio de esa estatua, sólo de esa estatua, dictada al arte por la inocencia de una aldeana, y que se conserva, por raro fenómeno, aun en las más toscas reproducciones.

¿Qué tiene esa figura? Es evidentemente original y de una sencillez pasmosa.

Ni en Murillo, ni en Rafael, ni en el Perugino, los grandes santos del color y de la luz y de la línea, se encuentra la genealogía artística del movimiento de esa figura, del juego de sus líneas, de su transparencia. Es la línea escultural griega sumergida en el cielo para quitarle su soberana frialdad y hacerla capaz de la reproducción que en aquélla es imposible.

Y esa estatua es original de la aldeana. El escultor Fabisch, para modelarla, seguía fielmente las indicaciones de aquélla, copiaba la actitud en que se colocaba al querer describir la aparición; y, cuando creyendo el artista haber interpretado o reflejado el ideal de la niña, pre-

RESONANCIAS DEL CAMINO

sentó a ésta la obra, Bernadette exclamó al verla: "¡Qué hermosa! Pero... no es *Ella*; ¡oh, no! la diferencia es la misma que del cielo a la tierra."

Se preguntaba a Bernadette a quién se parecía la *Señora*. A nadie. Se le presentaban cien matices de azul; ninguno coincidía con el azul del cinturón de la Virgen. Se le preguntó, por fin, qué edad tendría la *Señora* que había visto; y ella dió sin vacilar aquella contestación de belleza superior a las frases de los grandes genios. "Pero Señor, *la Señora no tenía edad*".

¡Y sin embargo, de un reflejo lejano de la visión de la aldeana ha salido esa figura nueva en el arte humano!

La tormenta "revolvía en el aire un océano" que borraba a mis ojos los montes, los árboles, el río, todo lo que no era aquella gruta, aquella forma blanca y extática que, inmóvil y sin alas, parecía sin embargo elevarse, ascender con la gruta, con nosotros, con el mundo.

Las paredes de la cueva bendita conservan allí todo su carácter primitivo: son un hueco en la piedra pelada. Las tupidas enredaderas que tapizan la parte superior del cerro, terminan al llegar al agujero que ocupó un día la radiosa aparición que vió Bernadette y hoy ocupa su

ZORRILLA DE SAN MARTÍN

imagen; pero la piedra está en cambio cubierta de centenares de muletas y aparatos ortopédicos de otros tantos enfermos que allí han hallado la salud.

Además, en una grieta de la piedra desnuda, a la misma altura del pecho de la imagen, y al lado derecho de ésta, brota el antiguo rosal, el rosal silvestre con ocho o diez pequeñas flores, las únicas que por allí se ven, y que el viento movía blandamente en medio de la inmovilidad del cuadro misterioso que la tempestad me ofrecía como aislado del mundo.

En el suelo ardían centenares de cirios, cuya luz agitaba el viento sin conseguir extinguirla, pero haciendo correr en chorros precipitados la cera fundida a lo largo del cirio que chisporroteaba al ser tocado por el agua de las gotas oblicuas que penetraban en la gruta y, rebotando en el suelo, salpicaban las luces.

Mi primera impresión fué la de siempre en casos análogos; no sé si es una impresión común: las percepciones nacen y huyen, se dispersan o se mezclan, sin fundirse en un juicio o en un afecto; no se siente más que silencio, que ni siquiera es asombro. Es ese el momento de la sensación pura, sin resonancia allá dentro, en el cerebro, en el corazón. Parece que los sentidos sedientos deben recoger apresuradamente sensa-

RESONANCIAS DEL CAMINO

ciones que amontonan sin orden ni concierto, para que después la mente disponga de ellas.

Mis labios repetían instintivamente la salutación del arcángel: ¡Oh, la llena de gracia! ¡Oh, la bendita entre las mujeres! ¡Oh, la madre de Dios! ¡Ruega por los pobres que te llamamos madre! Entonces la oración puramente vocal tiene toda la intensidad de la mental; mi sola presencia allí era una plegaria; pero yo pensaba poco o nada; era sólo ojos y oídos; miraba la imagen y oía la tempestad.

Por eso cuando, calmada la lluvia, me retiré de la gruta, el deseo de volver a ella se despertó imperioso. Allí había algo que me esperaba, y que yo no había visto.

Y volví en cuanto pasó la tormenta, al comenzar la noche.

Como si la lluvia hubiese lavado el fanal en cuyo seno palpitan, las estrellas brillaban radiosas en su cielo oscuro, como espigas de cristal iluminado; miraban fijamente hacia abajo, e invitaban a mirar hacia arriba, hacia la infinita transparencia negra.

La gruta cantaba: sentimos los cantos al acercarnos a ella, y vimos resplandor de luces.

Mucha gente, con cirios apagados en las manos, se dirigía hacia allí apresurada. La aldeana fran-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

cesa, con su cofia blanca y limpia plegada alrededor de la cara, corría mirando hacia la gruta, como si quisiera llegar a ella más pronto, enviando su mirada adelantada; niños y niñas de las manos de sus padres; labradores con sus ropas de fiesta.

Cuando llegamos a la explanada que está frente a la reja de la gruta, el espectáculo me conmovió de veras.

Tres o cuatro mil personas estaban arrodilladas allí, con cirios encendidos en las manos. Era la peregrinación de Montaubán, que había llegado en el tren de la tarde, y ya había corrido a los pies de la Virgen, y cantaba.

Cantaba el *Magnificat*, el canto indescifrable de la *esclava del Señor*, a la que llaman dichosa todas las generaciones; la acción de gracias más espléndida y memorable que han escuchado los siglos.

Magnificat anima mea Dominum, cantaba un grupo; y el pueblo, hombres, mujeres, niños, tres o cuatro mil voces, contestaba con un estribillo en francés.

Me acerqué a oír.

Quia respexit humilitatem ancillæ suæ, cantaba con solemnidad el coro, *ecce enim beatam me dicent omnes generationes*; y entonces oí claramente la contestación del pueblo:

RESONANCIAS DEL CAMINO

*¡Vierge, notre espérance!
Etends sur nous ton bras.
¡Sauve, sauve la France,
Ne l'abandonne pas!*

Oh Virgen, oh esperanza nuestra. Extiende sobre nosotros tu brazo. ¡Salva la Francia; sálvala! ¡No la abandones!

Yo miré a la Virgen al través de una lágrima que me saltó de los ojos. Estaba inmóvil en su gruta: seguía mirando al cielo. La lumbré de los cirios que el pueblo tenía encendidos a sus pies la iluminaba de una manera extraña: la luz resbalaba de abajo arriba por los pliegues de su ropaje blanco, tocaba las aristas de sus manos juntas sobre el pecho, e iluminaba la garganta, la parte inferior de la cabeza inclinada hacia atrás. Los ojos, la frente, quedaban casi hundidos en la sombra del profundo agujero de la gruta, en el misterio, en lo hondo, adonde no podía penetrar la luz de los cirios.

Y el rosal, el rosal de primer término con sus ocho o diez pequeñas rosas blancas, allí, junto al pecho de la Virgen, como si fuera un ser vivo, se movía, nadaba en la luz; era un intermedio; no parecía movido por el viento, sino sostenido en el aire y balanceado por el aliento de aquel pueblo arrodillado que repetía, entre los

ZORRILLA DE SAN MARTIN

versículos del *Magnificat*, el unísono clamor por la patria: ¡Oh, Virgen! ¡Oh, esperanza! ¡Salva la Francia! ¡Sálvala!

Una conmoción profunda me dominaba; corría el escalofrío por todo el vello de mi piel. La primer plegaria de aquel pueblo era por su patria: después pensará en sus enfermos; mañana los llevará a la fuente milagrosa.

Yo recorría la multitud; me arrodillaba al lado de los unos, y unía un rato mi oración a la suya; me levantaba para colocarme al lado de los otros; me alejaba para situarme a orillas del río que rodaba allá abajo en la sombra, y ver desde allí el conjunto, la mancha aquélla de luz de cirio, al través de cuyos gases iluminados todo temblaba, como si se mirara al través de una agua cristalina, pues la atmósfera, purificada por la pasada tempestad, estaba diáfana.

Me aproximo de nuevo al grupo. Un joven y vigoroso aldeano canta con voz estentórea. *¡Vierge notre espérance!* Más allá es un grupo de niñas el que dice *¡Sauve la France!* con voz débil que parece de cristal. Y allá, de pie sobre un banco, siguiendo con curioso asombro el desarrollo del cuadro, los miembros de una familia inglesa, que supongo protestante, hablan entre sí indicándose los detalles que van observando.

RESONANCIAS DEL CAMINO

Todos los cirios estaban ya encendidos en las manos de la muchedumbre. Unos cucuruchos de papel blanco protegían del viento, a guisa de fanales, las luces que, filtradas en ellos, arrojaban un resplandor de un amarillo pálido sobre las caras de los que los sostenían.

Comenzó una procesión que, partiendo de la gruta, circundaba el cerro por la orilla del Gave, y terminaba en la gran explanada circular que, rodeada por dos grandes arcadas que sostenían la rambla que da acceso a la basílica superior, se extiende al frente de la iglesia del Rosario situada al nivel del suelo y debajo de aquélla.

Desde lo alto de la rambla, miraba yo el desfile de aquellas miriadas de luces de abajo que parecían el reflejo sobre agua negra de las estrellas de arriba. Las caras, iluminada cada una de ellas por la luz del cirio al través del fanal de papel blanco, parecían transparentes.

Todos cantaban: a mis pies, allá lejos, en la plaza adonde habían llegado los primeros peregrinos, en la gruta de donde aun no habían salido los últimos; en todas partes se repetían dos solas palabras: *¡Ave María! ¡Ave María!*

Ese nombre eternamente nuevo; que nadie ha definido; que es en sí mismo luz y melodía, amor y esperanza y gloria, andaba allí entre aquellas sombras, entre aquellos puntos de luz;

ZORRILLA DE SAN MARTIN

flotaba en el aire, se cruzaba, iba y venía, subía y bajaba, alzaba aquí el vuelo, mientras allá se extinguía como si se posara a lo lejos.

Los largos regueros de lucecillas, como caravanas de luciérnagas, se iban paulatinamente agrupando en la gran plaza circular: eran pequeños arroyos de luz, que, por fin, formaron, en la explanada adonde se iban derramando, un lago luminoso, en cuya superficie se veían millares de caras iluminadas por la luz filtrada en los fanales de papel.

El vapor de aquel lago de almas y de luz, se exhalaba en un solo clamor que entonces se alzaba unísono y espléndido: *¡Ave María! ¡Ave María!*

Imagínate ese cuadro que yo apenas te esbozo en esta ligera mancha de color. No puedo describírtelo, a pesar de que, al recordarlo, lo veo como si se abriera en mi memoria la puerta de un templo iluminado. Temo que ni siquiera consigo sugerírtelo.

Y sin embargo, aún tengo que esforzarme por trazarte el otro cuadro: el de la mañana y día siguientes, el cuadro humano, el de las piscinas, el del dolor y la firme esperanza en lo sobrenatural.

RESONANCIAS DEL CAMINO

Desde la madrugada, las tres iglesias, la del Rosario, que está al nivel del suelo, la basílica superior, y la cripta, que es también una hermosa iglesia, han estado llenas de gente; todos han recibido el pan eucarístico. Yo con ellos, por supuesto.

Ahora estamos todos en la gruta, y frente a las fuentes y las piscinas.

Sentado yo en el largo banco de piedra que se apoya en la balaustrada que corre a lo largo del río, frente al cerro de Massabielle, veo el conjunto del cuadro. El espacio que media entre el río y la roca no excede de cincuenta metros.

Frente a mí, en una gran plancha de mármol empotrada en la roca de la gruta, se lee en letras de oro:

Fechas de las diez y ocho apariciones

y

Palabras de la Santísima Virgen

El año de gracia 1858

En el hueco de la roca en que se ve su estatua

La Santísima Virgen apareció

a Bernardita Soubirous

Diez y ocho veces:

El 11 y el 14 de febrero;

Desde el 18 de febrero hasta el 4 de marzo

Todos los días excepto dos;

ZORRILLA DE SAN MARTIN

El 25 de marzo; el 7 de abril; el 16 de julio.

*El 18 de febrero, la Santísima Virgen
dijo a la niña:*

*¿Quieres hacerme el favor de venir aquí
durante quince días?*

*No te prometo hacerte dichosa en este mundo
si en el otro.*

Deseo que venga gente.

Durante la quincena la Virgen la dijo:

“Ruega por los pecadores, besa la tierra

Por los pecadores.

¡Penitencia! ¡Penitencia! ¡Penitencia!

*Ve a decir a los sacerdotes que hagan construir
una capilla*

Quiero que se venga a ella en procesión

Ve a beber a la fuente y a lavarte en ella.

Come de esa hierba que hay ahí.

El 25 de marzo la Virgen dijo:

Soy la Inmaculada Concepción”.

A mi derecha, en el extremo, está la gruta: en las enredaderas que cubren la parte alta de la roca cantan los pájaros. En seguida están los quince o veinte surtidores de agua de la fuente que brotó un día, en el fondo de aquella bajo la mano de la aldeana que obedecía las órdenes del ser invisible, cuya existencia reverberaba en la cara extática de la niña vidente. Por fin, más

RESONANCIAS DEL CAMINO

allá, a la izquierda, se ven los tres arcos ojivales, pequeños pórticos o cancelos de tres departamentos en que están las piscinas o baños, a los que también es llevada por tubos el agua de la misteriosa fuente. En esas piscinas de agua helada se sumergen los enfermos, los moribundos; humedecen sus ojos sin luz los ciegos; bañan las madres a sus hijos exánimes; hunden sus miembros rígidos los paralíticos.

Todo el pueblo canta con los brazos abiertos en cruz.

¡Oh Virgen, Virgen, curad nuestros enfermos!

Y los enfermos van llegando. Se detienen primeramente en la gruta, miran a la Virgen larga y hondamente... rezan y pasan: van o son llevados a las piscinas.

¡Qué procesión desfilaba frente a mí!

Algunos carritos cubiertos con sus medias capotas de hule, y tirados por los hijos, o los padres, o los hermanos del hijo, o la hija, o la madre del que va adentro, pasan lentamente. Miro al interior de un carro: una mujer pálida y extenuada reza con los brazos en cruz y los ojos hacia el cielo; no mira a nadie; espera firmemente.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

— Tu fe te ha salvado, dijo un día el que vino a salvar.

Mira aquel contraste: esa madre lleva de la mano a su niño, sano, rubio, sonriente: a su lado va esa otra con el suyo extenuado, pálido, con los ojitos todo niñas, hundidos en las órbitas moradas, y la cabecita lacia, caída sobre el hombro de la madre, que va llorosa a dar agua al niño, agua de vida, agua de la fuente. "Dejad también que los niños se acerquen a mí".

Una anciana muy enferma va apoyada en el brazo de otra viejecita sana. También ella va a la piscina ¿por qué no?

Quiere prolongar un poco más la vida, la vida que ella quiere mucho, precisamente porque es su vieja amiga. ¿Por qué se ha de morir tan pronto, si allí está la Virgen con su rosario en el brazo, y su cinta azul en la cintura, y los ojos hacia el cielo? Anda, pobre anciana, anda; la Virgen te dé vida, mucha vida.

Ahí van los ciegos: parece al verlos con las cabezas altas y los ojos fijos, que miran atónitos lo que pasa a lo lejos, sin preocuparse de lo que sucede a su lado. Es que los pobres miran hacia adentro, porque su mirada hacia afuera tropieza en la dura obscuridad y retrocede.

RESONANCIAS DEL CAMINO

Varios enfermos, no sé cuáles, han entrado a las piscinas. A las puertas de éstas, están de pie los miembros de su familia, madres, hijos, hermanos, con los brazos abiertos y dando frente al pueblo que, detenido por una cuerda que va de un árbol a otro, y también con los brazos en cruz y esperando el hecho sobrenatural, une su oración y sus cánticos a los de los que directamente esperan a la puerta. Un sacerdote los preside rezando el rosario, y entonando de vez en cuando un cántico que, repetido por aquella multitud que abre los brazos, y por los que están en las puertas esperando, con el pensamiento en lo que está pasando tras ellos, en la piscina, toma el carácter de un clamor solemne y premioso, un grito lanzado a los oídos de Dios cuya misericordia está allí cerca, muy cerca, pues allí ha dado vista a los ciegos, vida a los moribundos.

Allí el clamor de piedad se ha transformado mil veces en una exclamación de acción de gracias al verse salir de la piscina por sus pies al físico o al paralítico que había entrado en brazos, al verse salir dando gritos, con su niño sano en las manos, a la madre, que lo había llevado moribundo...

Tú no necesitas que se te demuestre la existencia y el poder de lo sobrenatural.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

¿Es necesario acaso demostrar que Dios sabe y puede más que el hombre?

Es cierto, por otra parte, que si necesitaras pruebas, éstas serían inútiles por sí solas; la soberbia puede más que la razón en el hombre caído. ¡Y qué ridícula es la soberbia en nosotros! La fe, para el alma, es como el aire para los pulmones: nos es necesario algún esfuerzo de nuestra parte para inspirarlo; pero ¿qué es ese esfuerzo comparado con la fuerza que hace el aire mismo para penetrar en nuestros pulmones y encenderlos de vida?

Es necesario, sin embargo, abrir siquiera los labios para darle entrada.

La razón humana es el pequeño movimiento de inspiración; la fe es el espíritu de Dios que, como el oxígeno del aire en nuestra circulación, penetra en nuestra alma en torrentes de luz y vida, nos trae mensajes misteriosos, evidencias que se abren como flores que revientan al sol, claridades australes que surgen del horizonte.

No hay proporción posible entre la fe y el esfuerzo por creer, puramente humano.

Si quieres saber por qué se cree, comienza por creer, y lo verás.

Si no tienes fe, pídesela a la Verdad y la obtendrás; pero no pretendas crear tú misma la

RESONANCIAS DEL CAMINO

Verdad en tu alma como un efecto de las operaciones de tu mente.

Dios es la Verdad, y no puede ser un efecto, porque es la causa de las causas.

Pedir la fe a Dios, a la Verdad increada; pedirle con humildad y confianza y sin descanso, es el concurso que el hombre puede aportar al acto de creer. Pretender tener la fe, es decir, pretender tener a Dios en el alma, por el simple raciocinio, sería suponer que Dios es una creación del hombre.

Y dice el libro sagrado: "Tú niegas al orgullo del sabio lo que revelas a la humildad de los pequeños".

Seamos pequeños; hagámonos superiores a la razón.

"Cierra los ojos para ver más lejos".

Yo, frente a las piscinas de Lourdes, miraba a los peregrinos de afuera y a los de las puertas, que a su vez se miraban los unos a los otros cantando, como si se infundieran mutuamente con la voz la esperanza; y cuando ellos se arrodillaban, me arrodillaba con ellos.

¿Quién no se arrodilla?

Pero también cantan allá en el otro extremo del cuadro, frente a la gruta.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Voy hacia allá; me abro camino hasta cerca de la verja y me arrodillo entre la multitud. Rezan el rosario, y me uno a él con verdadero fervor, mirando la imagen de la gruta, extática, dulce, ascendente. Estoy abstraído.

Me tocan el hombre, y me suplican que abra paso: *s'il vous plaît*.

Es un carrito, arrastrado por dos jóvenes elegantemente vestidos, que quieren acercarse todo lo posible a la Virgen: queda colocado precisamente al lado mío entre la multitud.

Miro al interior de él, y veo allí, a mi lado, una joven de diez y ocho a veinte años, con las dos piernas vendadas y colocadas sobre un almohadón, paralítica. La demacración del dolor no ha dominado en ella la juventud: es evidentemente hermosa; no está abatida; es dueña absoluta de sí misma. Abre los brazos con pasmosa naturalidad bajo la capota de su carrito, como si estuviera a solas con la imagen que está en la gruta, en la que posa su mirada ingenua y casi sonriente: reza. ¡Ahora canta con el pueblo! ¡Canta con voz clara, serena, como si estuviera sola y fuera feliz!

¿Y acaso no lo es, puesto que cree y espera?

Los carritos, los enfermos apoyados en los brazos de sus compañeros, andan entre la multitud por todas partes; por todas partes se mueve

RESONANCIAS DEL CAMINO

aquel pueblo; canta, reza, bebe agua de la fuente, o la recoge en cubos de latón, en botellas.

Y hoy se efectúa la peregrinación de Montaubán; para mañana está anunciada la de Marsella, que será de diez a quince mil personas: las hay de cincuenta mil, todos los días: francesas, alemanas, españolas.

Durante la gran Peregrinación Nacional anual, mil o mil quinientos enfermos se hallan reunidos alrededor de la gruta; es un número superior al de los pacientes que encierra el Hotel-Dieu de París.

Las iglesias de Lourdes están tapizadas de sus recuerdos: no sólo de estandartes y banderas y atributos colectivos, sino de recuerdos personales: espadas de soldados, cordones, condecoraciones, penachos, cruces, charreteras.

Todos esos han creído: todos han amado algo evidentemente digno de amor; lo ideal, lo alto, la esperanza.

¿Cómo puede existir un hombre iluminado por el sol, que consagre su vida a arrancar, a los que la poseen, la esperanza? ¿De quién puede haber recibido esa triste misión? ¿Es del cielo o del infierno?

¿Qué daño puede hacer a ese hombre la fe de los demás?

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Es esa una pregunta que me hecho muchas veces.

Hoy, al hacérmela una vez más, junto a la gruta de Lourdes, miraba yo a la Virgen extática e inmóvil, que, junto a su rosal silvestre, difundía en su torno la fe que hace milagros. Las miradas de los desgraciados la envolvían como en una red de hebras de luz, y el aire que la circundaba parecía santo, porque estaba lleno de dolor resignado.

En Lourdes, al lado de la Virgen, *el dolor es feliz.*

Yo no presencié otro milagro; no los necesito tampoco, gracias a Dios; pero, ese solo me basta para poder afirmar que anda algo de divino en torno de la gruta de Massabielle.

Toledo

Francamente, al escribirte algo sobre esta ciudad, no sé cómo ni por dónde empezar. Tengo una impresión de conjunto, de cuyas causas no me doy cuenta precisa; y yo quiero, como siempre, escribirte con sinceridad, darte la sensación real y sus resonancias inmediatas.

Esto es una maravilla. Pero ¿por qué?

Yo recuerdo aquellos cuentos disparatados e inverosímiles que nos contaban las criadas viejas cuando éramos muy niños. Sus impresiones persisten quizá en nuestro espíritu; han sido acaso base de muchas de nuestras ideas de hombres; han contribuído a la formación de nuestro carácter. Y sin embargo, el relato mismo se ha borrado por completo de nuestra memoria. Es que no tenía consistencia, ni protagonista, ni proporciones, ni acción racional; era la contradicción, nada.

Toledo tiene algo de esos cuentos.

Creo que lo maravilloso de esta ciudad está en nosotros mismos; en la proyección de todo es-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

to sobre nuestro espíritu. Es la sombra de una cosa grande, proyectada por el sol al ponerse detrás de ella.

¿Qué es aquí lo protagonista? ¿Qué es lo que nos asombra y nos atrae?

¿La catedral?

Coloquemos con la imaginación esta catedral en la plaza de Milán o en la isla de Francia, y resultará la catedral de Milán o la de París: una gran catedral gótica.

¡Qué diferencia, sin embargo, si se la mira aquí encajada entre las callejas de Toledo! Es menester, para apreciarla, tropezar de repente con su mole rojiza, con uno de sus estribos o una de sus grandes puertas ojivales; o, al revolver el ángulo de una calleja, divisar la punta de su torre por sobre los tejados que casi se juntan, dejando ver sólo una faja angosta e irregular de cielo.

Entonces es cuando uno siente, ¿la torre? ¿la catedral? No: algo más, mucho más: un cuento que se aparece, un cuento raro, sin acción determinada, pero sugestivo, perdurable como los cuentos de los niños.

¿Es entonces la Iglesia de San Juan de los Reyes, las mezquitas árabes, o las sinagogas judías, o las puertas moriscas de la ciudad? ¿Es

RESONANCIAS DEL CAMINO

el carácter de las habitaciones, las calles, las plazas?

Sí: es todo eso; pero amontonado en una roca negra a cuyos pies, muy abajo, rueda un río que suena: es todo eso que trepa por la roca cruzada de callejuelas tan estrechas, que se puede dar la mano de un balcón a otro al través de ella; circundado de torreones árabes, y muros dentellados llenos de rojizas negruras o de verdín, y cuyas almenas se proyectan sobre el cielo por todas partes. Es el montón de casas desiguales, de puertas y ventanillas de todas clases y de todas épocas, abiertas sin simetría sobre los muros blancos. Y la red de callejuelas, que son más bien corredores, en línea quebrada las unas, cerradas por una construcción antiquísima y original las otras a pocos pasos de la otra calleja en que desembocan.

Esas casas y corredores se desarrollan sobre la roca, siguiendo las sinuosidades de ésta, subiendo y bajando, interrumpiéndose por aquí en un barranco, en cuyo borde se alza el antiguo parapeto almenado, bajando por allá en áspero declive, lleno de ortigas y malvones y montones de escorias o escombros, hasta la orilla del río que corre en el fondo; descendiendo por el otro lado a la vega por una escalera de piedra medio

ZORRILLA DE SAN MARTIN

ruinosa que conduce a una de las puertas de la ciudad.

Esa escalera da a su vez acceso a un puente antiguo, con su antepecho de piedra que luce de trecho en trecho grandes bolas de granito, como balas de cañón sobre la punta de pirámides enanas y chatas. Y el puente cruza el Tajo; y allá, del otro lado del río, se ve la ribera opuesta a la en que estamos, tan escarpada como ésta, y formada de piedra negra, semejante a enormes trozos de alumbre oscuro que forman rombos salientes, cristalizaciones fantásticas. Sobre las puntas de éstas, coronando la roca, se ve alzarse un castillo en ruinas, esqueleto de cuatro siglos, con torreones hechos pedazos, redondos los unos, cuadrados y almenados los otros, con lienzos de muro llenos de agujeros y melladuras, con penachos de verdura, con manchones de verdín.

Se mira hacia otro lado del río; y, desde lo alto de una calle interrumpida por la muralla en que uno está apoyado, se ve allá abajo el plano, el campo verde, la vega de las leyendas, en la que el Tajo, que suena a nuestros pies royendo la roca, culebrea hasta perderse a lo lejos, sereno y sin árboles en las márgenes.

Se atraviesa el río, al caer de la tarde, para ver la ciudad desde la vega. Es de allí Toledo una masa oscura, con manchones bermejos y

RESONANCIAS DEL CAMINO

puntos blancos, rodeada de muros que van desmoronándose y rodando hasta el río; una masa coronada de dentelladuras, de parapetos árabes, de torreones redondos o cuadrados, de la silueta erizada de torrecillas y agujas y crestería ondulante de San Juan de los Reyes.

Y vuelve uno a internarse por los vericuetos de la ciudad; y a cada paso se ve forzado a detenerse para ver ¿qué?

Otra nueva calleja o red de callejuelas más original que la que antes nos había detenido, y tan llena de carácter, de color, de sugestiva hermosura, que nos arranca una instintiva exclamación. ¡Con qué facilidad crea allí la imaginación el cuadro que corresponde a ese fondo: la riña, el desafío de la calleja, el paso sigiloso del matón o del amador nocturno, la confidencia o la despedida del amante a través de la reja en plena edad media, en guerra de moros!

Mira un cuadro: es una callejuela de gran pendiente, que desemboca en la que vamos atravesando. Está cerrada en lo alto, a cincuenta o sesenta metros de su salida, por una construcción extraña y curiosa: tiene ésta tres cuerpos chatos y viejos sobrepuestos; el segundo avanza sobre la línea perpendicular del primero que apenas lo sostiene, y el tercero adelanta a la del se-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

gundo: se aplastan el uno al otro: parecen cimentados en el aire formando una escalera invertida que se cae hacia adelante. El cuerpo inferior, es una construcción gótica, pero gótica de veras, no ojival, sino hecha por los godos: dos columnas bajas de fuste liso de piedra con chapiteles toscos y roidos sostienen el dintel de la puerta, formado por una cornisa cóncava con bolas encajadas en ella de trecho en trecho. La puerta está claveteada con enormes clavos de hierro. El segundo cuerpo es una pared lisa, con dos ventanillas cuadradas, con cortinillas y flores; una leyenda. El tercero tiene una sola ventana cruzada de rejas como de cárcel. El viejo alero del tejado se adelanta a todo, recortando su sombra sobre las paredes, y su silueta sobre el cielo.

¡Qué líneas, qué color, cuánto carácter, cuánto claroscuro hay en eso! ¡Qué distinto es de la helada simetría de las ciudades modernas cortadas con tijera sobre un mismo molde, enfáticas, con sus calles de pacotilla y sus marcas de fábrica!

Mi amigo y maestro el notable pintor Ramírez, que me acompañaba con su cajita de colores bajo el brazo, se quedaba, como yo, extasiado a cada paso: me parecía un cazador que, a fuerza de ver salir conejos y perdices por todas partes,

RESONANCIAS DEL CAMINO

se resuelve a no disparar sobre ninguno, por no interrumpir el goce de ver tantos. No, amigo artista, le decía yo señalándole su caja de colores: de ahí adentro no podrá usted sacar aquello: ahí ha cabido la montaña de Santander y una puesta de sol en sus valles; pero esa calleja, esa puesta de sol de un día de siglos... ¡vamos! ¡Que no hay ahí bastante color!

¿Y esa callejuela de más allá, y que de nuevo nos detiene? No está cerrada; pero una torre-cilla árabe, cuadrada, con unos cuantos ajimeces abiertos sin simetría en sus muros bermejos, sale de la línea de las casas, y se atraviesa esbelta, haciendo formar un recodo a la calle. Los tejados de ésta casi se juntan; las sombras bajo de ellos andan por la callejuela; sólo se ve allá arriba, entre los dos bordes dentellados, una tira irregular de cielo. Las casas de ambos lados tienen puertas góticas como la del callejón sin salida, y ventanas abiertas aquí y allá, las unas pequeñas como agujeros, las otras mayores y cruzadas por rejas salientes y gruesas.

Es indudable que en esa callejuela, en que, aun a mediodía, se ve la huella de la noche anterior, anda algo invisible, algo muy antiguo y muy hermoso. En una de esas puertecillas acaba de entrar alguien embozado, el extremo de cuya

ZORRILLA DE SAN MARTIN

capa levantada por la espada se ha visto flotar. ¿O era una mujer hermosa, y lo que flotaba era el extremo de su brial?

Esos cuadros salen al paso a cada momento y toman diverso carácter, según la hora en que se observan, el estado del tiempo o del ánimo: tristes a la tarde, llenos de luz y sombra y calor y vida en las horas de sol.

De noche no tienen rival.

No ha sospechado a Toledo quien no se ha metido a media noche entre sus callejuelas; quien no ha verificado la verdad de las leyendas fantásticas, al ver, en medio a la soledad y el silencio, la luz intermitente, temblorosa y amarilla de un farol colgado de una cuerda ante una imagen fija en un alto y liso paredón de piedra. La luz pestañea al través de los vidrios ahumados; vierte resplandores que andan un momento por la pared y se apagan; que hacen aparecer y hundirse de nuevo en la sombra la cabeza confusa de la imagen que parece asomar un instante en lo hondo para mirarnos tristemente; son, ¡qué sé yo! quejidos o bostezos de luz, llamadas enfermas que se tambalean, relámpagos en agonía. Todo eso pasa sólo en un pedazo de la pared; lo demás está obscuro.

RESONANCIAS DEL CAMINO

Y ¡qué soledad! ¡qué silencio! Se sumerge uno en ambos con sólo separarse cincuenta pasos del compañero de excursión nocturna, y quedarse inmóvil un cuarto de hora en el ángulo de una callejuela. Parece que uno ha salido del mundo real y se ha sumergido en uno imaginado; que se ha ido lejos, muy lejos.

Las casas de tejados salientes, de puertas pequeñas y claveteadas, de ventanillas abiertas aquí y allá en la pared, todo herméticamente cerrado y obscuro; la torrecilla cuadrada, cuya silueta se deja sentir, haciendo formar un recodo a la calleja allá entre la media tinta; los rincones, el resplandor de las luces de trecho en trecho, voces que claman en el desierto; el color rojizo o negruzco de una pared antiquísima, que contrasta con la masa blanca de un portal de piedra no menos antiguo, pero blanqueado con cal recientemente, todo es misterioso, solo.

Dentro de esas casas duerme, sin embargo, gente, gente que alienta, que respira. Se oye la respiración de los dormidos desde la callejuela, una tos de vez en cuando, un ronquido: todo se oye, pero muy débilmente. El silencio es allí el protagonista, o los rumores muy vagos y lejanos, o el brillo de plata de la estrella que, clavada en el fondo obscuro del cielo y tiritando en su sole-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

dad, se ve por entre los aleros de los tejados casi unidos.

¿Pero hay gente, entonces, en Toledo? me dirás tú. Porque hasta ahora he prescindido de ella; parece que estoy hablando de una ruina desierta.

Es verdad. Sí: Toledo es una ciudad habitada; pero la gente es un accesorio; gente hay en todas partes ; tanta gente!

Yo la he suprimido de aquí, como se suprimen con la imaginación las figuras en un paisaje pintado por un artista de genio, que ha sentido la naturaleza, y hace del simple caer de una tarde sobre una montaña, un estado del alma propia o del alma universal.

He suprimido hasta el canto de un ciego que cruzaba la callejuela acompañado de su lazarillo, y que, al sentir que allí había gente, nosotros, se detuvo a cantar acompañado de su guitarra debajo de un farol. En otra circunstancia, ese detalle me hubiera llamado mucho la atención; pero entonces yo buscaba el silencio, el silencio transformado en *ente la persona del silencio*.

Pues sí: aquí hay gente: gente que comercia, que se viste de levita, y no de talabarte de terciopelo y calzas de seda y capotillo de mangas perdidas y espada al cinto: desentonos vivientes; gente que se alumbra con luz eléctrica, y clava

RESONANCIAS DEL CAMINO

los alambres incandescentes en el viejo portalón gótico, en el muro de la torrecilla mudéjar, en la hondonada de la callejuela sin salida, hechos sólo para la obscuridad o el farolillo ambulante; gente que está derribando poco a poco al Toledo insustituible; que está blanqueando con cal los portales visi-góticos, y remendando con construcciones modernas, sin carácter alguno, el maravilloso conjunto de la vetusta ciudad mediocval, que ya casi no ofrece punto alguno de vista en que no disuene alguno de esos malhadados remiendos que interrumpen la ilusión, la admirativa impresión artística. Toledo va rodando al Tajo, o amontonándose en las plazuelas y suburbios en forma de escombros.

Y eso ¿por qué?

Pues por nada, dirán los habitantes de Toledo; por una bagatela. Porque a título de que los visitantes y turistas y poetas se deleiten, no hemos de someterlos, nosotros, gente de carne y hueso, a alumbrarnos con candiles y a habitar ruinas, por más características que ellas sean, ni nos hemos de exponer a que se nos ponga de sombrero un hermoso cupulín árabe, lleno de caracteres cúficos y sostenido por hermosas columnas de chapitel cúbico, el día que se le ocurra decir "hasta aquí he llegado" y le dé por echarse a descansar sobre lo que encuentre debajo.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Y, bien mirado, ¿no es verdad que no les falta alguna razón a los buenos toledanos? No hay remedio: Toledo se va, se nos va poco a poco: la vida lo está matando.

El tronco del árbol negro con tres o cuatro ramas que parecían brazos crispados: el árbol único que daba carácter al paisaje, está brotando por todas partes; los renuevos empiezan a borrar sus líneas. Y brota como los arbustos, como los árboles jóvenes, con las mismas yemas que revientan, y las mismas hojas frescas e infantiles que sonríen.

Para esos troncos no debería haber primaveras; pero ¡qué le hemos de hacer! No pensarán así los pájaros que anidan en ellos.

La florescencia es lenta, sin embargo: aún hoy Toledo es la ciudad más característica y más sugestiva que conozco; no vacilo en decir que la más hermosa.

Toledo

EL ARTE GÓTICO

España tiene en Toledo, en toda la masa de Toledo, su verdadero monumento, levantado por el tiempo, el grande artista.

Pocas ciudades me han sugerido las cosas que me está sugiriendo ésta; no sé si es porque la estoy visitando con mayor reposo que a otras, o porque las impresiones recogidas en otras partes se han ido agrupando en mi espíritu, educándolo, y brotan ahora con mayor orden y nitidez al contacto de este extraño monumento.

El hecho es que yo siento aquí un espécimen de la historia humana, sobre todo de la medioeval.

Como se cuenta de aquellos *rastreadores* de nuestra tierra que distinguían en el polvo o la hierba del desierto la huella de los hombres, y conocían por ella el número de los que habían pasado, y su raza, y la del caballo que montaban, y el número de los que llevaban en libertad, y el punto de que procedían y el a que se encami-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

naban, puede uno aquí reconocer las pisadas de los siglos casi confundidas las unas con las otras, pero perceptibles aun y distintas para la mirada experta. Y dentro de cada siglo podría reconocerse el andar de los hombres, su origen, su rumbo, su carácter, casi el color de sus ojos. Eso constituye un deleite intenso del espíritu.

Después de gozar durante uno o dos días con el solo aspecto y carácter general de esta ciudad, de compenetrarse de su original espíritu, y de visitar una y varias veces la catedral, de estilo gótico, pero mezclado con líneas de todos los estilos, desde los serenos órdenes clásicos, hasta el plateresco y el embrollo de líneas curvas de Churriguera; después de ver la huella del visigodo en las construcciones antiguas, y la profunda pisada del árabe en los arcos apuntados u ojivales o de herradura que se mezclan y confunden aquí por todas partes en las puertas de la ciudad, en las antiguas mezquitas o sinagogas judías como el *Tránsito*, o *Santa María la Blanca*, o *el Cristo de la Luz*; después de ver la huella de la reconquista secular en las almenas y torreones de la antigua muralla y hasta en las más insignificantes construcciones viejas escondidas en el fondo de una plazuela, siente uno resonar majestuosamente en el alma los pasos del tiempo al través de los siglos.

RESONANCIAS DEL CAMINO

Los ecos de esas pisadas se levantan en la memoria, van y vienen, se funden en largos acordes. Y el rumor de muchedumbre de humanidad que pasa, parece andar por entre las ruinas silenciosas, que la imaginación puebla fácilmente de hombres cubiertos de armaduras o alquiceles y de hermosas mujeres de flotantes briales o cendales ligeros, que desfilan nobles o provocativas como ensueños entrevistos.

La arquitectura, si es un arte, es, a mi sentir, el arte soberano; es la epopeya de las artes plásticas. En ella desaparece por completo la personalidad *hombre*, y aparece *lo maravilloso*. Una fuerza invisible y misteriosa es la que va modificando paulatinamente, al través de los siglos, las líneas arquitectónicas; las va agrupando en torno de núcleos desconocidos, y formando así los estilos que aparecen definitivos cuando menos se piensa, sin autor personal, elaborados sólo por el tiempo, brotados como flores de la primavera de un invierno de siglos.

Por eso casi he puesto en duda que la arquitectura fuese realmente un arte: porque el arte supone un artista personal, tiene siempre algo de subjetivo; y los grandes tipos arquitectónicos son obra de la humanidad en marcha al través del tiempo, vestigios de su paso. No son visiones del genio, estremecimientos inesperados del

ZORRILLA DE SAN MARTIN

cerebro, voces repentinas de la obscuridad, como la inspiración literaria o musical, sino obra lenta y paulatina, como las grandes conquistas de la ciencia. Una línea arquitectónica no es el trazo de un genio, es el trazo de la trayectoria de un astro.

Se ve a las líneas venir desde lejos, desde el remoto oriente asiático, cuna de la humanidad, hasta el occidente europeo; desde el mediodía africano hasta las mezquitas cordobesas o toledanas. Me parece ver andar las formas arquitectónicas al través del aire y de los siglos; buscarse las líneas o rechazarse; fijarse la griega, nacida sabe Dios cómo y cuándo a orillas del Egeo, en la nitidez de su inmortal reposo; venir del Asia la curva para ceñirse a la bóveda etrusca; desprenderse esa misma curva del arco redondo en plena cimbra y flotar por los aires, como fragmentos de alas invisibles, hasta encontrarse un día con otra curva hermana, y estrecharse y limitarse mutuamente para vivir por fin eternamente unidas la vida de la ojiva.

Pero el andar de las líneas al través del espacio y del tiempo determina las grandes marchas y las grandes influencias, no ya de los hombres, sino de los pueblos y de las razas entre sí.

En las líneas árabes mezcladas con las góticas en Toledo, fundidas en los mismos edificios u

RESONANCIAS DEL CAMINO

observadas en la mezquita musulímica que se levanta al lado de la gótica grandiosa catedral, me parece sentir como dos soplos encontrados del huracán que empuja a la humanidad.

Trae el uno del Norte esa esbelta ojiva, esos espléndidos rosetones multicolores, esos grupos de pilares cuyos juncos se abren en nervios en los arranques de la excelsa bóveda en que se cruzan para formar la ojiva. Y en esas líneas ligeras y bóvedas flotantes, alienta el espíritu cristiano, el recogimiento de la oración, la resignación en la tierra, y la esperanza en el cielo espiritual.

Trae el otro, del Mediodía africano, ese arco de herradura, esa columnita de chapitel cúbico, esas estalactitas de las techumbres, y esa profusión de ornamentación arabesca, hija de la imaginación eflorescente que invita a los brillantes o lánguidos ensueños terrenales.

Pero si el uno ha entrado en la Península ibérica por el Norte y el otro por el Mediodía, ambos proceden, sin embargo, de donde sale el sol, ambos vienen del remoto Oriente. Allí, en la cuna de la humanidad, se separaron: unas líneas, las del arco de herradura, para ser pedestal de la media luna; las otras, las ojivales, para alzar al cielo la cruz.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

La arquitectura árabe tiene quizá por base y progenitora la asiática, la pérsica especialmente, fundida después con la bizantina. Bizancio suministraba al árabe sus artistas y modelos; la cúpula sobre plano cuadrado, la columna de chapitel cúbico, el arco que el árabe modifica dándole la forma de herradura, y sobre la base de cuyas líneas riza, cala, borda, escribe en caracteres que son más ornamento que escritura, refleja en las paredes y en los arcos y en las techumbres las reverberaciones y estremecimientos de sus soles en los desiertos, o de sus lunas en los ríos.

Todo eso es soplo del Mediodía, corriente de humanidad que, dilatada desde la India hasta el estrecho de Gibraltar, y buscando, como el sol, el Occidente, ha saltado audazmente el estrecho para correrse hacia el Norte, en donde ha tropezado con la ojiva, con la invasión del arte y del espíritu cristianos inoculados en la catedral gótica.

¿De dónde salió al encuentro del arco de herradura y del ajimez árabe ese espléndido y victorioso rival, el de las ojivas esplendentes?

Venía también acaso del Oriente, pero del Oriente olvidado; también, como el sol y como la civilización humana, ha caminado hacia el Occidente, hacia nuestra América, es decir, hacia el porvenir de la humanidad.

RESONANCIAS DEL CAMINO

Toma acaso alguna de sus líneas de Bizancio; pero remotísimas.

El imperio cristiano de Constantinopla es el último vínculo entre el Asia y la Europa: las líneas arquitectónicas bizantinas son el Oriente y Grecia y Roma refundidos: cúpulas sobre planos cuadrados, columnillas griegas, ventanas tímidas: Santa Sofía de Constantinopla es el tipo.

Pero los bárbaros se hacen cristianos en la Europa occidental; y, a medida que el cristianismo va penetrando en ellos, va alboreando o reapareciendo una nueva línea arquitectónica: tímida en un principio, sostiene sus techos planos de madera que se derrumban al fuego de las hogueras normandas; pero después de pasado el período de prueba, se reedifican las ruinas; y, para evitar la repetición del derrumbe, una bóveda espontánea y original busca apoyo en los muros calcinados.

¿Cómo pasar de él al gótico?

No lo sé, ni creo pueda afirmarse con precisión. El gótico, soberano arte cristiano, ha nacido con el románico: éste empieza por engrosar sus muros para sostener la bóveda; construye inmediatamente más angostas las naves, para que soporten mejor el peso de la techumbre; busca enseguida para ésta la arista que distribuye la gravitación, en reemplazo del arco en plena cim-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

bra; para neutralizar aquélla, vigoriza los contrafuertes exteriores o pilares adosados al muro, y emplea la ventana ojival.

¿Qué falta para que el gótico aparezca? Nada o casi nada; el arte ojival está ya en el románico; en las nerviosidades de dos arcos diagonales que se cruzan en la bóveda; en el arco agudo o apuntado. Este esbelto arco, que el árabe usaba sólo como ornamento, substituye en absoluto, como base de construcción, al arco pleno en el estilo románico; se han olvidado las antiguas proporciones de las columnas; han desaparecido los cornisamientos de líneas paralelas; la vegetación ha trepado a los chapiteles de formas varias, y ha anidado en ella una familia abigarrada de figurillas, que asoman entre el follaje de piedra o se acurrucan en las puntas de los mechinales salientes.

Nace entonces, por fin, el *botarel o arbotante*, especie de brazo aislado exterior que, apoyado en el contrafuerte, sostiene desde afuera la nave; y el gótico aparece definitivo con su bóveda por aristas establecidas sobre las nerviosidades que forman su esqueleto esbelto, y con todas sus presiones hacia afuera, hacia el contrafuerte o el arbotante.

Entonces las paredes no sirven ya casi de apoyo; pueden desaparecer, pueden agujerarse

RESONANCIAS DEL CAMINO

sin temor: la tierra, el aire con sus presiones en todos sentidos, el cielo, la gravitación universal sostendrán el templo que flotará y permanecerá como flotan y permanecen las estrellas.

Ha nacido el arte cristiano.

Si los muros son inútiles para soportar el peso material de la bóveda ojival, servirán para dar al cielo libre entrada hasta la nave en que vivirá el Dios verdadero para que la luz lo adore: *cæli enarrant gloriam*. El ojo inmenso del rose-tón absidial derrama entonces su mirada, empapada en todos los colores del iris, por la flotante nave; todas las naves, a su vez, rompen sus ya inútiles muros para dar amplio paso a la vibración del día, filtrada en los vidrios de color de sus ventanas ojivales.

El arte cristiano, el arte gótico ha nacido; no sé si en Alemania o en Francia, pero él ha aparecido, y se ha difundido por Occidente, y ha penetrado en esta nuestra península (digo nuestra porque hablo de la madre España) y, siguiendo la senda abierta ya por el románico, ha ido marcando la huella de la reconquista, que hunde en Africa la media luna, y marca su paso con jalones espléndidos que son la catedral de León y la de Burgos y la de Toledo y la de Sevilla. La Cruz, con las alas abiertas, va saltando de cumbre en cumbre hacia el mediodía; las líneas

ZORRILLA DE SAN MARTIN

convergentes de las ojivas, como manos puestas en actitud de orar, brotan de la tierra por todas partes, hasta levantar su acción de gracias en la nave y el claustro de San Juan de los Reyes. Allí proclaman el triunfo de Isabel, de la gran Isabel, sobre la Beltraneja, triunfo que habilita a aquélla para realizar la unidad nacional y hacer que la cruz, que venía triunfante de ojiva en ojiva, salte por fin el Océano, desde las almenas de Granada, y vaya a caer en el corazón de América, hundiéndose en él para arraigar hondo, en las profundidades, como los árboles que no mueren.

Aquí en Toledo, y muy especialmente en esta soberbia catedral, se ve el encuentro de las grandes líneas arquitectónicas; aquí se han fundido las del Norte con las del Mediodía, el arco apuntado con el de herradura, la arista recta de la torre mudéjar y el arabesco y el ajimez, con la aguja de la torre gótica, con la crestería ondulante, con los doseletes calados que sombrean las cabezas de los heraldos de piedra; los versículos del Corán de caracteres árabes, con las hojas de trébol o de cardo o de parra, y con los caracteres góticos.

Pero el gótico ha triunfado en esta catedral; las líneas árabes que aquí se ven son trofeos de

RESONANCIAS DEL CAMINO

los vencidos, notas de victoria que hacen más hermoso aún este acorde de líneas cristianas.

Yo encuentro aquí el gótico más grandioso y más clásico que en cualquier otra parte: más que en el duomo de Milán, por supuesto; más que en Notre-Dame de París; más que en la abadía de Westminster de Londres. Es cierto que vino de allá; pero vino hasta aquí en son de guerra; aquí luchó y venció. Esto es una estación de término, un grito de piedra de una multitud armada que alza su acción de gracias sin sacudirse el polvo de la batalla secular.

Como se consagra algún tiempo a leer un poema, he consagrado un día casi entero a la catedral de Toledo, sólo a mirarla, a vivir en ella.

Pasaba en sus naves la mañana, y volvía a mediodía y regresaba al caer la tarde, como si cerrara el libro y volviera a reanudar la lectura.

Iba a gozar del poema de luz y sombras, de líneas y colores que se difunden por aquellos ámbitos, y que tiene fábula, proporciones, verdadera unidad de acción, desde los esplendores del día, hasta las tintas crepusculares y la sombra nocturna.

Las luces que se difunden por sus cinco naves parecen espíritus armoniosos y discretos que flotan graves y serios en las laterales, sonríen en

ZORRILLA DE SAN MARTIN

las segundas, y rien noblemente, sin carcajada, en la nave central y en el crucero adonde penetran en bandas de mil colores por los astrales rosetones redondos o las amplias vidrieras ojivales. Ese hormigueo de luces de lo alto parece que, como las aves reprimen el vuelo al posarse en la tierra, va disminuyendo en intensidad al posarse en los dos coros tallados que interrumpen la nave central, en las verjas que los cierran, en los retablos, en los sepulcros. La vista pasa instintivamente de la luz ígnea que vibra y chispea en los vidrios de colores de los rosetones, a la tibia y discreta que se difunde hasta cierta altura de la nave silenciosa. No se sabe adonde van, qué se hacen, en dónde se diluyen las luces blancas que hormiguan en lo alto y salpican el aire entre uno y otro color de los infinitos de que está empedrado el rosetón transparente; entre el azul obscuro y el amarillo vivo, entre el rojo y el esmeralda reverberantes.

Se ocurre que el color juega allí con el día, y lo hace girar en torno suyo, para adornarse de un nimbo. Parece también que la luz ama el color puro de aquellos vidrios y, aunque los atraviesa para penetrar en la nave, no se atreve a alejarse de ellos, y flota y se estremece en su torno, como las abejas de alas encendidas por el sol en torno de las flores, formándoles una au-

RESONANCIAS DEL CAMINO

reola. De los reflejos de ésta viven la espléndida nave central y el crucero, en un semidía sin hora precisa.

Sentado en la base de una columna, ¡cuántos ratos he pasado mirando esos rosetones góticos y dejándolos rielar en mi alma, en la que hacían brotar, como la luna resplandores en el agua, ideas raras y sin lógica, procesiones disparatadas y fugaces, raciocinios inconsistentes, pero con cierto encanto! Si el color sonara, me decía yo una vez, ¿qué acorde, qué sinfonía, qué música no sería ese ventanal? Ese azul profundo como el mar, ¿qué voz tendría? ¡Y ese rosado tan pálido! Así cantarán los niños en las alboradas del cielo. ¡Y esos verdes, y esos ocre, y esos amarillos que parecen risas, y esos carmines que parecen sonrojos!

¡Si el color sonara!

¿Y por qué ha de sonar? ¿No es vibración el sonido como la luz?

Sí: eso es música de la luz.

El ventanal que estoy mirando es hermano de esos dos órganos de tubos dorados que, más abajo, ocupan dos arcos ojivales opuestos.

Cuando, estando la catedral a oscuras, se descorra la cortina de uno de esos ventanales dando entrada al día; y cuando un artista genial ponga las manos en las teclas de esos órganos, dando

ZORRILLA DE SAN MARTIN

salida a un suspiro de sus grandes pulmones, ¿no penetrarán al templo luces y sonidos, notas y colores, formando un solo acorde, un arte solo?

Desde el crucero se sumerge la mirada en la hondura ojival de las naves laterales. Allá, en el fondo de éstas, se abre también el ventanal de colores; a él van convergiendo los nervios que, arrancando de los grupos de pilares, ya aislados a la izquierda o ya empotrados en el muro a la derecha, se cruzan diagonalmente en la bóveda. Parece que esa serie de arcos se va encojiendo poco a poco hasta ajustarse, allá en el fondo oscuro, al nítido contorno del sonriente ventanal. El candoroso resplandor resbala por los nervios de la bóveda, por los grupos de columnas, o por los calados de piedra de las ventanas laterales.

Las luces penetran por todas partes al través de una filigrana de hierro o de un encaje de piedra: atraviesan las unas las rejas que cierran las capillas débilmente iluminadas; brotan las otras de entre los calados de piedra de las grandes vidrieras, de los rosetones radiosos.

.....

Es tarde ya. El sol se está poniendo sin duda allá por el mundo, porque advierto que los ven-

RESONANCIAS DEL CAMINO

tanales se entristecen y los vidrios de color pierden su brillo como ojos que se cierran, o brasas que van quedando apagadas por su propia ceniza. Las luces que, descendiendo de los altos ventanales, flotaban por la iglesia, se van replegando hacia arriba, seguidas por las sombras que van brotando de abajo y ganando el aire. No se ha dado uno cuenta de cuándo brilló la última mirada del rosetón y de las grandes ventanas; pero ya están apagados. Los calados parecen esqueletos; la noche ha pegado su negrura en los vidrios por la parte de afuera.

También la noche comienza a andar por todo el templo. En la inmensidad de éste, las lucecillas avivadas de las lámparas o de algunas velas encendidas en los altares parecen estrellas, espigas de rayas finas y elásticas que se alargan y se acortan desigualmente alrededor del foco. Este brilla como una mirada triste y muy fija, dejando grandes espacios del templo completamente a oscuras, cargados de noche. ¡Lo que cabe en esas honduras!

Las leyendas empiezan, pues, a brotar de los sepulcros que pueblan el templo, y de detrás de los grupos de columnas, y de entre las rejas que rodean los coros o cierran las capillas; comienzan a volar por entre todo esto, a mover el aire que sensiblemente se va oscureciendo, a pasar por

ZORRILLA DE SAN MARTIN

delante de las velas encendidas que, a veces, parecen sacudidas por un soplo fugaz.

He cobrado un verdadero terror a las leyendas: sus personajes me han hecho mucho daño. Se funden con las realidades de mi vida, y después ¡vaya uno a establecer la diferencia entre lo que es y lo que no es!

Me arrodillo un rato, apoyada la cabeza entre las manos, en la balaustrada de la capilla del sagrario, y salgo del templo, dejando en pos de mí la resonancia de mis pasos, que se difunden a lo largo de las naves solitarias.

San Pedro

(VALLE DE SOBA)

Te escribo, al fin, desde este valle de Soba; desde el valle paterno que tanto he deseado conocer.

¡Pobre pequeño valle de mis abuelos!

¡Patria hermosa de mi padre a quien ayer no más dejé en su sepulcro en nuestra tierra! Esta fué tan suya como hoy siento que es mía la que piso, en que el buen viejo querido vió la primera luz: allí en aquella antiquísima y casi ruinosa casa de piedra que estoy mirando como a un santuario.

Le he traído sus nietos a su tierra; cumplo una promesa. Los he traído para que conozcan, y amen y recuerden siempre la aldea de su honrado abuelo.

También a eso he venido yo como en peregrinación. Esta carta yo se la hubiera escrito a él. ¡Con qué gusto la hubiera leído! ¡Hubiera llorado! ¡Qué le hemos de hacer!

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Desde el sitio en que te escribo, estoy viendo a Alejandro y Juan Carlos, con sus boinas de lana azul, mezclados a otros niños de la aldea, correr tras unas cabras bajo el castaño secular a cuya sombra jugó niño mi padre; al lado de la pequeña iglesia en que se bautizó y en que están enterrados mis abuelos de varias generaciones.

¡Si vieras qué raros son los pensamientos que todo esto me sugiere!

Pero te haré merced de ellos: están tan adentro, que el exprimirlos ahora sería largo y fuera de sazón; acaso se irán diluyendo en lo que te vaya escribiendo, sin yo proponérmelo. Los hondos afectos son como la luz de la aurora: no toman forma repentina: van poco a poco inoculándose en el ambiente en que flota la frase y aclarándolo. La expresión más ingenua tiene entonces cierta luz vaga y casi imperceptible que la forma nimbo y la compenetra.

Yo quisiera decirte mucho, hablándote muy poco.

Vamos, pues, a mi propósito: de Laredo a Soba.

El fuerte chaparrón que nos sorprendió cuando te dejé en Laredo, con ser tan estrepitoso, no había caído más allá de Colindres.

RESONANCIAS DEL CAMINO

Dejamos, pues, la costa del Cantábrico con un precioso día, y nos internamos en busca del valle paterno, atravesando el territorio montañoso que es un encanto. La montaña, llena de vegetación hasta la cumbre, queda a nuestra izquierda; el río Asón, hermano del de Soba, que viene hacia nosotros desde el valle paterno, corre a la derecha, allá en el fondo del barranco que han cortado verticalmente para formar, entre el río y la montaña, la magnífica carretera en que rueda nuestro coche. Enfrente, montañas que ya convergen, ya se separan para hacer aparecer las que vienen detrás; ya se interrumpen bruscamente al llegar al río, ya se encogen poco a poco para llegar hasta él en blando declive de un verde esmeralda.

Han pasado los paisajes de alegres montañas que tú viste, cuando veníamos de Madrid, desde Reinosa hasta Santander, y, sobre todo, desde Santander, por la costa Cantábrica, hasta Laredo: esa es la sonrisa que la montaña envía al mar al bajar a la playa. Han pasado los bosques de robles y cajigas y castaños y avellanos, y comienzan los más oscuros de encinas y de hayas.

Las montañas se elevan; y, detrás de las vestidas de verde, empiezan ya a presentarse las otras más altas, las montañas calvas de cabezas de piedra gris con grietas negruzcas y con sus

ZORRILLA DE SAN MARTIN

chales de niebla atravesados en las frentes azuladas.

—Por allá está Soba, me dice nuestro amigo Terreros. ¿Ve usted aquella punta que se ve a lo lejos? Es el Mazo de San Pedro: a su pie está la aldea.

Vamos atravesando algunos pueblecitos, en extremo pintorescos y llenos de carácter, con sus casones antiguos de amplia solana y portalada ostentosa, en la clave de cuyos arcos de sillares oscuros el escudo señorial ennegrecido por el tiempo, con su casco y cimera de plumas de piedra, presenta sus cuarteles heráldicos llenos de símbolos y empresas. A su lado está la casita humilde con su establo en el piso bajo, su solana de pilares de madera, y el grupo de la familia bajo el cobertizo.

Salen del establo algunos cerdos abanicándose el hocico con las lacias orejas que les ocultan los ojos, hozando y gruñendo, perseguidos por un chiquillo que los hostiga; picotean las gallinas en los montones de basura, mientras sacude el gallo las alas y se empina alargando el cuerpo, disponiéndose con altivez a cantar; y corren desaforados los perros hasta la mitad de la carretera, en que se detienen como si tropezaran en sus patas delanteras extendidas y crispadas, ladrando furiosamente al montañés que pasa con su cuévano

RESONANCIAS DEL CAMINO

a la espalda o su dalle al hombro, mirándolos de soslayo sin interrumpir su camino.

—Detengámonos aquí un momento, me dice mi compañero; ahí, en el borde de esa hondonada. Esas dos montañas que están frente a nosotros y que casi se juntan formando una estrecha garganta, son las dos columnas de las puertas de nuestro valle. Ahí lo tiene usted. Aquel pequeño caserío de allá arriba, es *Incedo*, el primer pueblo de Soba.

Llegamos a *Rozas*, o, más bien, al pie del cerro en que el pueblecito está trepado como un águila blanca. Allí nos esperaba la pobre Felisa, mi prima hermana a quien tú conociste con sus hijitos en Montevideo, cuando su marido trabajaba en el campo de mi padre. Se entrega a las mayores demostraciones de cariño; bruscamente y llorando, me dice que todos sus hijos han muerto: te recuerda a ti, a Elvira, a mi padre. ¡Pobre Felisa! Es una alma buena.

—Ahora estoy sola, me dice; mis hijitos están en el cielo. ¿Sabes que todos se me murieron?

—Sí, hija, sí: adiós. Vamos a San Pedro, al pueblo de mi padre: allá nos veremos mañana.

Y llegamos a *Regules* al pie de la última montaña, en cuya abrupta cima está *San Pedro* y, detrás, *San Martín*, el solar de mis abuelos.

Tres caballos están prontos para trepar; nues-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

tro amigo Gutiérrez los tiene allí dispuestos, y será nuestro compañero y guía: somos sus huéspedes en San Pedro.

Monto yo el uno, ocupa Gutiérrez el otro, y Alejandro y Juan Carlos van en el tercero. Alejandro va adelante; Juan Carlos se agarra a él detrás. Van más contentos que unas Pascuas.

¡Y eche usted cerros, y peñas, y lajas resbaladizas, y escalones toscos, lavados y removidos por las lluvias, y senderos estrechos y empinados y ásperos!

Es necesario agarrarse a la crin del caballo, el que, a su vez, sube fijando el casco en las grietas de la roca o suturas de las lajas que busca con inteligente cuidado, ya a un lado ya al otro del estrecho atajo; ya haciendo rozar nuestras piernas en los arbustos del borde de éste, ya apoyándose bruscamente en sus patas traseras e impulsando su cuerpo hacia arriba, para salvar un tosco escalón.

Un muchacho tira de la brida de la caballería en que van acurrucados y agarrados fuertemente mis dos hijos que ríen con risa ya no del todo franca, al sentirse sacudidos más violentamente de lo que suponían; dos hombres llevan en cuévanos nuestras maletas.

La tarde va cayendo: las montañas comienzan a envolverse en sus vapores grises en primer

RESONANCIAS DEL CAMINO

término, y casi violetas más allá. Parece que la naturaleza cierra lentamente los ojos con una sonrisa triste.

Los arbustos del borde del camino y las rocas van apareciendo casi repentinamente al llegar a ellos, como si les interrumpiéramos el sueño.

Todos seguimos silenciosos uno detrás del otro: el atajo es muy estrecho. Hasta mis muchachos se han callado, y ya nada preguntan sobre lo que ven a un lado y a otro medio esfumado.

Un eco dulce salido de entre los cerros inmediatos llega a mis oídos: pocas veces una campana me ha producido un efecto semejante.

No había duda: aquella era una campana echada a vuelo: no era la lenta melodía del *Angelus*: su sonido era prolongado, alegre; no tenía la melancolía de la campana aislada que parece deleitarse en dejar morir el eco con agónica larga, y en sentirlo hundirse en la distancia como en un sepulcro. Aquellas campanas reían: sus notas se atropellaban como las de una carcajada. Me pareció, al sentir las en medio de aquella tristeza azulada de las montañas dormidas, la risa de un niño en medio al silencio de una familia de luto.

¿Eran aquéllas las campanas de San Pedro, el pueblecito paterno? ¿Por qué reían así, en vez de rezar, si era la hora del *Angelus*? ¿Reían

ZORRILLA DE SAN MARTIN

acaso conmigo las buenas campanas de la montaña?

Yo empecé a presumirlo; más aun: estaba seguro; las entendía.

—¿Qué campana es esa?

—Son las de San Pedro.

—¿Y a qué tocan?

—¡Oh! Los pobres de la aldea no tienen otro modo de manifestar su alegría al recibir a las personas que quieren. Esas campanas lo reciben a usted. Mire usted además hacia adelante: el pueblo sale a su encuentro.

Como de sorpresa, efectivamente, pues no lo había visto a causa del gris crepuscular que todo lo envolvía, me encontré con un grupo de hombres casi a mi lado. Era un grupo de labradores que, con el *dalle* al hombro, bajaban entre los riscos a mi encuentro, de vuelta de la faena del día. Un momento después, yo me arrojaba entre ellos de mi caballo, y estrechaba sus manos callosas entre las mías, sintiendo en los ojos el agrio de mis lágrimas.

Más allá estaba otro grupo: el cura párroco, los vecinos, las mujeres, los niños. Estos últimos, al verme abrazar por sus padres, que me saludaban a gritos, pronunciando su apellido, el mismo mío, prorrumpían en ¡vivas! clamorosos, cuyas notas, unidas a las de las campanas que seguían

RESONANCIAS DEL CAMINO

volteando como locas, formaban un acorde infantil y sagrado.

¡La canción del regrese! Yo no llegaba por primera vez a aquel valle que por primera vez pisaba; yo regresaba a él. Mi padre había salido de allí casi niño, hacía sesenta años: yo regresaba con mis hijos, con los nietos uruguayos del noble viejo montañés de larga barba blanca como la nieve de estas montañas, no más blanca, por cierto, que su conciencia de hombre de bien. ¡Bendita sea su memoria!

Todos sabían que yo pensaba entonces en mi padre; y, aunque ya era casi de noche, y no se veían bien las caras, todos sabían que yo no hablaba porque tenía que llorar.

Besé a algunas niñas que salieron tímidamente a mi encuentro, mientras que los demás seguían aclamando como grillos, al son de las campanas; tomé a una de aquéllas de la mano, a uno de mis hijos de la otra, y subí la cuesta pedregosa en cuya cima blanqueaban entre los árboles las casitas de la aldea, y se proyectaba, sobre un fondo de altísimas montañas, la sonora torrecita cuadrada de la iglesia.

Las campanas se han callado; mis hijos duermen; yo, desde la alta ventana de mi habitación, miro hacia afuera: las montañas están allí al lado

ZORRILLA DE SAN MARTIN

de la aldea, durmiendo también, enormes, amontonadas. Me parecían aquellas olas grandes del mar que, al través del grueso y redondo cristal del ventanillo de nuestro camarote, veíamos hincharse al lado de nuestro barco para meterse debajo de él y levantarlo en su lomo obscuro; se me ocurría también que las montañas eran un montón de cosas colosales y con puntas, tapadas con un inmenso encerado.

Las estrellas, al lado de esas moles, son chispas. La aldea está situada en una eminencia. Entre ésta y las montañas que la circundan hay una hondura; allá abajo todo está obscuro; parece más hondo que lo de arriba. Pienso que si una montaña de esas que están ahí dormidas se arrojara en esa sima que veo llena de tinieblas a mi lado, se hundiría y desaparecería como una piedra lanzada al mar; no volvería a saberse de ella: las sombras se la tragarían, y ni siquiera avanzarían las tinieblas de su actual orilla.

El mundo está callado como un muerto: las altas horas pasan silenciosas sobre él.

Hasta mañana.

Cielo y mar

20 de agosto de 1896

El *Espagne*, atracado a la dársena de Marsella, ha levado anclas, amarrado las escalas, cerrado los portales.

Nos vamos.

Allí está, en primer término, el racimo de cúpulas y torres de la Catedral bizantina en torno de la cual se agrupa la ciudad. Detrás, muy cerca, se ve el cerro árido y de un color ocre, sobre el que se eleva el santuario de *Notre Dame de la Garde*. La Virgen de oro está de pie en la esbelta torrecita cuadrada, con el niño en brazos; la Virgen brilla a los rayos del sol poniente.

Un vaporcito forceja tirando del cable amarrado a la proa de nuestro barco, que se desprenden insensiblemente del malecón.

¿Caminamos? Sí: la tierra flota y se retira; algunas gentes de caras llorosas agitan pañuelos desde el muelle. A nosotros nadie nos saluda, felizmente. Pasamos a lo largo del enorme vapor pintado de blanco plomizo que era nuestro veci-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

no, en cuya proa leo, en letras doradas, *Les Alpes*; una multitud de botes lo rodean como los cangrejos que asaltan un pescado muerto en la orilla. Más allá quedan, como amontonados y abandonados por inútiles, los grandes vapores fondeados; sus proas enfiladas apuntan hacia el mismo sitio; sus bocinas o ventiladores en forma de cornetas blancas abren las bocas vacías al aire; sus caños rojos, negros, blancos, se ven, algunos humeantes, entre los cordajes y las vergas.

Vamos caminando con cuidado; todo lo que nos rodea gira como en torno de un eje. Un puente articulado se abre delante de nosotros. Y pasamos.

Salimos del puerto al mar; tres o cuatro rocas grises continúan en él la formación de montañas cenicientas que se extienden detrás de la ciudad; una de aquéllas tiene un castillo, le *Chateau d' If*, que se recorta en el cielo anaranjado del poniente.

.....
¡El mar! ¡El mar!

El agua verdosa comienza a transformarse en azul, azul profundo; la espuma blanca que levanta el barco, jaspea, como a un mármol, la lisa superficie del mar, de un celeste cobalto.

RESONANCIAS DEL CAMINO

Mis hijos, sobre todo los más pequeños, miran atónitos en torno suyo; recogen con avidez su primera impresión de inmensidad por sus ojos todo niñas.

El vapor ha tomado su briosa actitud de soberano; marcha con un escalofrío continuado, pero firme y resueltamente; el aire fresco nos sacude la cara con sus soplos. Huye la tierra; la Virgen de oro de la lejana torrecilla nos envía reflejado el último rayo de sol.

.....
En pleno Atlántico. Vamos entre las islas Canarias y la costa de Africa; pero la niebla nos acerca los horizontes, y nos borra la lejana tierra. El día es largo y monótono. Al caer la noche, una nube negra se alza del horizonte africano.

¿Quién va en ella? ¿Quién viene?

El viento anda por el aire, y comienza a soplar las olas; el barco se agita inquieto; pero la tempestad nos ha tocado con la punta de las alas, y se va volando hacia el Norte.

Amanece; avanza el día.

Es fresca la mañana; el mar aun tiene miedo, aun se mueve receloso del regreso de la tormenta que se le acercó. Una especie de garza negra, con el cuello retorcido plegado sobre el pecho y

ZORRILLA DE SAN MARTIN

las finas patas tendidas hacia atrás, vucla en el viento a nuestro lado: es un nudo con alas.

El día es lento y brumoso. Hay movimiento de *tangage*, y los viajeros están amodorrados en sus sillones de viaje con las caras lánguidas. Se oye sólo el rumor del hélice, el hervor de la espuma, el silbato del vapor que grita en la niebla de vez en cuando. La inmensidad está callada, o habla, en voz muy baja, de cosas muy abstractas, palabras demasiado diluídas.

Otra noche, noche oscura. El océano fosforece.

La fosforescencia del mar me sacude con voces de fuego que llaman en el abismo de agua negra que nos oprime.

La espuma que levanta la proa de nuestro barco blanco, color fantasma, y que corre a lo largo de su casco, pasa tachonada de grandes puntos luminosos; parece una gran vía láctea en la que hierven estrellas en rebelión. Algunas de éstas se encienden en la superficie y se hunden, se las ve hundirse; nacen otras en el fondo, y sacan la cabeza a la superficie; giran, se revuelven, se retuercen, y van corriendo a lo largo del barco, y se van hacia el horizonte oscuro. Miro el fenómeno desde la popa, y quedo sobreco-

RESONANCIAS DEL CAMINO

gido. El hélice del vapor se retuerce debajo de éste, no en agua, sino en una especie de masa líquida fosfórica que parece humear, y brota como un chorro de fuego en ebullición; de un fuego frío que humea. Una franja de esa sustancia luminosa queda detrás del barco, y la fantástica estela se hunde allá en la obscuridad remota. En el seno de ese líquido inverosímil se agitan, se revuelven, surgen, se hunden, se entrechocan millones de coágulos de luz mucho más brillante que el medio luminoso que los engendra; parecen seres vivos atormentados y misteriosos, brasas animadas revueltas por una mano invisible, y que surgen huyendo del abismo de abajo para tropezar, y espantarse, y retroceder ante el abismo estrellado de arriba. ¡Oh, Dante! A ambos lados de la franja espesa que forma el hélice lucen, de trecho en trecho, y van corriendo, los trozos dispersos de fuego que vienen de la proa por ambos lados. Y todo rueda fundido, y corre vertiginosamente, y se pierde en lo negro, allá por el horizonte impasible.

Yo siento que muchas cosas se mueven dentro de mí ante ese espectáculo; pero son cosas vagas como esos fuegos de agua inconsistentes. Pienso muy adentro; y las ideas se disipan al asomar en la conciencia.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Queda, sin embargo, en mí, su resonancia pa-
vorosa....

.....
.....
¡Oh día azul del mar impregnado de emana-
ciones saladas!

Luz en el aire; olas blancas como corderos
alegres que retozan en el azul; luz en las almas;
risa en los labios.

Algunos barcos han pasado a la vista. Los de
vela, sobre todo, con las alas llenas de luz, de
blancura, de fuerza impulsiva, nos han cauti-
vado.

Copiosas bandadas de peces voladores salen
del agua y vuelven a caer en ella después de un
largo salto o vuelo: al salir, parecen pájaros; al
caer, piedrecillas que salpican. Su vuelo tiene
algo del de la mosca, del de la avispa; son avis-
pas de largo abdomen blanco. Brotando de ese
elemento tan azul en que viven, parece que de-
bieran salir teñidos de añil, y no tan limpios, tan
blancos.

El agua salada se pulveriza en las crestas de
las olas; la luz solar, al atravesar ese polvo de
agua, forma brillantes arco-iris en el aire; el
color anaranjado predomina, y la espuma cae al
través de un tul dorado.

RESONANCIAS DEL CAMINO

El aliento fresco y salobre del agua penetra lleno de vida en los pulmones.

Dos grandes delfines saltan en el mar; parecen rocas que forman una rompiente, pues, al caer, una mancha de espuma interrumpe el azul verdoso del agua. Se dijeran piedras negras tiradas al mar, quién sabe de dónde.

A las dos de la tarde atravesamos la línea del Ecuador y entramos al hemisferio austral. Bendito sea el hemisferio austral, porque allí está la buena Patria, sentada, mirando al cielo, a orillas de este mar, como una vieja amiga eternamente niña. ¡La buena Patria!

Las nuevas estrellas han comenzado a salir del horizonte, las constelaciones que no están llamadas para mis oídos. La lengua que habla ese cielo ya no es lengua extranjera.

He pedido al buen comandante del *Espagne* que me haga saber cuándo veremos la *Cruz del Sud*.

— *Voilà votre Croix du Sud!* me dice esta noche.

¿Aquéllas? Oh, sí: las hermosas estrellas que me salen al encuentro, las mías, las que me miran entre millones que miran a otra parte.

Bien las reconozco: la *Cruz* está tendida en el borde del horizonte oscuro; los dos ojos radiosos

ZORRILLA DE SAN MARTIN

del *Centauro* pestañean más arriba; más allá las nebulosas blancas...

Todo en su puesto; nada ha cambiado en mi ausencia. ¡Mis bravas estrellas amigas! Me parecen frescas y sonrientes como gotas; diría que me reconocen como yo a ellas

Mar gruesa, muy gruesa; el viento lleva y trae fuertes y copiosos chaparrones.

El barco va dando de cabezadas a las olas, y reventándolas una tras otra.

¿Conque eres tú, viejo Pampero, que vienes de la Patria a darnos la bienvenida?

También te reconozco en tus ráfagas desiguales.

El viento arrecia cada vez más; el *Espagne* lucha con él y con la corriente y el oleaje del Sur: hunde en el agua la proa, y la levanta vencedora; la popa sube y baja ondulante en la cumbre de la ola; al subir, sale el hélice del agua y gira en el aire, y vuelve de nuevo a agarrarse en el mar espumoso, sacudiendo el barco que siente un escalofrío.

Los viajeros sentados, con las cabezas fijas en los respaldos de los sillones y las vagas miradas hacia el mar, ven el plano de éste que pierde su posición horizontal y determina un plano obli-

RESONANCIAS DEL CAMINO

cuo, una loma azul en cuya falda resbala el barco; sube la popa hacia el cielo, que parece descender sobre ella, y vuelve a hundirse lentamente en inmersión vaga, indefinible, narcótica, que estruja los estómagos; el buque tiene movimientos de serpiente.

Y cae la noche, y el Pampero está con insomnio: silba en lo obscuro. El plano negro del mar se inclina desde el horizonte hasta la base del barco; las estrellas suben y bajan entre el cordaje de éste; giran en ronda universal por el cielo negro en que andan chispeando

Ráfagas intermitentes de viento han barrido el cielo de nubes.

El día es hermoso; el Pampero se ha ido, dejando el aire saturado de ozono: fresco, salado, sano.

Los *dameros*, especie de grandes gaviotas de un hermoso color carmelita y blanco, vuelan numerosos alrededor del buque, presentándonos ya el lomo que parece un tablero de ajedrez, ya el pecho blanco; en largos balances se acercan a reconocer en el mar lo que cae del barco; se echan a veces en el agua y se les ve ondular descansando en la ola, con sus picos largos y sus

ZORRILLA DE SAN MARTIN

ojos brillantes como cuentas de vidrio. Se pasa uno las horas viéndolos volar; parecen de terciopelo; vuelan oblicuamente con las alas rígidas, fijas, como si fueran de cartón; recuerdan el vuelo en el aire de una tarjeta arrojada de canto y con violencia.

Amanece, después de diez y ocho días de viaje, el día de la llegada.

El cielo parece un inmenso cortinado gris con desgarrones de trecho en trecho. Al través de éstos, se ve el otro cielo que está detrás, un cielo de un azul purísimo con girones de nubes como nácar escarmenado.

Me recuerda esto el velo de las iglesias el sábado de gloria. Tras el velo está el altar iluminado, y la luz escondida filtra por los resquicios de aquél. Se espera el *Gloria*, el sonar de las campanillas que se han callado algunos días, el torrente del órgano, que también ha estado mudo, el humo del incienso, la bocanada de luz, el estallido de la alegría, la resurrección.

Subo a la *passerelle*, y miro, y sigo mirando una hora, dos horas, el horizonte.

Voilà la terre! Voilà votre terre! me dice el comandante, extendiendo el brazo y ofreciéndome el antejo.

RESONANCIAS DEL CAMINO

¡ Mi tierra, mi tierra por fin !

Es una línea imperceptible entre el cielo y el mar, una faja amarilla, como un reflejo de luz tímida que se va definiendo a medida que avanzamos.

Allí está la *Punta del Palmar*; el faro *Polonio* más allá.

El sol brilla radioso en el cielo azul, y derrama una cascada de fuego sobre la corriente marina; las últimas nubes que se van, trazan, de tiempo en tiempo, rayas de sombra que atraviesan la reverberante estela.

Todo el mundo está a bordo de fiesta.

Yo, desde el puente, miro, hacia abajo, el cuadro que ofrece el pasaje de tercera clase. A lo largo de la borda, dando las ancas al mar y asomando las cabezas hacia el centro del barco, van, bajo un techo de tablas, veinte enormes burros que han subido en Barcelona, y cuyos rebuznos hemos sentido durante el viaje, y confundido muchas veces con el silbato lejano del vapor. Frente a ellos, una muchedumbre de hombres, mujeres, niños, muchos niños. se mueve contenta, goza del sol que inunda el cuadro. La luz solar pone toques brillantes en los platos y jarros y baldes de latón que casi todos tienen en la manos esperando el almuerzo. Los niños des-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

calzos corren contentos por el entarimado del recién lavado barco; las mozas se han peinado y acicalado, y se pasean de bracero con coquetería entre los grupos de hombres en cucullas, de mujeres que lactan sus pequeños ó peinan a los mayores de cabecitas rubias llenas de sol, de marineros que van y vienen y lavan ó pintan el buque, abren las bodegas, preparan los pescantes, desligan las escalas.

¡Cuánta alegría en ese cuadro! ¡Cuánto color!

Allá en el horizonte, muy lejos, detrás de nosotros, se ve una columna de humo. Todos los anteojos se dirigen hacia allá.

¿Que barco es? ¿Se distinguen los colores de la bandera? ¿Es francés? ¿Es italiano? ¿Es alemán? ¿De qué color es el casco? Nos gana terreno. Llegará antes que nosotros.

Ya no hay duda: el casco es negro, francesa la bandera que ha izado en la popa, roja y negra la chimenea: es el *Chili*, que ha salido de Burdeos el mismo día que nosotros de Marsella.

El cabo de *Santa María* aparece allá entre la luz de la playa; se ve la torrecilla del faro con toda claridad, como si fuera un cirio blanco, en la base de la costa color de ocre.

RESONANCIAS DEL CAMINO

Entramos, pues, a *mi río*, a mi Río de la Plata. Es una sensación rara, intensa, después de haber cruzado muchos ríos y muchas tierras como extranjero, poder decir al fin: *mi tierra, mi río*. Se cree uno realmente dueño de todas las olas que ruedan, de todas las espumas que flotan, del sol que en ellas reverbera, de las costas que van apareciendo en el horizonte. Desea uno que los que llegan por primera vez lo encuentren todo hermoso, que adviertan todos los detalles, que le pidan á uno informes, que le hablen como a dueño de casa.

La tierra se va elevando poco a poco. A flor de agua se ve la franja amarilla de las arenas. Éstas invaden más o menos la colina de la costa; algunas veces la cubren por completo. En segundo término, comienza a levantarse la tierra vegetal, sobre cuyo borde se ven dos grandes arbolados. Cierra el horizonte a lo lejos la línea sinuosa de una sierra azul muy vaga.

El *Chili* viene ganándonos terreno; fuerza su máquina; se acerca a nosotros hacia estribor; se agranda, se detalla. Y el sol espléndido continúa, como una ánfora de oro, derramándose en el mar.

El faro de *José Ignacio*. El arenal envuelve toda la colina a su derecha; a su izquierda, una

ZORRILLA DE SAN MARTIN

punta de tierra negra penetra en el agua, y se ve perfectamente la franja blanca de espuma que forma el mar al romperse en los negros escollos de la orilla.

El *Chili* nos da alcance por fin; llega con majestad, con aire de vencedor, rompiendo el agua con el pecho poderoso, y avanza en este momento a nuestro lado, a trescientos o cuatrocientos metros a estribor.

Reverberante cuadro armonioso, lleno de movimiento.

Las banderas francesas de ambos barcos suben y bajan resbalando en sus cuerdas, en son de saludo fraternal, mientras los pasajeros, amontonados en las proas, asomados a las ventanillas, sobre el puente, en las cubiertas de popa, se saludan agitando pañuelos y sombreros, y lanzando gritos. Distingo perfectamente los cocineros y marmitones del *Chili*, con sus gorros y delantales blancos, asomados a las ventanillas de la cocina; percibo a los que se pasean por la cubierta de popa, a las señoras que se asoman a las ventanas del comedor. Se ven las sonrisas.

En nuestra proa veo, desde el cuarto que ocupo, un gran racimo de cabezas; todo el mundo grita; predominan las voces alborozadas de los

RESONANCIAS DEL CAMINO

niños. Las mujeres agitan los pañuelos de colores vivos, rojos, amarillos, verdes, que se han quitado de las cabezas; veo muchas bocas abiertas como agujeros en caras sonrientes; muchas figuras que se empinan para mirar por sobre las cabezas de los que están delante. Nuestro capitán, en su puesto, ha distinguido con el anteojo al capitán del *Chili* en el suyo, y saluda seriamente con su gorra de brin blanco galonada.

El sol primavera!, más bien estival, envuelve el cuadro en alegría y reverbera sobre el mar en estela triangular que se va ensanchando a medida que se acerca a la playa, casi perdida en el esplendor de la luz

¿No son dos torres aquellas dos puntas que se ven a nuestra derecha?

Sí; y allá, a nuestra izquierda, eso que se ve como una mancha en el horizonte, es la isla de *Lobos*. Las torres son las de *Maldonado*.

Pero un poco más allá de la isla, se distingue otro pequeño punto aislado.

Miro con el anteojo: es un vapor, un hermoso trasatlántico que va.

Nó, me dicen, no va: está parado, está muerto; es el pobre *Ciudad de Santander* naufragado allí hace poco.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Nadie lo hubiera dicho: parece un barco en marcha, ágil, dueño de su horizonte. La niebla lo extravió; la ola lo levantó en sus brazos, y lo encajó en la punta de un peñón desconocido, como pudiera encajarse un hombre en una pica traidora.

Allí está: parece un cadáver profanado, un muerto pintado de colorete, puesto en actitud de vivo. La isla de Lobos lo abriga de las olas y del viento, y será, por muchos años, el buque fantasma de la entrada del Plata, en que el hermoso vapor halló muerte sin encontrar sepulcro.

Nos aproximamos a la tierra, y pasamos entre la isla de Lobos y la extensa bahía de Maldonado. Las costas son áridas: un arenal interrumpido aquí y allá por alguna mancha obscura de vegetación; pero las dos torrecillas y la cúpula de la iglesia, que se recortan nítidas en el cielo sobre la línea más alta de la colina, dan interés y mucho carácter de ingenuidad a la silueta del cuadro; los ocre y los azules y los verdes esmeralda flotan armoniosos en la luz con tonos de acuarela dentro del sencillo dibujo.

Una cadena azul de montañas, la sierra de las Animas, Pan de Azúcar, cierra los horizontes pasado Maldonado. Yo hundo la mirada hacia allá adentro, muy adentro, con verdadera ter-

RESONANCIAS DEL CAMINO

nura. He visto muchas montañas; pero no hay duda de que ninguna tiene lo que tienen esas, con no ser, como no son, muy grandes; son otra cosa. ¿Qué es? ¡Oh! no lo puede saber ese compañero de viaje que viene a mi lado, y que no se explica por qué yo miro, miro tanto y en tanto silencio hacia la costa... y más allá.

Hemos izado en nuestro mástil el pabellón uruguayo, que resplandece en él; nuestras banderas de señales suben y bajan como pájaros alegres de colores vivos que hacen señas amigas al semáforo de *Punta del Este* que nos contesta; el vapor *Chili* se va perdiendo a lo lejos, dejando en el agua verde una huella indeleble y brillante, muy semejante a la del caracol sobre la tierra.

Nosotros vamos en pos de él; perdemos de vista por completo la costa, y seguimos surcando el *río como mar*. El vapor corre alegre, en línea recta; voy sobre él como sobre el caballo amigo que busca y siente la querencia

.....

Tres puntos negros, allá, a la derecha. ¡La Isla de Flores!

Un barco de vela, con las alas abiertas, viene hacia ella: viene de Montevideo.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

¿Aparecerá por fin Montevideo, la ciudad querida? ¿Brotará al fin de ese impasible horizonte? ¿Estará allí donde la dejé, llena de mis recuerdos blancos, ingenuos?

Mis hijos corren de un lado al otro; miran hacia el horizonte; se trepan en las bordas; todos quieren ser los primeros en darme la voz de ¡Tierra! Buscan el Cerro, el Cerro de Montevideo con que han soñado, que esperan ver surgir como por escotillón, y que los ensueños les han agigantado, embellecido, transformado en mito, con ser, como es, poco más que una armoniosa colina.

Yo me siento más niño que ellos; pero me reprimo y procuro moderarlos. Y siento la satisfacción de haberles sabido inocular, aun lejos de la Patria que no conocen, esa pasión hacia su tierra, más poderosa que la razón. La Patria es siempre grande; se mide, dentro de uno mismo, por el espacio que ocupa en el alma. Si lo llena, es grande, la más grande de todas. Si no lo llena, no es Patria.

La costa comienza a dibujarse en el horizonte; empieza en seguida a blanquear en el extremo de la izquierda. Un indeciso punto negro, que parece separado del agua por una franja de luz, se distingue en la extremidad de la playa que

RESONANCIAS DEL CAMINO

ha surgido del mar; parece, en el cielo, un pequeño árbol solitario y sin raíces.

Y es el Cerro, no cabe duda, que está en segundo término. Y la mancha blanca de la lejana colina, que está en primer término, es Montevideo, Montevideo que nos sale al encuentro sonriente.

A continuación de los verdes alrededores del Este, en que el humo de una chimenea se extiende por el campo, comienzan a detallarse y a reconocerse los edificios: la cúpula del Seminario a la derecha, las dos esbeltas torrecillas de la Catedral, San Francisco, el enorme edificio de la Universidad, que aparece solo, como en una isla, allá a la izquierda, entre las construcciones enanas que lo rodean.

La ciudad parece baja, lisa: una banda de gaviotas posada en la colina.

El cerro ha ido descendiendo del aire, y se ha posado en el mar; el seno de la bahía, que antes se echaba de menos, pues el cerro aparecía como la continuación de la península de primer término, ofrece ya su curva como un brazo de mar que entra en la tierra.

Yo miro largamente: los recuerdos de mi vida, alegres, tristes, melancólicos, salen volando, de aquí y de allá, de entre los edificios de mi ciudad

ZORRILLA DE SAN MARTIN

querida, y vienen a posarse en mi memoria como en un árbol. ¿Estoy gozando? ¿Estoy sufriendo? Ese estado de espíritu no tiene nombre: acaso se llame simplemente vida, permanencia, reaparición indefinida de todo.....

.....

Va cayendo la tarde: el *Espagne* se ha echado, por fin, a descansar en el agua, como un perro que jadea. ¡Oh, mi valiente barco! ¡Mi bravo amigo! ¡Cómo se le quiere! Se sienten impulsos de acariciarlo. El agua le lame el casco blanco con ruido de arrullo.

Esperamos; es de noche; andan lucecillas a flor de agua por el mar. ¿Cuál de ellas es la que se acuerda de nosotros?

Un vaporcito empavesado se viene acercando; el viento fuerte agita sus gallardetes y banderas de colores, y, entre éstas, una muy grande de la Patria, la dueña de casa, la gran señora.

Oigo mi nombre que brota del corazón de mis viejos amigos; aclamaciones cariñosas que me trae el viento; conozco ya los voces, voces que brotan de largos años atrás. Y allá, en el fondo oscuro, la ciudad que espera sonriendo con sus pequeños ojos de luz.

Yo estaba mudo, recostado en la borda, en la

RESONANCIAS DEL CAMINO

obscuridad, a algunos pasos de mis amigos que, desde el vaporcito que se balanceaba en las olas, me llamaban en ba'de, pues me creían en el interior del buque organizando el desembarque de mis hijos. Nó: todos los míos estaban allí, a mi lado, mirando con grandes ojos, oyendo con grandes oídos. Yo estaba mudo, y miraba hacia arriba; y las estrellas se reflejaban en una lágrima que mi garganta exprimía en mis ojos...

Y Tú sabes, oh Dios mío, oh Creador de la tierra y del mar, que fué a Tí, antes que a nadie, mi silenciosa y humillada acción de gracias. Porque *a Tí, oh Dios, a Tí sólo te alabamos; a Tí, oh Señor, te confesamos*. Porque *Tú sólo eres grande, Tú sólo santo, Tú sólo altísimo, oh Jesucristo*, Hijo Unigénito de Dios.

Montevideo 1886.

Montevideo

I

La mañana que sigue a la noche de mi llegada es como el descorrer de una cortina.

Necesito de un esfuerzo mental para darme cuenta de que despierto en Montevideo después de larga ausencia. Un viaje con todos los míos, resuelto, preparado y realizado en dos ó tres meses, no me ha dado tiempo de sacar mi ciudad natal del fondo de la memoria, sacudirle el polvo de seis años, y de mirar un poco su recuerdo o su imagen, antes de que en realidad aparezca a mis ojos.

Y no hay duda: esa luz que entra por los resquicios de la ventana é ilumina á medias los muebles extraños del cuarto del hotel y el desarreglo de una primera noche de llegada, no es luz de París; creo reconocerla, como si fuera una mirada de ojos amigos. Reconozco asimismo inmediatamente la corneta acatarrada del tranvía que pasa por bajo mis balcones, y, so-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

bre todo, la voz de las campanas madrugadoras que andan por el aire recitando de memoria su antigua canción rutinaria, semejante a los largos *¡amén!* de los fieles que rezan en voz alta. Son las campanas de mis torres, cuyas voces me parecen la continuación de las de mis amigos que anoche me esperaban, y me llamaban a lo lejos entre los ruidos del mar. ¡Las campanas! Durante mi ausencia he oído muchas; algunas de ellas, las de los Jerónimos en Madrid, las de Saint Pierre de Chaillot en París, me llamaban también a mí, pues eran las de mi parroquia; pero esas me han hablado siempre con cierta sequedad ceremoniosa, con pocas palabras; las segundas me hablaban además en francés.

Éstas que ahora estoy oyendo, me parece que me tutean, que me hablan a mí sólo, con alegre locuacidad; son la voz de alguien, de alguien muy conocido, la de muchos acaso; son un aliento sonoro que sale de bocas invisibles muy amigas, y que anda por el aire llenándomelo de recuerdos, que parecen *reirse de mi emoción*.

II

Vamos, pues, pronto a la calle, a gozar de nuestra primera impresión; quiero mirar a mi

RESONANCIAS DEL CAMINO

Montevideo para saber lo que es realmente, como cuando se restriegan los ojos para mirar bien y repentinamente una cosa; quiero observarlo como nunca lo he hecho, como ví a Sevilla o a Nápoles o a Verona; buscando sus rasgos esenciales y característicos, procurando contrastes. Yo desearía aprovechar de este momento para examinar así no sólo las cosas, sino también los hombres, las instituciones, el estado social de mi tierra; observarlo todo muy pronto, como extranjero, como viajero, antes de identificarme de nuevo con ello, y de que este *yo* accidental y transitorio que ha'lo en mí mismo con relación a mi país, desaparezca sustituido por el *yo* permanente que ya siento salir del fondo de mi ser, al contacto del medio ambiente en que nació y para el que fué formado.

La mañana es hermosa; la lluvia de la noche ha lavado el empedrado, los adoquines, las losas de las aceras; el cielo es azul, el aire sano; siento una impresión de limpieza, de blancura y transparencia. Mi ciudad tiene indudablemente un carácter, un carácter que es preciso ir sorprendiendo. No veo aquí lo que acabo de dejar en Europa: ni bohardilas plomizas, ni tuberías de chimeneas, ni series de edificios iguales que prolongan, a lo lejos, su línea mo-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

nótona. Las líneas rectas y blancas de las azoteas que determinan los diferentes edificios dan a cada uno de éstos entidad propia, se recortan en el cielo azul, suben y bajan; hay aquí relieves, luz, y sombra, y transparencia.

El cuadro matinal es frío, sin embargo, silencioso; parece que la ciudad se recata, no quiere mostrarse.

Allá, en el fondo de la calle solitaria, se ve el casco y las ruedas de un gran vapor blanco que la cierra fondeado en la bahía; dos mujeres van por la acera, en dirección a la iglesia; en la esquina, tres mozos de cordel hablan. Reconozco esos tipos: ahí están con sus camisetitas de lana, sus fajas negras, sus alpargatas, sus boinas o sus sombreros de fieltro, de un negro marchito, color de tabaco. Una cuerda de cáñamo que les cuelga de los hombros, es el signo de su oficio, y éste, a su vez, denuncia su nacionalidad: son gallegos. Se rascan la cabeza, estiran los brazos, aguardan. Un tranvía vacío, de colores pálidos muy desteñidos y marchitos, pasa tocando la corneta por entretenerse. Un hálito de pereza o de atonía se difunde en el aire luminoso y vivificante; parece que éste envuelve las cosas sin compenetrarlas.

RESONANCIAS DEL CAMINO

Mi impresión es de desencanto. Montevideo me parece inanimado, triste. Bien es verdad que mi espíritu está tan anhelante de verlo, que quisiera verlo aparecer todo entero de una vez, verlo a todas horas en una hora, en un minuto. Siento el impulso de sacudirlo, de llamarlo a gritos para que me reconozca, y se incorpore, y me devuelva las miradas intensas que le estoy dirigiendo. Me siento casi ofendido por su indiferencia que me parece estúpida. ¿Soy yo acaso aquí algún extraño, como lo he sido por esos mundos de Dios?

La iglesia de San Francisco está a algunos pasos de mi Hotel Oriental. Voy a ella, ante todo, a oír una misa de acción de gracias. Quiero entrar un rato en mí mismo, y cerrar la puerta; hablar, allá adentro, con Dios, cerca de su tabernáculo, cuya ausencia ha constituido para mí, durante mi viaje en el "Espagne", la verdadera, la única soledad del mar.

Encuentro la iglesia de San Francisco, tal cual la dejé: inconclusa, con su arquitectura indefinida e indefinible, con su torre destechada como un tronco de árbol cortado y seco, con su retablo principal de carpintería abigarrada a medio hacer, con sus altares góticos metidos en arcos de medio punto; con un cuadrito muy

ZORRILLA DE SAN MARTIN

feo y muy chico, que yo dejé al partir en ese mismo sitio: sólo, encaramado y como perdido allá en el último tercio de una pilastra muy alta del arco toral... Mis esfuerzos por entrar dentro de mí mismo son vanos. El diablo, que no duerme, se ha propuesto hacerme notar que todo eso no es artístico, como si el arte lo fuera todo; que esas líneas ojivales de los retablos, se dan de bofetones con las de los arcos en que se apoyan; que los fondos azules de los rosetones no pertenecen al estilo y chillan; que ese cuadrito no está en su sitio ni mucho menos; que muchas otras cosas no van. El diablo es artista indudablemente. ¿Cuántas veces habré visto yo todo eso, tan propio de mi tierra sin que se me hayan ocurrido tales ideas? ¿Y qué necesidad tenía yo de que ellas se me ocurrieran para turbar mi primera acción de gracias ante los altares de mi patria, y sofocar en mi espíritu lo que mi voluntad quiere hacer predominar en él: el acto de fe sencillo y puro?

III

Nó: yo no he recorrido el mundo en busca del árbol de la ciencia del bien y del mal, que hace perder el paraíso con la inocencia en materias de arte. Yo tengo para mí, como fruto de mis

RESONANCIAS DEL CAMINO

viajes por el viejo mundo, que el que llaman gran arte religioso no despierta por sí mismo en el espíritu humano movimientos de piedad y de fe; y creo, por el contrario, que el arte, bueno o malo, que esos sentimientos consiga despertar es el verdadero arte religioso.

Líbreme Dios en todo del sensualismo, y muy especialmente en religión. Yo quiero la sencillez de mi fe, el oro puro nativo.

En algunos escritores contemporáneos, hastiados de lo material y grosero, ha nacido una especie de misticismo literario que los lleva a entrar en las catedrales, a ensayar actos de devoción, y a formarse el deleite de una religión con el pequeño instinto religioso que sobrevive en el alma humana a la fe perdida. Hay también pintores y escultores con ese mismo espíritu; hay demasiados, y el contacto con ellos me ha hecho daño, no hay duda. Ese misticismo artístico, y las obras que de él nacen, no son sino un sensualismo más refinado que los otros.

¿Es entonces la religión cristiana contraria al arte? No; pero le es infinitamente superior, y buscar en ella el placer estético, es empequeñecerla y profanarla. El arte, dice Brunetière, para llegar al espíritu del hombre, está obligado a recurrir no sólo a los sentidos, sino *al placer*

ZORRILLA DE SAN MARTIN

de los sentidos. Si eso fuera así, (y bien puede tener razón el escritor francés) el arte no sería religioso, por más que la religión fuera artística, es decir, hermosa. No es por el placer de los sentidos por donde más fácilmente se llega a Dios desde nuestra naturaleza caída e inclinada a la concupiscencia. Parece que la religión verdadera ha querido preservar a sus fieles del materialismo o sensualismo artísticos al hacer que las imágenes más veneradas en el mundo sean feas; el Pilar, Montserrat, Guadalupe, Luján. Es que el arte no es, ni puede ser objeto de nuestro culto por más que lo sea de nuestra admiración, y porque es causa de nuestro deleite sensitivo y muchas veces sensual. El paganismo griego no fué otra cosa que el culto del arte: la forma perfecta era un Dios.

Yo desechaba con esfuerzo, lo confieso, la crítica artística que me molestaba en el templo de San Francisco; entraba en mí mismo a empujones, bien así como el que, para entrar a su casa, tiene que disolver una turba gritona que le obstruye la puerta, y cuyas voces sigue oyendo desde adentro, de vez en cuando. Terminé, sin embargo, con la mayor atención posible, mi misa de acción de gracias; pero en bajando las esca-

RESONANCIAS DEL CAMINO

leras de mármol del templo, para recoger mi primera impresión de mi ciudad natal con un propósito crítico, una idea molesta me sobresaltó.

¿Y si mi impresión de Montevideo fuera desfavorable, como lo ha sido artísticamente la del templo de San Francisco, y si yo tuviera que aumentar, mal de mi grado, el número de los que, al volver de Europa, encuentran todo pobre y despreciable en su tierra?

Algunos extranjeros nos han dicho que Montevideo es una hermosa ciudad; pero ¿no será eso una lisonja benevolente?

Esa idea me hacía daño; me despertaba un sentimiento raro, casi parecido a una tentación contra la fe. Sentía deseos de huir de la ocasión, y de aplazar mi impresión primera, como el que vacila antes de echarse al agua...

IV

Mi tierra ha triunfado. Recorro encantado las calles de mi ciudad: la calle 25 de Mayo, la de Sarandí, la Plaza de la Constitución, la Avenida del 18 de Julio, que viene llena de luz de lo alto de la colina, y parece derramarse en la Plaza de la Independencia, los alrededores que en-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

vuelven la ciudad en una gloria de luz y colores que penetran en ella por las calles de un lado, mientras por las del otro llegan hasta los ojos las frescas notas del agua del mar.

No hay la menor duda; esto es hermoso, de lo más hermoso, aún para quien viene de París, sin hacer parangones desatinados, por supuesto. Pero hay algo mucho más curioso: esto es original, lleno de carácter. Esta ciudad no se parece a ninguna otra: es indudablemente la gran capital, recién nacida, de un pueblo distinto de todos los demás.

Mucho decir es eso, tratándose de una ciudad europea nacida en América y alimentada por Europa. Difícil me sería, por otra parte, precisar los rasgos que le imprimen carácter: aquí no veo ni los vetustos edificios, reflejo de una época histórica, que tanto me han deleitado en otras partes, ni calles que conserven vestigios de una vida social transformada por el tiempo; ni monumentos arquitectónicos de gran valor; pero es indudable que una ráfaga de aire nuevo me ha dado en la cara al recorrer estas calles.

Montevideo me parece una ciudad núbil, pero muy fuerte, de una franqueza y de una ingenuidad encantadoras. Como las adolescentes sanas y vigorosas de los campos, parece no darse cuen-

RESONANCIAS DEL CAMINO

ta aún de su propia belleza; no sabe de actitudes ni de artificios: parece que ríe con los ojos todo niñas. No se ven aquí esos edificios enfáticos, esas avenidas postizas abiertas, como un desmonte, al través de las calles naturales, y que viven a expensas de éstas, estrangulándolas a sus costados y empequeñeciéndolas con su vecindad; no se ve aquí ese esfuerzo por parecer grandioso con construcciones no digeridas ni adaptadas al medio que las rodea, tan comunes en tantas ciudades modernas o modernizadas. Montevideo no es una ciudad corregida; es hermoso de nacimiento; ha ido creciendo paulatinamente; realizando su plano primitivo y el de sus ensanches; adaptando, sin vanidad, sus construcciones a sus necesidades, y reflejando en ellas la justa distribución de la riqueza que caracteriza su población.

Tanto me lo habían dicho, que yo había llegado a creer que, viniendo de Europa, Montevideo aparece chato, de construcciones muy bajas.

Mi impresión ha sido la contraria. Las ondulaciones no bruscas del terreno en que la ciudad se desarrolla; la proporción entre el ancho de sus calles, y el frente no muy extenso de sus edificios, hacen que éstos se lancen al aire ní-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

tidos y esbeltos, aislados los unos de los otros, y sin formar esas enormes masas de construcción de centenares de metros a igual altura, y que producen el efecto de un largo muro con seis u ocho hileras sobrepuestas de ventanas, tipo de las construcciones europeas.

En Europa, esas series de edificios dejan de ser altas a fuerza de ser largas, pues altura es relación. Todo el que entra en París por primera vez, recibe esa impresión: lo grandioso desaparece en la uniformidad del conjunto; las más hermosas líneas arquitectónicas pasan inadvertidas entre la multitud, al ajustarse al cartabón de la altura general; los grandes edificios parecen de pacotilla al atrahillarse interminables, el uno al lado del otro, en las largas avenidas.

Yo he pasado cien veces en París por al lado de joyas arquitectónicas, y no las he visto; ha sido necesario que me las hicieran ver, que me las sacaran del montón en que están confundidas como un ruiseñor en una banda de gorriones.

En las grandes ciudades europeas, la anchura desproporcionada de las avenidas abiertas en ellas hace que los edificios que las franjean se presenten como en cuclillas, aplastados por la extensión; las calles tributarias, en cambio, que se

RESONANCIAS DEL CAMINO

ven desembocar en esas avenidas, van apareciendo como largos callejones encerrados entre altísimos muros. Eso es apretado, raquítico a fuerza de ser grande; da la idea de un gigante enfermo, enteco, de extremidades flacas y gran cabeza, mal constituido, y sometido a un constante tratamiento.

Montevideo me ha dado la impresión contraria; sus calles son proporcionadas; todas ellas tienen igual derecho a la vida, pues todas tienen aire y luz, ambiente y distancia proporcionada para sus edificios. No se siente uno aquí hundido en una calle como en el fondo de un tajo cortado a pico en la montaña, ni tampoco perdido en una extensión limitada por muros lejanos. Sobre los edificios de primer término se ven muy a menudo los más distantes, levantados en la colina de detrás; los edificios de dos o tres pisos, intercalados entre otros de menos altura, pero siempre graciosos y de correcto estilo, aparecen esbeltos, porque cada uno de ellos tiene entidad y proporciones propias, y se ofrece lleno de aire, de luz y de relieve; la línea que recorta sobre el cielo la serie de edificios de diversas alturas es viva, porque no es rígida, sube y baja, determina planos y aristas con mucho color; el sol brillante, al trazar sobre las calles la proyección de

ZORRILLA DE SAN MARTIN

esos edificios, da movimiento y expresión a la larga línea de luz y sombra que las recorre; la altura racional de las construcciones permite que se vea la luz a través de los balaustres o calados de los antepechos superiores, surgen y avanzan en el aire las cornisas apoyadas en sus ménsulas, se ven y se destacan las grecas, los arabescos y las volutas de los frisos, se cuentan las líneas de los arquitrabes.

París, 1887.

V

He visto muchas ciudades que, nacidas a la sombra de sus monumentos, se han agrupado en torno de ellos, y han conservado su viejo carácter feudal que constituye su encanto: Toledo en torno de su catedral y de su alcázar, Pisa arrimada a los cuatro monumentos de su plaza, original como ninguna.

En otras partes, he visto construcciones sin más objeto que el de dar esplendor a las ciudades; no para satisfacer necesidades, ni siquiera para realizar belleza o armonía, sino para combatir rivales; se ven hinchazones por un lado, depresiones por otro, desequilibrio y contraste. Es preciso guiar al extranjero, para que no reciba malas impresiones; mostrarle ciertas cosas, ocultarle otras.

RESONANCIAS DEL CAMINO

Montevideo ha crecido y va creciendo como un organismo vivo y sano; la misma sangre circula por todas sus arterias. Nada hay que indicar ni que ocultar al viajero, porque todo está a la vista: es una ciudad transparente.

Y en eso consiste toda su belleza: no hay que buscarla en otra parte; no hay que hincharse como la rana.

Recorro Montevideo encantado; de la plaza *Constitución*, paso a la de *Independencia*, hermosísima plaza en construcción, en la que ya ha querido caerse en la uniformidad de los monótonos portales, que aquí lo son de enormes columnas toscanas que nada soportan, ni siquiera su propio entablamiento; veo el arranque de la calle 18 *de Julio*, que es una avenida triunfal hacia lo alto de la otra plaza, en que yo colocaría el gran monumento de la apoteosis nacional: un arco, un grupo, un montón de recuerdos de piedra y bronce; miro hacia todos lados la variedad de horizontes que van apareciendo en el extremo de las calles que cruzo, y que se cortan en ángulo recto, horizontes siempre varios, siempre ricos de color y de línea; pueblo con la imaginación los sitios más hermosos: aquí una estatua; allá un arco que se recortaría como una gloria en el cielo azul; más allá una cúpula;

ZORRILLA DE SAN MARTIN

veo así en mi imaginación una de las ciudades más hermosas del mundo. Me doy cuenta de las nuevas construcciones que se han realizado en mi ausencia; las miro como jalones de nuestra marcha hacia adelante, las examino, les doy la bienvenida a mi tierra, si son hermosas. Y de todo esto me formo una impresión que quisiera notar con fidelidad.

Montevideo reclama el concurso del arte. La imaginación lo complementa y abriga; se anhela ver hoy lo que verán los que vivan dentro de muchos años, cuando Montevideo tenga un millón o dos de habitantes; a mí me produce, sin embargo, esta nuestra ciudad una impresión especial: me parece ver en ella algo así como un boceto genial de un gran pintor: uno quisiera verlo perfectamente acabado, ajustados los tonos, terminado el dibujo, ejecutada, en todos sus detalles, la composición; pero al verlo tan hermoso, y ante el temor de que, al acabarlo, se debilita su tonalidad general, su vigor y su frescura; ante el temor de verle perder la franqueza y la valentía de su carácter, casi se prefiere dejarlo estar tal como está: inconcluso, pero fresco y sugestivo.

Venga el arte, y vendrá seguramente, a acabar este encantador esbozo de gran ciudad; pe-

RESONANCIAS DEL CAMINO

ro ha de venir con dos condiciones: primero, no ha de arrebatarle su carácter arquitectónico: sus líneas rectas, sus aristas nítidas, sus techos planos, su arquitectura racional, impuesta hasta ahora por su desarrollo espontáneo; en segundo lugar, Montevideo debe decir al arte, por más rey que sea, lo que Diógenes al otro rey: ven, pero no me quites lo que no me puedes dar y constituye mi belleza: mi sol, mi luz, mis horizontes.

Esta ciudad ha tenido, desde su origen, y ha conservado, el método de construcción y la arquitectura que le son propios, los que corresponden a su naturaleza y a su clima, y que son los más puros y hermosos: la bóveda en los grandes edificios, la construcción de azotea, de techo plano, importada del mediodía de España, de Sevilla, de Cádiz, en las de menos importancia. A eso se han adaptado después admirablemente las formas constructivas elementales que nos han traído los arquitectos italianos: las esbeltas líneas clásicas, los entablamentos de líneas rectas, las decoraciones sobrias de grecas y guirnaldas, los dinteles y frontones correctos, las columnas de los órdenes clásicos aplicadas a las construcciones más insignificantes, y que son graciosas por la circunstancia de no estar aplastadas por

ZORRILLA DE SAN MARTIN

las pesadas techumbres que exigen otros climas. La azotea, ligera y alegre, ha permitido, por el contrario, recortar la línea superior del edificio con pretils y balaustres elegantes, que se proyectan con frescura sobre el cielo; lanzar al aire cornisas expresivas y nobles, balconajes llenos de relieve, un busto, una estatua. Sobre ellas se han podido levantar, sin esfuerzo, esos miradores cuadrados, de aristas rectas y sencillos cupulines, que tanto contribuyen a dar carácter y blancura a la ciudad.

Esa modesta ingenuidad es la que es preciso conservar. No nos dejemos dominar por el prestigio de las ciudades europeas del norte: si ellas pudieran tener nuestra azotea, la emplearían de mil amores. No hagamos como los niños que anhelan ponerse gafas.

Los techos plomizos abohardillados; los ojos de buey; los aparatos de techumbres oblicuas, que aparecen más arriba de las cornisas superiores en los edificios de otros climas, son impuestos por la necesidad, allí donde la nieve exige grandes declives para caer, o donde los enormes descensos de temperatura producen fuertes contracciones; pero eso no es hermoso: pesa, aplasta el edificio, arrebatada toda su nitidez a la líneas superiores, y da al conjunto de

RESONANCIAS DEL CAMINO

la ciudad un aspecto monótono, terroso, triste. ¡Cuántas veces he deplorado yo, al pasar frente al Louvre en París, que sus cornisamentos, sus frontones, sus estatuas, que son una maravilla, se proyecten sobre el fondo plomizo de los techos oblicuos que tienen detrás! ¡Si todo eso se recortara sobre el cielo, como se recortan en Montevideo los más insignificantes detalles de modesta decoración!

Argel es la ciudad que tiene más analogía de construcción con Montevideo, porque su clima se lo ha permitido. Francia se ha guardado bien de llevar a su hermosa colonia la edificación de París; le ha conservado sus terrazas, sus pretilos, sus blancuras; no le ha arrebatado lo que no podía darle. Barcelona, que es un modelo de ciudad moderna en sus ensanches, sin dejar de ser una ciudad monumental en su casco antiguo, no ha abandonado la línea recta de sus techumbres.

VI

Que no venga, pues, la bohardilla a echarnos a perder nuestro blanco Montevideo; que las líneas arquitectónicas clásicas, en él predominantes, no vayan a ser sustituidas por las de esa

ZORRILLA DE SAN MARTIN

arquitectura híbrida que caracteriza la falta de creación artística y el anhelo de hinchazón de nuestra época. El siglo nuestro no ha creado una línea arquitectónica propia; y, en el deseo de originalidad forzada y de grandeza sin ideal que caracteriza tantas de las manifestaciones del arte contemporáneo, ha formado algo que podríamos llamar arquitectura *arqueológica*: ha pedido líneas a lo gótico, a lo románico, a lo árabe, a lo egipcio, a lo oriental, y levantado centones arquitecturales enfáticos que dan grima. De ahí esas cúpulas sin objeto, que parecen tapas de sopera; esas torrecillas sin destino; esos abultamientos llamativos que no tienen más objeto que decir: mírenme ¿verdad que soy muy grande, muy raro?

Tu cabeza es hermosa, pero sin seso, decía al busto la zorra de la fábula. No estás en tu sitio, dice uno a la torre árabe sobre edificio del renacimiento.

La arquitectura, más que cualquier otro arte, debe ser racional: allí donde se puede obtener un resultado con una línea, no se deben emplear dos; una columna o un arco deben soportar la gravitación de un peso proporcional a la resistencia que ofrecen; una cúpula debe tener un destino, aumentar la masa de aire del interior,

RESONANCIAS DEL CAMINO

dar luz, cerrar racionalmente un espacio vacío circular; una torre no ha de subir sin objeto. Esa ha sido la base de todos los estilos arquitectónicos. Así procedieron los griegos tomando sus líneas de la construcción primitiva humana; así los romanos y los bizantinos, cimentando sobre aquellas líneas la bóveda y la cúpula y el arco; así la edad media tomando del bosque su bóveda ojival, y del árbol su sonora torre aguda, símbolo de oración. Sólo nuestro arte contemporáneo levanta cúpulas para no ser habitadas; torrecillas mudas y que no dan acceso a nadie, a las que nadie sube; arcos y columnas que nada soportan, y que son emblema de vanidad y de vida precaria y sin objeto.

Montevideo ha tenido ya algo de eso en épocas de hinchazón artificial, en que hacen irrupción las imitaciones de lo exótico a tontas y a locas: por ahí se ve algún barrio de construcciones abohardilladas que ha quedado arrumbado; un enorme edificio del mismo género, que es un desentono en la blancura de la ciudad; que aplasta todo cuanto lo rodea, y que casi no sirve para nada, no hay que hacer con él; algunas cúpulas en los ángulos de edificios planos, y que nada cubren, no comunican con el interior. Con muchos de esos adefesios que salpicasen la ma-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

sa de sus construcciones, Montevideo perdería su nitidez y su blancura; dejaría de ser quien es. Y los que lo amamos, lo queremos, y no sin causa, tal cual es: la ciudad sincera, la de las líneas rectas ingenuas, y de las amables blancuras deslumbrantes.

No se nos hará el gusto, bien lo sé; nuestra ciudad está demasiado al paso o en el camino de todo el mundo, para que pueda ponérsela a salvo del aluvión de ensanches, y diagonales y nuevos materiales de construcción que arrastrará todo esto tan amable para nosotros, y sustituirá nuestra linda capital por otra muy grande, de las que se compran con dinero, y satisfacen vanidades colectivas, a expensas del carácter, que es lo que constituye la verdadera belleza, y que no se compra con dinero.

¡Qué le hemos de hacer!

La Matriz

I

La plaza de la Constitución me sale al encuentro alegre y sencilla como los niños que juegan en ella; es el núcleo del Montevideo clásico y tradicional, del mío por excelencia, cuya fisonomía conserva, y cuyas antiguas familias, con Zabala a la cabeza, cabrían en su pequeña extensión; es la ciudad que llamamos *vieja* con ser tan nueva y tan fresca.

Nada más gracioso y elegante en su ingenuidad que esta pequeña plaza, que es, para los montevideanos de antigua cepa, como el centro del mundo: líneas nítidas y esbeltas en los edificios que la encuadran; una fuente barroca de mármol, muy linda, muy ligera y proporcionada en el centro, en la intersección de las dos aceras que la cruzan en diagonal, y la dividen en cuatro triángulos enarenados; arbolillos de troncos negros y ramas retorcidas, verdes, de copas redondas muy agujereadas por la luz, que

ZORRILLA DE SAN MARTIN

no ocultan los edificios, y corren a ambos lados de aquellas aceras, y de las que encuadran la plaza; aire, luz diáfana, cielo azul en que se proyectan los pretilos y balaustres rectos de las azoteas; el edificio colonial del Cabildo, sereno y noble, que ofrece su frontón y su escudo de colores allá en una esquina; una gran bandera nacional que ondea airosa sobre él, fundiendo su azul con el del cielo y como diluyéndolo en él; un edificio de hondas arcadas que me hace el efecto de un blanco viaducto que desentona entre las líneas rectas del conjunto de la plaza; y, allá en un extremo, en el ángulo recto formado por dos calles que se cruzan, las dos bellísimas torres de la Iglesia Matriz, finas, esbeltas, que parecen modeladas en arcilla por un escultor, el aéreo frontón circular del templo, apoyado en sus cuatro columnas corintias, sus tres estatuas que se destacan sobre la gloria del cielo transparente.

Todo eso es de una belleza sana y fresca; me envía a la cara una ráfaga de juventud. Es esa la decoración ingenua e instintiva de una plaza pública, en la que no se ve el plano del ingeniero de jardines, como no se ve el maniquí ni el modelo bajo las telas de Velázquez.

RESONANCIAS DEL CAMINO

II

Miro largo rato el frente de esa iglesia Matriz, hoy Catedral, que se me ofrece en toda su gracia; me parece una joya de arquitectura que veo por primera vez. Yo he visto por el mundo mucho que es más rico, más grandioso, más venerable y sugestivo; nada más bello, si belleza es aquello que produce en los sentidos el reposo en su objeto propio.

Al mirarla después de mis viajes por Europa en los que he procurado aprender a deletrear siquiera en los monumentos arquitectónicos, leo en ella una página de historia, tanto más interesante cuanto que es la historia de mi país; reconozco con precisión el origen de sus líneas, sigo con gran interés su genealogía artística.

Esta pequeña Iglesia es nuestro monumento clásico; brotó de nuestra tierra como un árbol que se planta cuando nace un niño; marca y caracteriza la época histórica en que nacimos a la vida de las naciones.

Montevideo es el Benjamín de la familia de grandes ciudades hispano-americanas; vino al mundo bastante tarde para que no lo tocara el mal gusto arquitectónico (dicho sea con perdón de los muy amigos del *barroquismo*) que pre-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

dominó en España durante los siglos XVII y XVIII, y que inficionó las otras capitales coloniales.

Yo creo que no es la toma de Constantino-pla, sino la de Granada y el descubrimiento de América, lo que determina el fin de la edad media y da comienzo a la moderna. En Granada fué donde terminó realmente el poder musulmán, al par que el genio español abrió un nuevo mundo al dominio de la cruz y de la civilización que de ella emana.

América ha nacido, pues, con la edad moderna, y por eso entre las construcciones que dejó la madre España en el mundo que conquistó a la barbarie, no se encuentra un solo monumento ojival: el arte ojival es la edad media de piedra. El bosque de catedrales y de feudales castillos románicos y góticos, el gótico sobre todo, que cubre la Europa Occidental, brotó de la tierra al calor de la fe y para dar asilo a tres siglos que oraban y guerreaban. A su sombra se formaron en la oración y en la lucha las naciones de Occidente. Pero, una vez constituídas éstas por el predominio de la monarquía sobre el feudalismo, el mundo cambia de aspecto: salen los hombres del bosque secular de piedra en

RESONANCIAS DEL CAMINO

que se agrupaban, y comienzan a esparcirse y a formar nuevos núcleos humanos.

La vida social es entonces incompatible con las curvas ojivales propias de las grandes construcciones, y exige los planos horizontales. Italia que, aferrada a sus tradiciones clásicas de líneas rectas y arcos de medio punto, rechazó durante la edad media el estilo ojival, que acaso ella llamó *gótico* para calificarlo de *bárbaro*, ve triunfar su espíritu y su tradición con la arquitectura del Renacimiento, que nace en su seno como la pintura y la literatura, y que es la base de la arquitectura moderna.

Penetra ésta en España, y se apodera del gusto público hasta el punto de incrustarse en los grandes edificios ojivales y aun árabes, desfigurándolos, como sucede en la Alhambra de Granada, en la mezquita de Córdoba, en la Catedral de Toledo. Yo he visto en la Iglesia de Durango, por ejemplo, adonde fuí expresamente a visitar la cuna de don Bruno Mauricio de Zabala, fundador insigne de mi ciudad, grupos de columnas de piedra de un templo ojival recubiertos de argamasa para ser redondeados y recibir después un chapitel corintio, quedando la bóveda ojival apoyada sobre esas gruesas columnas: me pareció un interesantísimo adefesio,

ZORRILLA DE SAN MARTIN

testimonio del triunfo transitorio pero absoluto del arte antiguo sobre el medioeval.

Pero el renacimiento, que provoca esas profanaciones, hace en cambio nacer en España el estilo plateresco, tan rico y tan gracioso: en él se funden las reminiscencias del ojival florido con los vestigios árabes que dan carácter a los bajorrelieves de las jambas, pilastras y archivoltas: es una suntuosa orfebrería de piedra, mezcla de lo árabe, lo ojival y lo italiano. Este estilo duró poco sin embargo; sólo alcanzó hasta mediados del siglo XVI, cuando la metrópoli española no había empezado aún a construir grandes edificios en el mundo que conquistaba; era aún la época en que iban a América guerremos y aventureros, antes que artistas.

Cuando éstos llegaron, ya el Renacimiento, que en Italia había caído en las fantasías del barroco, había pasado en España, partiendo del precioso plateresco, por todas las etapas de su barroquismo congénito, desde el Escorial hasta Churriguera.

Es en esa época cuando España edifica en sus principales metrópolis coloniales los monumentos que nos ha legado. Véanse la catedral de Méjico, consagrada en 1667; la de Lima del mismo siglo; los retablos de las Iglesias colo-

RESONANCIAS DEL CAMINO

niales de Buenos Aires: frisos, arcadas y balcones retorcidos; columnas torsas llenas de flores y hojas y frutos en los abigarrados retablos; figuras de hombres y de animales dorados que se trepan o se agazapan en los rebordes de los cornisamentos o debajo de los altares y consolas, arbotantes o aletas para terminar sin gracia los cuerpos superiores de edificio; absorción completa, en una palabra, de la línea arquitectónica por la inextricable decoración plástica.

III

Cuando todo eso se construía en la América colonial, Montevideo no había nacido aún. Yo me imagino la soledad de entonces en nuestra graciosa península: los cardales cubrían sus hondonadas; algunos escasos arbolillos coronaban la colina, y acaso la silueta de algún indio charrúa, que se acercaba al mar, se proyectaba de vez en cuando, como un símbolo fantástico, sobre el fondo del cielo, teñido de cobre enrojecido por una puesta de sol.

Montevideo nace (1726) cuando se inicia en España la arquitectura de la Restauración, reacción contra el estilo churrigüesco, con la construcción del noble palacio real de Madrid.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

(1737). Créase en seguida en la capital de España la Academia de Bellas Artes de San Fernando, (1752) y en ella el gusto se depura, las líneas de la madre Grecia recobran su prestigio, los órdenes clásicos aparecen entonces vencedores, y la serena columna dórica, los chapiteles jónico y corintio, las bases áticas, el arco nítido de medio punto, los entablamientos de líneas rectas surgen, como resucitados, de entre el follaje disparatado que amontonó la decadencia sobre sus líneas retorcidas. De esa escuela ha salido, si no estoy equivocado, el plano de la Matriz de Montevideo, cuyos cimientos se echan en el momento más oportuno. (1790 - 1804). No hay más que mirarla, como yo la estoy mirando, para convencerse de ello. No tiene este templo pretensiones de gran catedral ni mucho menos: lo que se construía era la Iglesia de una pequeña villa colonial de cinco o seis mil habitantes; pero sus líneas son de una pureza tal, que pueden ofrecerse, y se han ofrecido, como modelo de neo-clasicismo, sin ser superadas, ni siquiera alcanzadas. Su frontón, no triangular puesto que el techo del templo no lo es, sino circular y determinado por la forma de la bóveda de la nave central, gravita sobre sus cuatro columnas corintias acanaladas, constituyendo con

RESONANCIAS DEL CAMINO

éstas la pieza protagonista de la construcción, de una nitidez y gracia encantadoras; los grandes vanos de su segundo cuerpo, con solo tres sencillas aberturas, se apoyan en los tres arcos de medio punto de elegantes archivoltas que constituyen el primer cuerpo, y que dan acceso al atrio, y corresponden a las tres puertas del templo; una serie de figurillas verticales unidas por guirnaldas que corren sobre el arquitrabe a lo largo del friso, y un bajorrelieve en el tímpano del frontón forman toda la decoración de esa fachada, sobre la que se elevan la estatua de la Virgen y las de los apóstoles Felipe y Santiago, patronos de la ciudad. La belleza de todo eso, que se impone a los sentidos, está sólo en la pureza de sus líneas arquitectónicas, en sus graciosas proporciones, en el reposo propio de la línea griega que está en la médula del edificio. Las dos torrecillas que se elevan a ambos costados se lanzan al aire con una ingenuidad absoluta: parecen dos cirios. Nada de ostentación en ellas, nada de decoraciones retorcidas: cuatro columnillas corintias en las aristas de su cuerpo principal; una base rectangular; cuatro frontones y un cupulín que descansa sobre éstos; pero todo ello en sus proporciones razonables, todo

ZORRILLA DE SAN MARTIN

quieto y reposado, todo con su objeto propio, exigido por él, ni más ni menos.

IV

Entro en la iglesia y miro: el dominio de la belleza sigue sin solución de continuidad. Como el que se sorprendía al darse cuenta de que siempre había hablado en prosa, yo me sorprendo al convencerme de que, desde niño, he estado viendo un templo greco-romano de lo más noble que existe. Esto es el triunfo de la línea arquitectónica por sí sola, sin el auxilio de las otras artes sus hermanas: ni una pintura, ni una estatua, ni un bajorrelieve, ni un casetón, ni una hornacina vienen a turbar aquí el reposo de los sentidos: esto es perfecto en su género.

Como sucede en la basílica de San Pedro, aunque por una razón inversa, se pierde en esta pequeña iglesia la idea de dimensión: podría tener doble o triple capacidad, y no ganaría en grandeza. El Partenón no era materialmente más grande que ella, y era el Partenón. Privilegio de las proporciones, de la armonía, *alma mater* de la belleza.

Es claro que la Iglesia de Montevideo no tiene la pretensión de innovar ni de rebelarse con-

RESONANCIAS DEL CAMINO

tra el dogma arquitectónico que, iniciado allá en Santa Sofía de Constantinopla y en San Marcos de Venecia y en el Duomo de Pisa, fué desarrollado por Brunelleschi en Florencia, consagrado por Bramante, y promulgado por el genio de Miguel Angel en Roma; es claro que no reniega de sus progenitores, del Escorial, de San Pablo de Londres, de los Inválidos de París; pero acaso más aún que esos sus espléndidos abuelos, puede representar el poder estético de la línea sincera, que no ha de confundirse con la línea simple, por supuesto. Como hay humildades soberbias, hay simplicidades arquitectónicas amaneradas, rebuscadas, orgullosas.

Una serie de vigorosas pilastras dóricas y de arcos de medio punto, con su entablamiento también dórico, determina el plano en forma de cruz latina del templo, y sirve de apoyo a la bóveda cilíndrica de la nave central, que abre sus brazos para formar el crucero, y se extiende hasta el ábside del templo. Sobre el entablamiento, y gravitando en los arcos inferiores, se abren los arcos rebajados de las tribunas situadas sobre las naves laterales, y cuyos lunetos, al penetrar en la bóveda central, derraman sobre ésta la luz de las ventanas exteriores ocultas, e interrumpen con sus bovedillas cónicas y

ZORRILLA DE SAN MARTIN

sus aristas salientes la monotonía de la bóveda de cañón. Sobre los cuatro arcos torales y formeros del crucero y los cuatro ángulos curvilíneos de las pechinas decoradas de una simple estrella de oro en fondo azul, reposa el anillo de la cúpula que se lanza desde él al aire, dejando espacio en su tambor a los ventanales de vidrios de colores, y buscando la convergencia de las líneas de su bóveda esférica en el cupulín que la corona. Las naves laterales, que antes llegaban sólo hasta el crucero y que han sido prolongadas recientemente, están cerradas por bovedillas, por aristas o en rincón de claustro alternadas con otras circulares, e iluminadas por ventanas practicadas en el muro exterior sobre los altares laterales.

Eso es todo: la forma elemental del templo católico que el renacimiento italiano difundió por todas partes en un semi-eclipse del gusto ojival. Pero en esta Iglesia no se ven los resabios de las épocas de transición, tan comunes en el Renacimiento, en el magnífico español sobre todo; no existe la vacilación, la falta de fe en el poder de la línea clásica, que se advierte muchas veces en construcciones de mayor fuste y riqueza. El arquitecto no ha pensado, al trazar sus líneas, en el escultor, ni en el decorador;

RESONANCIAS DEL CAMINO

toda la vida y la expresión la ha pedido sólo a la línea arquitectónica. La bóveda no recurre aquí al casetón ni al color para ser hermosa; el arco no apoya su belleza en la ornamentación de su archivolta ni en las figuras de sus rebordes; las pilastras y los chapiteles sólo tienen las líneas madres de la arquitectura humana, y toda la decoración del entablamiento se limita a las líneas rectas del arquitrabe y la cornisa, y a los triglifos del friso, que son los rasgos característicos del orden dórico, como sabemos. Ellos bastan para imprimirle esa nobleza de raza que persiste hasta en su esqueleto, cuando el tiempo y los hombres han despojado sus ruinas.

Los sentidos recorren los ámbitos de este templo, experimentando un bienestar que nada perturba el reposo en su objeto propio, que es la verdadera noción de belleza sensible; el espíritu se desprende fácil e instintivamente de ellos, los abandona en su reposo, y él se siente en libertad, en la verdadera libertad que excluye la opción entre el error y la verdad, entre el bien y el mal, e impone necesariamente la verdad y el bien. Eso es fe: funcionamiento de la misteriosa facultad sobrenatural, infinitamente

ZORRILLA DE SAN MARTIN

superior a la razón, que nos ofrece evidencias intuitivas que no son consecuencia de raciocinios humanos.

V

Se me ocurre, al escribir esto, que no es imposible que haya alguno de los que me lean, que me impute olvido del simple carácter de viajero que, al escribir, me impuse: más que describiendo, estoy acariciando en mi memoria las líneas de la iglesia de mi ciudad natal.

¡Qué le hemos de hacer! No puedo menos de confesarlo. Esta iglesia tiene algo más que todas las otras que he visitado por el mundo. Yo he mirado a las otras: pero esta me mira a mí, me devuelve mi mirada.

Y yo la reconozco como pudiera reconocer el color y la expresión de los ojos de alguien que nos quiere, y que no nos mira sólo para vernos.

Ella me queda aún en mi tierra donde todo va pasando, donde todo se va deshaciendo o renovando, hogar paterno, aun el hogar propio, desvanecidos por el tiempo, que, viejo y todo, sopla hinchando los carrillos como un joven huracán.

En mi vida azarosa, yo he salido varias veces de mi tierra; algunas he vuelto, y encontrado

RESONANCIAS DEL CAMINO

en ella abierta la casa paterna, con sus muebles, con su ambiente, con la grave sonrisa de los viejos, que esperaban siempre el retorno de los ausentes.

Hoy los viejos faltan y los jóvenes han nacido; sin darnos cuenta, hemos quedado en un extremo; miramos hacia atrás y casi no encontramos a nadie. Pero nosotros todavía somos viejos demasiado novicios; necesitamos hacer el aprendizaje; no podemos acostumbrarnos a no mirar alguna vez hacia atrás, buscando a a'guien que nos hace falta, aunque sea para regañarnos sin faltarnos al respeto.

Cuando me ausenté la última vez, todo lo mío quedó desecho; no dejé ni casa propia, ni casa paterna a qué volver: será pues necesario recomenzar. Es esa la vida normal de nuestros países en construcción; no tenemos muy a menudo lo que tiene el aldeano de las viejas sociedades en su valle paterno: un techo viejo que nos espere con paciencia. En nuestra ciudad, las casas paternas no resisten dos generaciones; somos nómades, pájaros que vuelan y anidan donde los toma la noche.

Vuelvo, pues, hoy a mi tierra, después de algunos años de ausencia, y me doy cuenta de los vacíos; encuentro extrañas las casas que se ca-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

lentarón con el calor de mi cuerpo y de mi alma, y por el de las de los míos; las casas en que yo consumí mucha vida; que, como el incienso en las iglesias, debe haber dejado algo en ellas; las en que nacieron mis hijos, las en que murieron mis padres. He entrado en ellas, y ellas no me han reconocido; he tenido que llamar a la puerta, invocar un motivo cualquiera para entrar, una visita, un asunto prosaico; saludar ceremoniosamente a los nuevos dueños, y ocultar el verdadero objeto de mi visita, que era sólo el de ver una vez más aquella casa, y encontrar siquiera alguna huella mía y de los míos que pasaron.

Todo se ha borrado en unos cuantos años; todo lo mío ha desaparecido en mi tierra... Pero nó, todo nó: aquí está mi catedral que aun me queda; la misma en que fuí bautizado y en que rezaba de niño, con sus arcos, y sus pilas-tras, y sus altares dorados, y sus imágenes cariñosas que me parecen vivas, más vivas que las obras de arte famosas. Esta es la casa del Padre que no se muere, que espera siempre a los ausentes, y para quien el hombre es un niño de unos cuantos miles de años.

La puerta de esta única casa paterna está siempre abierta, la entrada expedita. Yo entro sólo o llevando de la mano a mis hijos más pe-

RESONANCIAS DEL CAMINO

queños, los que han nacido en Madrid o en París y vienen a conocer su tierra, y siento que entro en mi casa, y voy a recibir la bendición del padre y a gozar de la mirada inmóvil de las imágenes que me miraron de niño. Allí está la Virgen del altar mayor con sus ropas azules y blancas, y las manos sobre el pecho y el nimbo de estrellas de plata alrededor de la cabeza. Es *la Purísima*; fija desde allá arriba su mirada en la mía, baja en ella hasta mí, derramándome un gran puñado de recuerdos muy frescos en el alma. La otra, la de las ropas carmelitas, con su niño sonriente en los brazos, con su corona radiosa en la cabeza, su escudo sobre el pecho, y su escapulario en la mano, está en su altar lateral. ¡Con cuánta intensidad miro y reconozco esa *Virgen del Carmen* que fué y es mi patrona! La imagen tiene un movimiento hacia adelante como si quisiera salir de su hornacina al encuentro del que llega; mis recuerdos, al inocularse en ella, la animan, la agitan, la envuelven en luz. Ante ese su altar, me pusieron sobre los hombros, de esto hace mucho tiempo, el escapulario co or carmelita, con su montecillo y sus estrellas, que llevo desde entonces como el uniforme que tiene libre entrada en las eternas puertas azules; jamás se separa de mí, no lo cambiaría por na-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

da del mundo. Como cuando me lo pusieron, yo estoy seguro de que es escudo, y refugio, y signo de predestinación; sé, y nadie me lo quitará de la cabeza, que una bala puede fácilmente apiastarse, la punta de una lanza embotarse en su tejido de lana, y, lo que es mucho más, desvanecerse a su influjo un pensamiento criminal... En su antiguo altar dorado está también San José, el más puro de los patriarcas, con su niño sonriente en los brazos y su vara de plata florecida en las manos; San Pedro el viejo príncipe de blanca barba, con sus grandes llaves de oro cruzadas sobre el báculo pontifical; y la Virgen redentora de cautivos vestida de blanco; y el santo negro, el rey Baltasar, con el cetro y la urna o pebetero de plata, en que ofreció su tributo de perfumes al rey recién nacido en el pesebre

Un ambiente de incienso, pero de un incienso especial, mezcla de perfume sagrado y de zahumerio doméstico, compenetra todo esto, el aire, las paredes, unido a un olor de cera caliente, de cirios apagados por uno mismo hace mucho tiempo, pero cuyo olor uno reconoce perfectamente.

RESONANCIAS DEL CAMINO

Yo entro en esta mi catedral y lo miro todo como si deseara que todo entrara dentro de mí, por mis ojos muy abiertos; respiro como para que todo penetre en mí en una bocanada de aire; protesto, como contra un intruso, contra el más pequeño cambio que se haya verificado en mi ausencia, pues siempre encuentro mejor lo que había, y debía ser intangible.

Voy a la catedral cuando está sola, en las horas del día, cuando los cirios parecen helados y sólo algún sacristán atraviesa las naves a lo lejos. Se dijera entonces que el templo está descansando y que me recibe con mayor intimidad al introducirme en el secreto de su solemne reposo. Siento un bienestar indefinible al recorrer con la mirada, desde la nave central, las amplias líneas arquitectónicas de la iglesia, sus vidrieras de colores, el altar dorado que cierra el ábside, los laterales que se ven interrumpidos por la curva de los arcos; la serie de escaños vacíos, uno de los cuales ocupo, que se alínean en filas paralelas a lo largo de la nave. Levanto la cabeza para seguir la curva de la cúpula y hundir la mirada allá en la semi-oscuridad del cupulín, y desciendo a mirar de nuevo las imágenes amigas, a las que la soledad del templo da una expresión particular que yo me empeño en desc-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

frar, y en atribuir a mi presencia allí; al deseo que ellas tienen de decirme algo, y que parece hacerles brillar los ojos inmóviles y como asombrados.

Y cuando después de tantos años he oído de nuevo por primera vez sonar el órgano en el coro, me ha parecido escuchar la aclamación triunfante de una multitud de viejos amigos; los gritos de sus tubos sonoros, tan conocidos, tan llenos de aliento cariñoso, han vibrado dentro de mí, y pasado por mi espíritu sacudiéndolo y desprendiéndole los recuerdos, como una ráfaga de viento que remece los árboles y hace caer las hojas.

Ellos, los viejos barqueros, se me han presentado cantando su eterna canción; he creído oír, entre el olor agrio de flores viejas mezclado al de flores nuevas renovadas parcialmente y al del incienso en que parecen empapadas, los cantos del *Mes de María* en las mañanas de Noviembre; coros inconscientes de niños que individualmente tienen algo del grillo y colectivamente mucho del ángel; cánticos tradicionales que, a fuerza de pasar por el alma de muchas generaciones, se compenetran de alma anónima y dejan de ser vulgares a fuerza de ser sublimes e irrem-

RESONANCIAS DEL CAMINO

plazables: *Venid y vamos todos...*; *Oh cándida azucena*; lentas salmodias de Semana Santa; notas sonoras que se desprenden de las campanillas y se disue'ven en el aire silencioso del templo, como gotas de tintas azules que se diluyen en el agua. Rumor de rezos de algún grupo de fieles que rodean un altar iluminado en un extremo de la Iglesia en sombra y casi desierta... Allá, en el fondo de un ángu'lo oscuro, me parece ver blanquear la cabeza de mi padre que reza en el sitio en que habitualmente se arrodillaba... ¡Qué silencio!

En torno de esos recuerdos se van envolviendo los de todos mis años, como un hilo de diversos colores. Aquí, en esta Ig'esia, flotan las horas esenciales de mi vida, que la ausencia de la patria parecía haber alejado mucho, casi desvanecido, y que la presencia de mi catedral, acerca, como si en su interior hubieran estado congregadas aguardándome, para sorprenderme y hablarme de la fugacidad del tiempo. He sentido, al penetrar en ella, una sensación semejante a la de la atmósfera tibia de la sala de familias en las noches de invierno, o a la del fresco de la habitación semi-oscuro en las siestas de verano; me he sentido más *en casa*, *chez moi*, *at home*, que en ninguna otra parte, incluso mi casa misma,

ZORRILLA DE SAN MARTIN

colgada siempre sobre la corriente del río, como el nido del pájaro, del boyero, del Martín Pescador...

Y siento, al levantar mi alma más allá de la bóveda silenciosa, sonar en ésta el salmo de que está impregnada, el que precede a la oblación y al sacrificio del altar perfumado:

Domine, dilexi decorem domus tuæ et locum habitationis gloriæ tuæ.

Ne perdas cum impiis, Deus, animam meam.

He amado, oh Señor, la hermosura de tu casa, y el lugar en que su gloria habita.

No confundas mi alma, oh Dios mío, con las de los impíos que no te aman; no confundas mi vida con la de los hombres sanguinarios.

Y déjame circundar aquí tu altar, y lavar mis manos entre los inocentes, oh Padre que estás en los cielos; en este sobre todo, en este cielo de una sola estrella, caída, de mucho más allá del firmamento estrellado, en ese sagrario en que arde, allá, en la silente capilla lateral, la lámpara perenne. Allí estoy más cerca de Tí que en parte alguna del universo; no puedes Tú estar más cerca de mí, de mi boca, de mi palabra; detrás de esa puerta entornada del tabernáculo misterioso en que siento tu vida, oh Cristo, el correr de tu sangre en el corazón, el amor de la mira-

RESONANCIAS DEL CAMINO

da en tus ojos... Y reconozco tu voz que sale de allí, y entiendo bien que me dices, oh Jesús eucarístico, como cuando te aparecías resucitado, con las cicatrices de las manos y la profunda del pecho: *Ego sum nolite timere...* Soy yo... *No tengas miedo.*

París, 1897



RECUERDOS DE INFANCIA

I

He dado vuelta por todas partes y a todas horas; por las calles, los alrededores, la costa; por la ciudad nueva, por la vieja, por la vieja sobre todo. En todas partes las cosas se animan y me miran como personas; me reconocen: una vieja casa que nadie advierte, y que yo miro bien, no sé porqué, largo tiempo; un almacén en que yo hacía mis compras de niño. Los recuerdos vuelan como pájaros que mi presencia levanta de aquí y de allá. Salen de una cosa algunos viejos, muy viejos; por allá se levantan otros menos antiguos; brotan de más acá algunos grandes, claros, muy detallados. Quisiera hacer de todos ellos palabras, palabras duraderas; pero es esa una labor de forja que requiere un tiempo y una fuerza que yo no tengo ahora y no sé si tendré después. Lo tentaremos, sin embargo, eligiendo los que se nos ofrezcan más dóciles a la forma, más próximos a ella.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Yo creo que los recuerdos son como las frutas: es preciso que estén bien maduras para arrancarlas; si nó, son amargas y no tienen color. Por otra parte, los muy recientes no se creen, porque son demasiado verdaderos. Los hechos concretos de una vida son detalles de un cuadro que es necesario alejar para mirarlo bien; la influencia de los unos sobre los otros los modifica, les da distinto carácter y entonación distinta, como la recíproca influencia de los colores complementarios en las telas.

Yo tengo cuarenta y dos años; y allá, muy lejos, veo perfectamente recuerdos de treinta y cinco, de treinta y siete... me parece que hasta de treinta y ocho años... quizá más. Los veo ya formados, verdaderos recuerdos, desprendidos del presente, como el fruto de su árbol; aparecen y desaparecen, suben y bajan. Entre muchos confusos de los tres o cuatro primeros años de mi vida, flotan algunos bastante precisos, que se destacan entre los demás, quien sabe porqué; ya es un hecho insignificante, ya una persona que fué y que no se sabe quien es; ya una sensación que no se ha repetido en la vida; que parece de un sentido que existió y no persiste. Unas veces el suceso aparece aislado, como si no ocurriera en parte alguna; otras tiene su pe-

RESONANCIAS DEL CAMINO

queña atmósfera propia que lo rodea: es la sala o el comedor de familia, con sus muebles, con el color de sus paredes; es una calle que no es posible precisar, pero que lo es de Montevideo, una de estas que estoy ahora recorriendo...

Yo veo sitios que me parecen muy conocidos, no sé porqué. Y es, sin duda, porque, así como los que creen en las transmigraciones suponen otra existencia, la infancia es esa otra vida.

Me encuentro aquí con un *Almacén de la Teja*, en la esquina Colón y 25 de Mayo, y me veo yo allí, de la altura de su mostrador apenas, de cuatro o cinco años; todo resucita en él; es el mismo de entonces: grandes estantes de madera en el fondo, llenos de fuentes y platos de loza de colores.

Es el mismo...

Aquí compré yo mis primeras cometas, hechas de papel y cañas, un trompo, cohetes de la india que yo quemaba uno a uno. Bien recuerdo la impresión de orgullo que me produjo el estampido del primer cohete, no tirado al aire como los demás, una vez encendida la mecha, sino sostenido entre el pulgar y el índice hasta estallar. No me juzgaba yo capaz de tanto, y cuando lo hice me llené de alegría, creyéndome un valiente.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Es curioso ese esfuerzo de la imaginación por penetrar todo lo más hondo posible en esa especie de vahido en que se nace y del que no se sabe cómo ni cuándo se ha vuelto en sí; vahido de los dos o tres o cuatro primeros años de la vida en que se vé aparecer y desaparecer el yo como una lucecilla lejana que mueve el viento. Duele la memoria, como duele la vista cuando se quiere mirar muy lejos o muy hondo. Estoy escribiendo esto y se me va la cabeza, porque mis facultades no tienen a veces en qué fijarse, y giran a ratos en el vacío.

Quiere uno ser realista en lo irreal, lo que no es una paradoja; fijar con fidelidad un recuerdo; vagamente si es vago, con nitidez si es preciso, es lo mismo que describir un objeto material que se tiene ante los ojos. Mirarse bien a sí propio, mejor dicho, ver bien dentro de uno mismo, es dar un objeto, el más interesante objeto, a la percepción o al conocimiento. La creación artística, si bien se mira, no es otra cosa; tanto en las artes ópticas como en las acústicas: líneas, colores, sonidos, aun palabras, encontrados, descubiertos, mejor dicho, dentro de nosotros mismos, de nuestros sentidos interiores.

RESONANCIAS DEL CAMINO

Yo sé, de oídas, que nací en Diciembre de 1855, en una casa que aún existe de la calle del Arapey, cerca de la esquina de la de Uruguay; pero no es allí donde por primera vez me veo. El Montevideo que yo he conocido acababa en la antigua ciudadela, en el Mercado Viejo; y aún éste ¡estaba tan lejos!

Yo me encuentro muy vago, pero muy *yo*, indudablemente allá, en una casa de la ciudad vieja al lado de mi abuela, de mis tías, las hermanas de mi madre. Veo también de vez en cuando, a mi padre, que aparece silencioso, dos veces al día, y me sienta en sus rodillas, y me besa en la frente... No veo, por más que la busco, a mi madre... Yo estaba vestido de luto como los demás; mi vaga impresión primera está envuelta en un ambiente desolado, en esa especie de sorpresa o asombro que anda de puntillas por donde acaba de pasar la muerte.

A alguna palabra mía sucedía a veces el silencio de todos; mi voz derramaba la tristeza en el aire. Las preguntas de los niños son a veces tan difíciles de satisfacer!

Allí no estaba mi madre; pero se sentía el vacío que acababa de dejar, y de que yo no me daba cuenta, porque no me la daba de lo que había perdido.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Ese vacío fué llenado en mi vida, por una forma armoniosa, nombre musical cabalístico, leyenda angélica, y por un culto que me he guardado bien de desvanecer, que me ha inspirado de continuo, y que conservo todavía en toda su pureza.

Aún hoy, es un placer para mí hablar de ella con los viejos que la conocieron; mis amores de adolescente, mis hijos, mis ilusiones de gloria... nada ha hecho sombra sobre la de mi madre, que allá, en su niebla matinal, como el planeta, próximo a la tierra, sube y baja sobre mi primer horizonte, y parece dividir mi vida en dos partes distintas: la que la tiene por un núcleo, algunos de cuyos recuerdos me han salido ahora al encuentro, y el resto.

III

Una colina que entra en el mar es la que llamaremos plataforma de mi primitiva ciudad de Montevideo; la calle Sarandí pasa por la cumbre, (*divortium acuarum*) y forma el eje de la ciudad; las calles transversales que cortan éste en ángulo recto van en descenso hacia ambos lados, hacia el mar amplio las unas; las otras hacia la bahía, terminada en el Cerro. En el declive de estas últi-

RESONANCIAS DEL CAMINO

mas, núcleo de la población, comencé yo a darme cuenta del mundo, cuyas mayores lejanías eran constituidas por el pedazo de agua de la bahía, que yo distinguía allá abajo, en el extremo de mi calle, desde la puerta de mi casa baja, blanca, de un solo piso, con sus dos o tres ventanas de reja sobre la calle, y en cuyo umbral me sentaba algunas veces, vigilado desde lo interior, a ver pasar la gente.

Por sobre ese pedazo de agua veía yo cruzar, de vez en cuando, aparecer de un lado y desaparecer del otro de la calle, las siluetas de los botes a remo, como rayitas negras con su hombrecito, negro también, que sobresalía de la borda. Y al verlos pasar tan al alcance de la mano de quien estaba allá en la costa, sentía el vivo deseo de llegar a ésta, para ver los ligeros barcos de cerca y hasta apoderarme de alguno de ellos, del más chico.

Pero la costa, el agua, estaban tan lejos! Yo no había visto nunca el agua; no salía del interior o del umbral de mi casa, en que transcurrió esa primera parte de la vida, cada uno de cuyos días es un año, cuando menos, a juzgar por la influencia de sus impresiones sobre la vida entera. Más que recuerdos, lo que yo tengo en mí de esos días como años son gérmenes. Nos contentaremos con

ZORRILLA DE SAN MARTIN

precisar alguno de ellos; los más salientes en este momento; que, a tener que escribir muchos, este apunte se convertiría en un libro y quizás en más de uno. Sólo los cuentos de mi abuela formarían uno o más tomos; pero mucho más que los cuentos, la vida, las mañanas comenzadas por las oraciones ante la virgencita tutelar, centro y señora de la familia, herencia, testigo; y por la espera de la diaria visita de mi padre, para quien había comenzado la larga ejemplar vida de viudedad y de labor, sólo terminada con la muerte en mis brazos y en los de Dios.

Esos días concluían, al caer la tarde, entre dos luces, en los meses de verano, en un largo rato de conversación, con mi abuela, con mis tías, sentado en el alfeizar de una de las ventanas de reja abiertas de par en par, sobre la calle. Ese cuadro se me aparece con intensidad; siento su color y su calor. Una alta lámpara de aceite (entonces no había gas, por supuesto) recién encendida en la habitación contigua a la sala que daba a la calle, derramaba en ésta una media luz perfumada de *benjuí*, caliente, maternal; el farol de la calle, proyectaba las rejas de la ventana sobre la alfombra, e iluminaba débilmente las cosas, algunos muebles, una consola antigua de caoba, un ángulo del sofá... La calle era solitaria. Los pasos de alguno

RESONANCIAS DEL CAMINO

que otro transeunte se sentían acercarse; cruzaba éste por frente a la ventana. Se bajaba la voz mientras se le veía pasar acompasadamente a la luz del farol, hasta que sus pisadas se perdían. Corriendo solía aparecer el hombre que encendía los faroles de aceite de la calle; apoyaba con estrépito su escalera en el que estaba frente a nosotros, trepaba un par de tramos, encendía la lámpara y se alejaba, echando de nuevo su escalera al hombro. Un organillo sonaba a veces en la bocacalle, en la esquina; un perro aullaba en su torno. En un cuartel próximo, que hoy visito y reconozco, aunque transformado, sonaba el toque de oraciones; de entre el duro hervor de los tambores, semejante a un largo derrumbe lejano, salían los quejidos de los clarines, que morían unidos a las voces de las campanas que andaban por el aire.

Y poco después me acostaba. “Con Dios me acuesto... con Dios me levanto”... “Ángel de mi guarda dulce compañía”...

Y entramos en la región de los ensueños. Algunos de los míos eran amables; pero la mayor parte no lo eran; muchos eran espantosos; me daban miedo. ¿Qué es eso? ¿Qué es el miedo en los niños? El diablo era muy a menudo su protagonista. Yo lo sentía en el zaguán de mi casa, forcejando en la puerta de entrada a la sala,

ZORRILLA DE SAN MARTIN

una puerta maciza, que yo apretaba de adentro con todas mis fuerzas. Pero mientras yo impedía su entrada por arriba, él se me colaba por debajo, por los resquicios inferiores, por entre las piernas. Me despertaba entonces con un grito... Yo no contaba esos sueños generalmente; alguna vez que lo hice, se me miró de mal talante; alguien me dijo que no era buen síntoma en un niño soñar con el diablo. Yo soñaba con él, sin embargo. La culpa era de quien me lo ponía sin discreción en la memoria.

Pero más que el diablo, eran los ladrones los protagonistas de mis sueños. Los ladrones constituían una raza especial de hombres; salían, como los murciélagos, de noche, o entre dos luces. Y como el gato para los ratones, había nacido para ellos el sereno, el antiguo guardián nocturno, de chuza y linterna, que cantaba las horas en un grito largo... largo...! Las once han dado!...; ¡Serenos!... Yo quería bien, indudablemente, al sereno, que antes de acostarme veía pasar alguna vez callado (sólo cantaba de las once en adelante) frente a mi ventana, con su linterna, que proyectaba sobre el empedrado la mancha de su luz movediza; pero mi cariño hacia ese personaje, estaba también mezclado de cierto miedo. El sereno era una entidad respetable, pero algo

RESONANCIAS DEL CAMINO

fantástica; su canto temeroso, oído sólo en las altas horas, me parecía la voz de la caverna, del aire oscuro, la de una fuerza o agente benéfico, es verdad, que ahuyentaba lo que es enemigo del hombre bueno, los ladrones sobre todo, los ladrones que eran los únicos que podían andar despiertos a esas horas; pero por lo mismo que la idea de sereno estaba estrechamente unida a la de malhechores misteriosos, nunca pude oír sin cierto terror la voz lejana de aquél, sobre todo cuando se iba acercando, acercando lentamente, y pasaba, por fin, frente a las ventanas cerradas de mi casa, como un acontecimiento que me dejaba sobrecogido. Por no oír esa voz, yo hacía siempre por dormirme temprano, y, felizmente, así ocurría generalmente; la oía muy pocas veces. La noche era para mí un mundo mucho más grande que el día, y lleno de miedos; de ella sale la mayor parte de los que conservamos de nuestros primeros años; de las horas nocturnas.

IV

No es nocturno sin embargo, el recuerdo que me sugieren las cosas que ahora estoy viendo, con ser el de uno de mis primeros miedos, me parece. Debe de ser muy primitivo, tanto por el ca-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

rácter de la escena, cuanto por su teatro. Uno y otro me incitan a recoger el tal recuerdo, que ha reaparecido muchas veces en mi memoria. Yo no podía tener más de tres años, y, sin embargo, "*nel pensier rinova la paura*". Pasa la escena en la antigua iglesia de San Francisco, demolida, si no estoy equivocado, allá por el año de 1860; la recuerdo vagamente, como una vieja acuarela: una escalinata de ladrillos; una plazuela cerrada por tapias blanqueadas, una nave con un gran retablo central, barroco, de columnas torsas, y con algunos laterales del mismo estilo churrigueresco, de líneas doradas muy retorcidas. Aún existe el púlpito de esa iglesia, muy lleno de interés, por cierto, en la actual iglesia de San Francisco, que me despierta este recuerdo. También se conservan, aunque reservadas, las imágenes de San Francisco y Santo Domingo, que ocupaban las altas hornacinas del retablo principal. San Francisco a la derecha; Santo Domingo a la izquierda.

Y bien fué allí, en esa vieja iglesia, que mi abuelita, terciaria franciscana, desde sus antepasados de la época de Artigas, frecuentaba. Eran las horas de la tarde. Yo, orgulloso de mi vestido nuevo, fuí con ella contentísimo a la iglesia. Mucha gente se apiñaba en la puerta y entraba. Yo entré entre el tumulto, de la mano de mi abuela;

RESONANCIAS DEL CAMINO

adelantamos entre la gente todo cuanto pudimos, dos tercios, cuando menos, de la nave, y nos arrodillamos. Yo quedé como sumergido en el gentío. Una procesión iba a tener lugar, una solemne procesión por las calles. Y los dos santos titulares, San Francisco y Santo Domingo, que debían ser llevados procesionalmente en hombros, habían sido bajados de sus altas hornacinas, y colocados en sendos palanquines o andas muy adornados de tules, a ambos lados del altar, allí cerca, entre los fieles, arrodillados unos, otros de pie, y todos anhelantes del comienzo de la procesión.

Yo había visto siempre esas imágenes de lejos, allá arriba, entre sus columnas torsas, en la media tinta de sus hornacinas; mi abuela me las mostraba con veneración, apuntándomelas respetuosamente con el dedo: San Francisco con su calavera en la mano, y su cordón blanco ceñido al sayal color ceniza; Santo Domingo con su hábito blanco y negro, con su estrellita en la frente (mi abuela me tocaba la mía para marcar-me el sitio en que el santo tenía el punto luminoso). Esas dos imágenes eran de aquellas antiguas, toscas, que sólo tenían de talla la cabeza y las manos; el resto era formado de un armazón de madera cubierto por las ropas. Yo las había visto siempre de lejos, como digo, esfuma-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

das, idealizadas, y, al llegar esa tarde a la iglesia, no me había dado cuenta de su traslación; las creía, como siempre, en sus altas hornacinas. Cuando, hundido entre el gentío, las advertí de repente allí cerca de mí, por sobre las cabezas de los que me rodeaban; cuando me encontré frente a aquellas dos figuras que se levantaban inmóviles y rígidas sobre la masa de los fieles arrodillados, una impresión pavorosa se apoderó de mí; no podía creer que aquellos fueran los santos que yo había venerado. San Francisco era el que estaba más cerca, a pocos pasos, en el mismo plano que yo ocupaba. Yo no podía apartar los ojos de aquella figura trágica cuya cara exangüe parecía al par enojada y atónita. Sus ojos, negros como carbón, muy abiertos y sin brillo, miraban en el aire vano una cosa invisible, y al parecer espantosa; en la mano derecha extendida, sostenía una calavera... Yo sentí un miedo horrible; miré a mi abuela a ver si lo compartía: pero nó; la señora miraba el santo con fervor... Una idea brotó entonces repentinamente en mi cabeza: ¡Si esa figura se moviera! pensé en mi interior. ¡Si esos sus ojos que no miran me miraran! ¡Si me hiciera ver, sobre todo, esa cosa que está viendo en el aire con tanto terror!

RESONANCIAS DEL CAMINO

Pues así fué; mi temor se hizo verdad. Llegó, sin duda, el momento de comenzar la procesión. Yo sentí el frotar de las ropas de la gente que se levantaba; humo de incienso, ruido de campanillas; pero no perdía de vista ni quitaba los ojos de la imágen que surgía inmóvil sobre todo aquello... ¡Si se moviera!

Y ocurrió lo que yo temía: se movió... Como si un terremoto hubiera sacudido al mundo, yo ví que el santo comenzó a tambalear; dió primeramente, sin perder su rigidez ni la atonía de sus ojos, una gran cabezada hacia adelante, hacia mí; otra hacia atrás; se enderezó, buscando un equilibrio imposible, se animó de una vida inverosímil, y comenzó a adelantar, temblando pero insensible, agitado pero impasible, con sus ojos muy abiertos, con su calavera en la mano... Sin yo darme cuenta, por que sólo veía lo que pasaba más arriba de las cabezas de los circunstantes, habían levantado las andas; iba a comenzar la procesión.

Yo no pude resistir más. Aún me parece oír mis propios gritos, que resonaban en la nave de la iglesia; nadie pudo contener mi llanto desbordado; yo no oía nada, no quería nada que no fuese correr, huir de aquello que venía detrás de mí tambaleante, y que ya iba a agarrarme, a mirarme, sobre todo, con sus ojos negros redon-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

dos, flotantes en su fondo blanco, y, lo que era más pavoroso, a mostrarme aquello que el mismo miraba en el vacío con espanto...

Fué necesario sacarme en brazos de la iglesia, volver a casa, perder la procesión por causa mía. Y sufrir después el más duro de los castigos: la vergüenza, las burlas, el menoscabo del concepto de valiente que yo siempre reclamaba, como hombre que era, y que, lo mismo en el niño que en el hombre, niño de cuarenta o cincuenta años, o los que sean, no es otra cosa que la ignorancia en nuestros semejantes de lo que pasa dentro de nosotros.

Lo mismo que yo a los tres o cuatro años los hombres miran, como un grande oprobio ó deshonor, el ser tenidos por cobardes, por accesibles al miedo: quieren dejar sentado que no lo son... aunque tengan miedo.

Ser valiente... No tener miedo... ¿Es realmente una virtud, es decir, un acto libre del hombre y no un fenómeno fisiológico? ¿Es un vicio lo contrario, y no un fenómeno patológico, una enfermedad congénita o adquirida?

Yo recojo el recuerdo de mis primeros miedos, simiente de todos los otros, y le doy forma con libertad y con cierta alegría. Puede ser que sea por que estoy cada vez menos necesitado de en-

RESONANCIAS DEL CAMINO

gañar a los hombres para conseguir el aprecio y el respeto de mis buenos semejantes, que tanto se engañan recíprocamente no bien dejan de ser niños, y aún antes de dejar de serlo.



CONVERSANDO SOBRE CASTELAR

(1899)

Conversaremos, pues, sobre Emilio Castelar, el ilustre español que acaba de morir; recogeré alguno de mis recuerdos recientes... No lo haré sin manifestar, ante todo, la pena que me ha causado la noticia... Sí, lo conocí como para poder hablar de él alguna cosa; lo traté. Y lo quise muy de veras. Hablo de él con cariño. Por que Castelar era, sobre todo, un hombre bueno, muy simpático, un generoso espíritu... Era un romántico... ¿Romántico?... Bien: no lo clasifiquemos todavía. No se me pide que hable de sus ideas o doctrinas o escuela filosófica, sino de su persona, ¿no es verdad? Se me pide la impresión próxima que traigo del hombre; una *resonancia* más, la última quizá, de mi camino por el mundo, que acabo de terminar.

.....

Lo conocí y traté en su casa de la calle Serrano, en *la Huerta*, residencia de Cánovas del Castillo en *la Castellana*, en las comidas que ofre-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

cía el conde de Cheste a los Académicos de la Lengua; en casa de su tocaya ilustre Doña Emilia Pardo Bazán; en los recibos sociales; en la Academia Española, en la Academia sobre todo.

En ésta me sentaba habitualmente a su lado, en un extremo de la larga mesa oval tapizada de paño verde, en torno de la que se reúnen a deliberar los inmortales españoles. Miremos de paso la Academia, en la sesión, una de tantas, en que me encuentro con mi ilustre amigo. Allá, en el extremo opuesto, a la luz de la lámpara con pantalla de porcelana, colocada sobre la mesa, veo la cabeza calva y reluciente de don Manuel del Palacio; la no menos lisa de Don José Etchegaray, que mira como agazapado y en acecho, detrás de sus lentes de oro; la cabecita aguileña, de líneas clásicas, del viejecito Colmeiro, parecido a nuestro Don Isidoro de María; las gafas brillantes y los ojos asombrados de miope del Padre Mir. A nuestra derecha, en el centro de la larga mesa, está el conde de Cheste, director de la Academia, caballero octogenario de capa y espada, muy alto, de maneras solemnes y señoriales, de palabra acompasada y respetuosa; cuando habla de pie (suele hacerlo al terminar las sesiones) se vuelve a un lado y a otro, inclinando la venerable cabeza de abundante cabello cano,

RESONANCIAS DEL CAMINO

y balanceando el largo cuerpo, como para esparcir por igual, por todas partes, su palabra lenta y grave, y su mirada majestuosa y cortés. A su derecha, inclinada sobre el papel en que escribe, veo la cabeza sin carácter ni expresión de Tamayo y Baus, secretario perpetuo; a su izquierda sigue la discusión con interés, y razona de vez en cuando con pasión, el buen Núñez de Arce, censor de la Academia, que se exalta fácilmente, habla en voz alta y en tono siempre oratorio, y consulta con la mirada el efecto de sus opiniones en sus oyentes, cuya atención reclama con frase correcta y pronunciación muy castellana.

Frente al anciano conde, en el otro centro o testero de la larga mesa, está Cánovas del Castillo, el insigne Cánovas, casi en la oscuridad, porque hace siempre sacar la lámpara de pantalla de porcelana que debería estar frente a él. Allí está, pues, la cabecera de la mesa, donde está Cánovas del Castillo, no por ser Presidente del Consejo de Ministros, sino por ser él, Don Antonio; salen de allí las ideas que predominan casi siempre, con las de Menéndez y Pelayo, que está a su lado, el pensamiento oportuno, la interrogación imprevista que hiere el corazón del asunto, y suspende un momento la discusión, porque exige respuesta no fácil. Cánovas

ZORRILLA DE SAN MARTIN

es feo, si no se le mira bien; si no se sabe lo que es "carácter"; tiene una enorme cabeza, casi cuadrada, de cabello abundante blanco y lacio; la frente muy grande, muy prolongada hacia las sienes; mira al través de sus gafas con fijeza, alzando la cabeza, mientras hace con la boca una mueca, intermitente y rápida, que le eriza los pelos rígidos del bigote, y le da un aspecto casi felino; sus movimientos son nerviosos; acciona moviendo los brazos sin alzarlos demasiado, como si le tiraran de un cordón; habla con cierto dejo andaluz, y con grande ingenuidad y fluidez. Es un gran orador cuando no se empeña en serlo para ajustarse al diapasón.

Los distingo, pues, a todos; cito los que se me ocurren. Veo entrar en el salón a mi viejo colega y amigo el general Riva Palacio, ministro de Méjico, encorvado, enjuto, cetrino, de raza azteca, calvo, de bigote y perilla blancos; lo veo detenerse aquí y allá, detrás de los altos respaldos de los sillones, y tender la mano por sobre ellos, y decir una palabra afectuosa a los que están sentados, que se vuelven para retribuirla con cariño; me saluda de lejos con la mano... Y a Menéndez Pelayo "que lo sabe todo" como dice Cánovas; que mira con ojos de pájaro, con mirada vaga y al parecer distraída,

RESONANCIAS DEL CAMINO

sin serlo, por cierto; no es distraída, aunque lo parece. Menéndez Pelayo se abstrae muy a menudo; pero nunca se distrae. Y a don Alejandro Pidal, de larga y flotante barba gris; figura altiva, decorativa y serena; de palabra tumultuosa, imperiosa, que hace oír pocas veces, como si se reservase el decir la última cuando no hay otro que la diga. Y a don Juan Valera, muy quebrantado, muy viejo, casi ciego, pero siempre lleno de ideas precisas, positivas, y siempre mordaz y socarrón. Y a Campoamor, con su cara bonachona y burguesa, de chuletas blancas, y su sonrisa benévola, interrumpida de vez en cuando por una mueca de dolor que le sube desde las piernas reumáticas. Y a Silvela, con su inmovilidad de esfinge, y su especie de sonrisa sardónica que le hace mostrar sus dientes incisivos, y sin la cual se parecería mucho a nuestro gran Carlos María Ramírez, con el que tiene también quizá ciertas analogías morales.....

Don Emilio está sentado a mi lado; conversamos mucho; nos atraemos a veces las miradas (que serían casi de reconvención si se detuvieran) del severo censor Nuñez de Arce. Castelar es el menos académico de los académicos; es

ZORRILLA DE SAN MARTIN

un girondino... no sé si girondino; es un sobreviviente, eso sí, de no sé qué época; lo mismo puede ser remota que muy próxima; le llamaremos, por ahora, un *romántico*, veremos después por qué. En la academia, apoya todas las innovaciones aunque sean malas. Recuerdo que su voto fué el primero que obtuvo mi grande y buen amigo y paisano en América, Ricardo Palma, cuando hizo una cuestión de honor nacional peruano, y hasta americano, de la inserción en el Diccionario de la Lengua del verbo *Presupuestar*. Castelar votó *por americanismo*. ¡Como si en España no se disparatara tanto como en América, en materia de léxico, y de sintaxis!

*

* *

Se creerá, sin duda, que el renombrado tribuno español tiene una figura física tan arrogante y altiva como su tipo moral, tipo romántico. No es así. Castelar es bajo y grueso, ventrudo, de brazos muy cortos, que parecen pequeñas alas, agitadas siempre en el aire como para equilibrar el cuerpo; sentado, parece que está en cuclillas; la cabeza es una amplia calva y un gran bigote blanco, en un cutis fino, brillante... diría aris-

RESONANCIAS DEL CAMINO

tocrático, pero me abstengo, por temor de ofender la memoria del ilustre republicano. Sus ojos, ojos de miope, no tienen, sin embargo, esa fijezaza casi insolente que caracteriza los de su especie; no se clavan nunca: la mirada resbala sobre la superficie de las cosas; no escudriña; es ingenua, movable, inquieta, y llena de nobleza y de benevolencia. Su voz es aflautada, atiplada, muy llena de aliento; voz de largo alcance; tiene inflexiones casi infantiles; pero a veces las expresiones enérgicas corren rápidas y melodiosas por una escala descendente, del *piano* al *fortísimo*, hasta terminar en un registro grave, áspero, muy varonil, muy característico.

Castelar habla mucho; el alto concepto que tiene de sí mismo no se traduce en falsas modestias, ni en esas reservas solemnes o sibilinas de los grandes figurones. Habla mucho de sí mismo, de sus propósitos, de su influencia, de su potencia moral en su patria; es pródigo de su palabra, de sus ideas, de sus imágenes; trata en cualquier parte y con cualquiera, de las cuestiones más graves; pero, como se sabe siempre escuchado, busca su pensamiento, cuida su frase, se escucha a sí mismo. El aire libre es su ambiente; parece siempre empeñado en demostrar que él no tiene nada qué reservar ni qué ocultar.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

*

* *

Recuerdo... ¿cuál de los recuerdos elegiré entre los muchos concretos que me vienen a la memoria al conversar por escrito, valiéndome de esta mi pesadísima pluma, que no corre, como debiera, con la rapidez de mi palabra interior?

Recuerdo aquella noche en que los miembros de la Academia Española nos sentábamos a la mesa del conde de Cheste, en su casa de la calle Pizarro. Es ésta uno de esos antiguos caserones de sillares de piedra, llenos de carácter, con su escudo de arenisca roja en la clave del arco de entrada, sus viejos retratos de caballeros de gollilla y damas de claro linaje, sus cuarteles heráldicos, llenos de empresas y coronas, sus tapices y sus arcones arcaicos, su vajilla de plata maciza, plata del Perú, de Potosí, su aspecto vetusto y señorial. El anciano castellano de aquel solar invitaba todos los años a sus compañeros de Academia "a comer el turrón de Navidad en su compañía." Y ponía al pie de la invitación, (al menos al de la mía) toda de su puño y letra: "Se leerán versos."

RESONANCIAS DEL CAMINO

*

* *

Castelar está sentado a la mesa; el sitio que él ocupa es allí, por supuesto, como en todas partes, el más bullicioso y efervescente. Su voz atiplada, sus eses sibilantes, sus palabras llenas de aliento caliente, descuellan entre las demás. Yo, que estoy frente a él, dejo languidecer la conversación que sostengo con mi ilustre vecino, don Pedro de Madrazo, para seguir la del grupo de enfrente; pero me guardo bien, excusado es decirlo, de tomar parte en la discusión, ni de manifestar opinión alguna, por más que el jefe del posibilismo democrático me mira de vez en cuando, como seguro de mi conformidad con sus ideas republicanas. Castelar habla de política: en esos días precisamente ha dado el paso más radical de su republicanismo conservador, *posibilista*, aconsejando a sus partidarios que acepten dos carteras en el ministerio fusionista que acaba de formar Sagasta. Pero él personalmente no transige ni transigirá; jamás pisará el palacio real, mientras lo habite un monarca, aunque éste sea la actual reina de España, dechado de gentileza y de virtud, por cierto; gran señora. El jamás ha cambiado ni cambiará una palabra

ZORRILLA DE SAN MARTIN

con la reina, por no esbozar un signo de acatamiento; no va allí donde ella pueda encontrarse. Ultimamente, se ha dado el caso de hallarse Castelar en el parque de Aranjuez entre un grupo de damas, y aparecer la amable señora en el fondo de la larga alameda. El tribuno se ha retirado inmediatamente, como para no contaminarse.

Es una forma, como cualquier otra del *romanticismo*. ¿no es verdad?

Huye hasta del contacto material de los príncipes, y él ha sido todo un príncipe popular, el cisne blanco del lago azul, como diría uno de los frágiles poetas de la rítmica orfebrería literaria hoy más en boga.

Es concurrente asiduo a los salones de las damas de la aristocracia madrileña; a los de su buen colega e íntimo amigo Cánovas del Castillo; también a los de su ilustre tocaya doña Emilia Pardo Bazán. Y otro dato: es concurrente de las iglesias en las funciones de Semana Santa. Lo ví una vez, en un ángulo de la iglesia de las Calatravas, con un enorme libro en la mano, seguir, con el mayor recogimiento, las ceremonias sagradas: los inimitables salmos del Rey Poeta, las negras lamentaciones del Profeta de las ruinas y de las lágrimas. Es "el misticismo sentimental y nebuloso, de que todavía le que-

RESONANCIAS DEL CAMINO

dan rastros", que dice Menéndez y Pelayo en la semblanza que acaba de publicarse, y de la que leeremos algún fragmento.

De allí salían acaso muchos de sus grandes discursos, con religión, sin religión o contra la religión...

¿Pero no estábamos en la mesa del conde de Cheste?

Castelar era allí, me parece, el único español republicano; su voz y sus ideas, en aquella casa solariega, y entre aquellos retratos, y escudos, y aquellos hombres, Cánovas, Pidal y Mont, Nuñez de Arce, me hacía al principio el efecto de un desentono, casi de una provocación; pero pronto me convencí de que nada hubiera turbado la cordialidad y la alegría que allí reinaban.

Y resonaba la voz de Castelar:

—Quieren ahora que yo les haga gobierno; quieren que yo les arregle esto, después que lo han echado todo a perder...

—Mira, Emilio, decía, con voz rouca y tono socarrón, el viejo Campoamor, que estaba separado de su amigo republicano por algunos asientos intermedios; mira, tenemos que mandar buscar a Ruiz Zorrilla; tenemos que importarlo de París, para que, contigo, ponga orden en esto. Campoamor sabía muy bien, por supues-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

to, como todo el mundo, todo lo incompatibles que eran los dos políticos republicanos; la inquina que a Ruiz Zorrilla tenía Castelar.

—¡Oh, Ruiz Zorrilla, Ruiz Zorrilla! — clamaba éste — ¿Qué tengo yo que ver con Ruiz Zorrilla? Es una cabeza no más grande que una nuez. ¡Que se quede por allá! ¡Que se quede por allá!

Y Castelar continuaba hablando con entusiasmo.

— Oye, Emilio, volvió a interrumpir Campoamor, después de un rato, con palabra lenta y zumbona; me parece que la política no te hace perder el apetito. Chico ¡qué buen diente tienes!

—Pues ahí tienes tú la sola analogía que hay entre Ruiz Zorrilla y yo, grita Castelar, entre exaltado y risueño: yo tengo el estómago de avestruz, y él la cabeza.

Y así terminaba el incidente, y otros muchos análogos que giraban en torno de aquel espíritu en constante vibración...

*

* *

¿Y el orador?

Yo no lo conocí; no conocí al orador; me encontré sólo con sus ruinas, según me decía Cá-

RESONANCIAS DEL CAMINO

novas del Castillo, su admirador, cuando le di mi impresión, no del todo entusiasta, sobre el primer discurso que oí a Castelar en las Cortes. Estaba ya, en efecto, como un clavicordio descompuesto, que conserva algunas teclas sonoras, y aún algunos acordes por los que puede presumirse lo que ha sido en sus buenos tiempos. Él mismo lo comprendía así, y por eso no hablaba en público casi nunca. Yo lo oí sólo dos o tres veces: en las Cortes, y en la Academia con motivo de la recepción de Etchegaray. Este último discurso fué un fracaso, y el gran tribuno no volvió a hacerse oír. Pero aun juzgando las ruinas, como tales ruinas, las que yo encontré de Castelar no me dieron la sensación de la belleza. Para ser hermosa ruina no es necesario haber sido hermoso monumento; pero es necesario serlo de un material noble, persistente, perdurable. Yo no sé si nuestro cemento armado dará ruinas como las del Parthenon o las del Arco de Tito; lo veremos dentro de dos o tres mil años. Castelar, como orador, aun en sus mejores tiempos, a juzgar por la ruina que yo alcancé, no era de material muy noble, me parece.

Creo que el concepto que tuvo del arte oratorio era erróneo, aún en sus buenos tiempos,

ZORRILLA DE SAN MARTIN

Castelar no es buen modelo de elocuencia; no hablaba; recitaba, y siempre de memoria, como él mismo me lo dijo: no se colocaba, según es razón, a la altura y en la disposición de su auditorio, sino que obligaba al auditorio a colocarse a la suya; no lo levantaba lentamente, poco a poco; le daba un empujón, un gran tirón mejor dicho, desde arriba; era un exabrupto continuado. Y nada es más contrario a la elocuencia que lo teatral. Es indudable que ese fluído que esparce el orador en torno suyo, para que su palabra arraigue y germine en las otras almas es indispensable a todo gran discurso; el auditorio es parte del orador mismo, y, sin duda por eso, existe esa especie de pánico que precede necesariamente a la emisión de la palabra elocuente: porque existe un desequilibrio entre el estado de ánimo del orador y el de su auditorio. Ese pánico desaparece, y se transforma en vigor, en cuanto la comunicación se ha establecido; en cuanto el orador se siente dueño de sí mismo, es decir, de todas las almas fundidas en la suya.

El equilibrio se ha restablecido entonces y la calma renace con él en las almas como en la naturaleza. En Castelar, la necesidad del ambiente propio era más necesaria que en otros; por que el desequilibrio era mayor; de ahí que en él no

RESONANCIAS DEL CAMINO

había término medio entre el gran éxito y el gran fracaso. Al orador de que Castelar era el tipo más brillante y acabado es muy aplicable, con relación a su auditorio, aquello del cantar popular:

Cazador que a caza vas
De mujer o de león,
¡Ay de tí, si no le das
En mitad del corazón!

Castelar no estaba últimamente seguro de su puntería al corazón, aun al español, tan grande, y, por ende, tan fácil de hacer blanco. Y se calló. Eso me privó del honor de haber tomado parte con él en algún acto público, allá en los buenos tiempos en que celebrábamos juntos el cuarto centenario del descubrimiento de América. Yo ya no estoy *para sinfonías*, me decía; ya no tengo oído.

*

* *

¿Y sus ideas? ¿Y mis divergencias radicales con ellas?

¡Oh, sus ideas! No se me ha ocurrido, francamente, pensar en eso. Yo no sé si Castelar tenía

ZORRILLA DE SAN MARTIN

ideas que no fueran simple materia prima de su arte pintoresco. Acabo de recordar aquello de "ya no estoy yo para sinfonías" que él mismo me decía, al excusarse de prestar su concurso oratorio en el Centenario de "la invención de América" como él también decía. No sé si él mismo se daba cuenta de toda la verdad de su dicho. Pienso, saliendo algo de mi propósito actual, en la obra total de Castelar, en sus ideas madres, y concluyo en que el resonante español fué eso que él me decía: un precioso instrumento musical; una triunfal sinfonía. Se me ocurre que las ideas eran a sus grandes discursos lo que el libreto a la composición musical; cosa secundaria, indiferente o poco menos. Hay libretos detestables, como se sabe, de óperas magníficas. Castelar era un buen libretista; un músico eminente.

Aventuradas parecen, y aun audaces, esas afirmaciones o impresiones, si se tiene en cuenta la obra copiosísima del gran polígrafo, y su influencia, su resonancia, mejor dicho, en todo el mundo, en nuestra América, sobre todo en nuestra generación; me aventuro, sin embargo, a decir lo que digo porque mi impresión coincide mucho con la de Menéndez y Pelayo que leo en la semblanza que ahora precisamente llega a

RESONANCIAS DEL CAMINO

nuestras manos, y que me parece estar oyendo de boca del mismo Menéndez y Pelayo, con quien más de una vez hablamos de estas cosas. Menéndez quería bien a Castelar; no tanto como Cánovas quizá; pero lo quería bien; tuve más de una ocasión de convencerme de ello. No así Tamayo y Baus, por ejemplo, que ni lo apreciaba ni podía pasarlo. Y no por envidia, a buen seguro. Tamayo y Baus, nobilísimo espíritu, no era accesible a esa mezquina pasión. Se trata sólo de un caso clásico de contraposición de caracteres, más aun que de ideas.

Veamos algunos fragmentos de la Semblanza de Castelar que nos hace Menéndez y Pelayo; los que más dicen relación con las impresiones mías de que hablamos, y que he trazado sin tener presentes las suyas.

“Castelar, dice mi ilustre amigo, nunca ha sido metafísico ni hombre de escuela, sino retórico afluente y brillantísimo, poeta en prosa, lírico desenfrenado, de un lujo tropical y exuberante, idólatra del color y del número, gran forjador de períodos que tienen ritmos de estrofas, gran cazador de metáforas; inagotable en la enumeración; siervo de la imagen, que acaba por ahogar entre sus anillos a la idea; orador que hubiera escandalizado al austerísimo Demóstenes, pe-

ZORRILLA DE SAN MARTIN

ro orador propio de estos tiempos; alma pan-teísta, que responde con agitación nerviosa a todas las impresiones y a todos los ruidos de lo creado, y aspira a traducirlos en la forma de discurso. De aquí el forzoso barroquismo de esa arquitectura literaria, por la cual trepan, en revuelta confusión, pámpanos y flores, ángeles de retablo, y monstruos y grifos de aceradas garras".

.....

"En cada discurso del señor Castelar se recorre dos o tres veces, sintéticamente, la universal historia humana, y el lector, cual otro Judío Errante, ve pasar a su atónita contemplación todos los siglos, desfilar todas las generaciones, hundirse los imperios, levantarse los siervos contra los señores, caer el Occidente sobre el Oriente; peregrina por todos los campos de batalla; se embarca en todos los navíos descubridores, y ve labrarse todas las estatuas y escribirse todas las epopeyas. Y no satisfecho con abarcar así los términos de la tierra, desciende unas veces a sus entrañas y otras veces súbese a las esferas siderales, y desde el hierro y el carbón de piedra hasta la estrella *Sirio*, todo lo ata y entreteje en ese enorme ramillete, donde las ideas y los sistemas, las heroicidades y los

RESONANCIAS DEL CAMINO

crímenes, las plantas y los metales, son otras tantas gigantescas flores retóricas.

“Nadie admira más que yo (aparte de la estimación particular que por maestro y por compañero le profeso) la desbordada imaginación y las condiciones geniales de orador que Dios puso en el alma del señor Castelar. ¿Y cómo no reconocer que alguna intrínseca virtud o fuerza debe de tener escondida su oratoria para que yendo, como va, contra el ideal de sencillez y pureza que yo tengo por norma eterna del arte, produzca, dentro y fuera de España, entre muchedumbres doctas o legas, y en el mismo crítico que ahora le está juzgando, un efecto inmediato, que sería mala fé negar?”

.....

Con esta lectura autorizo mi impresión sobre *las ideas* de Castelar, y, por la coincidencia del sentir y del pensar del gran maestro español sobre el “genial orador”, explico cómo esas *ideas*, o como quiera llamárseles, tan discrepantes con las mías como con las de Menéndez y Pelayo, no nos separaron nunca, ni menoscababan nuestro afecto recíproco. Las convergentes, en cambio, nos unieron siempre, y estrecharon ese acuerdo del corazón que siento vivo en la memoria. Castelar tenía una gran predilección por

ZORRILLA DE SAN MARTIN

nosotros, por nuestras repúblicas hispanoamericanas. Y hablaba de nosotros con no mentido cariño, al que no podíamos menos de corresponder. Es que nosotros identificamos la idea de patria con la de república y democracia; y como la idea de patria es una santa idea, santas son, para nosotros, la república, la democracia, las instituciones libres, que amamos al par de nuestra fé religiosa los que por dicha la tenemos, y los que no la tienen como una especie de religión.

Pero es una religión sin dogmas; para nosotros, no hay *herejías civiles*, si se me permite la expresión. El sentimiento patriótico no está unido indisolublemente a la idea de Estado, por que las instituciones cambian, los regímenes pasan, los gobiernos caen... la Patria permanece. Permanecer es vivir; permanecer, al través de todas las transformaciones y reformas. El patriotismo es más amplio que la política; va más allá de la vida presente, de las generaciones actuales; comprende más que los bienes materiales que la Patria nos asegura. Pero por lo mismo "tiene sus límites". Educar el patriotismo, formarlo como virtud, lo que se llama virtud, es el solo camino de la paz, cosa espiritual, como

RESONANCIAS DEL CAMINO

lo es la Envidia, su natural enemiga, el más ruin de los vicios capitales.

Pero por aquellos mundos de España no sucede lo mismo: católicos conocí yo allá, y muchos, que identificaban la religión, no ya con la patria, sino con una forma de gobierno, con una tradición política, y hasta con un hombre, y excomulgaban a los que amaban la forma contraria, empujándolos a combatir la religión por combatir la política que con ella pretendía identificarse. No se tomaba, a veces, la política, como medio de hacer triunfar la religión; se invocaba la religión como recurso para triunfar en política. Y esto no es bueno ni mucho menos.

Eso fué Castelar: amaba la democracia con pasión; veía la felicidad de su patria en una república conservadora, en la cual esperaba con más o menos fundamento, ver florecer y desarrollarse la religión misma, ¡la Religión Católica, que es la del pueblo español, según él lo afirmaba con frecuencia. ¡Blasfemia! le gritaban; ¡herejía!

Nó, eso no era una herejía; no era, cuando menos, más herético que el afirmar que es necesaria a la religión la forma de gobierno A.

ZORRILLA DE SAN MARTIN

o el rey B, para existir y desarrollarse y salvar las almas.

Castelar quería a nuestras repúblicas americanas. En el porvenir, me decía un día, vendrán ustedes a España en peregrinación, como a la Tierra Santa de la raza; ustedes serán muy ricos; pero no podrán olvidar a la vieja madre, aunque llegue a ser pobre, porque serán nobles. Y lo serán porque son sus hijos.

Conservo un buen retrato de mi ilustre amigo, como uno de tantos preciados recuerdos de aquella amable tierra española, en la que tan poco me costó hacer pronunciar con cariño el nombre de mi buena tierra uruguaya, que yo representaba del mejor modo que me fué posible.

Al darme Castelar su retrato con su abrazo de despedida, escribió al pié: Al elocuente orador e inspirado poeta Zorrilla de San Martín, en prueba de grande estimación a su persona y profundísimo amor a su patria.

Bien sé que me expongo a que se me diga que trascribo aquí esa dedicatoria por aquello de "elocuente e inspirado" con que el benévolo amigo me regala. No diré yo lo contrario; no diré que tenga la virtud de ser inaccesible a esas humanas vanidades; pero adviértase, y sírvame

RESONANCIAS DEL CAMINO

ello de atenuante, que si lo que a mí se refiere puede ser, y seguramente lo es, una fórmula de generosa cortesía, hay, en cambio, mucha espontaneidad en esa protesta de amor a mi Patria.

Y siempre es oportuno trasmitirla al mayor número, por que procede de un buen corazón, lo que se llama un noble corazón.

Que lo era, ante todo y sobre todo, aquel Emilio Castelar, cuyo recuerdo, recogido como melancólica resonancia de mi camino, es como la última nota de un acorde que se aleja, que se va para no volver, que no sonará más en mi vida: el de las amables sonoridades románticas, *castelarrinas* o *castelarianas*, que, dígame lo que se quiera, eran bien musicales, estimulaban buenos entusiasmos, y determinaban muchos amores finos, y no pocas acciones generosas. Eran pues, una realidad, lo que se llama una realidad.

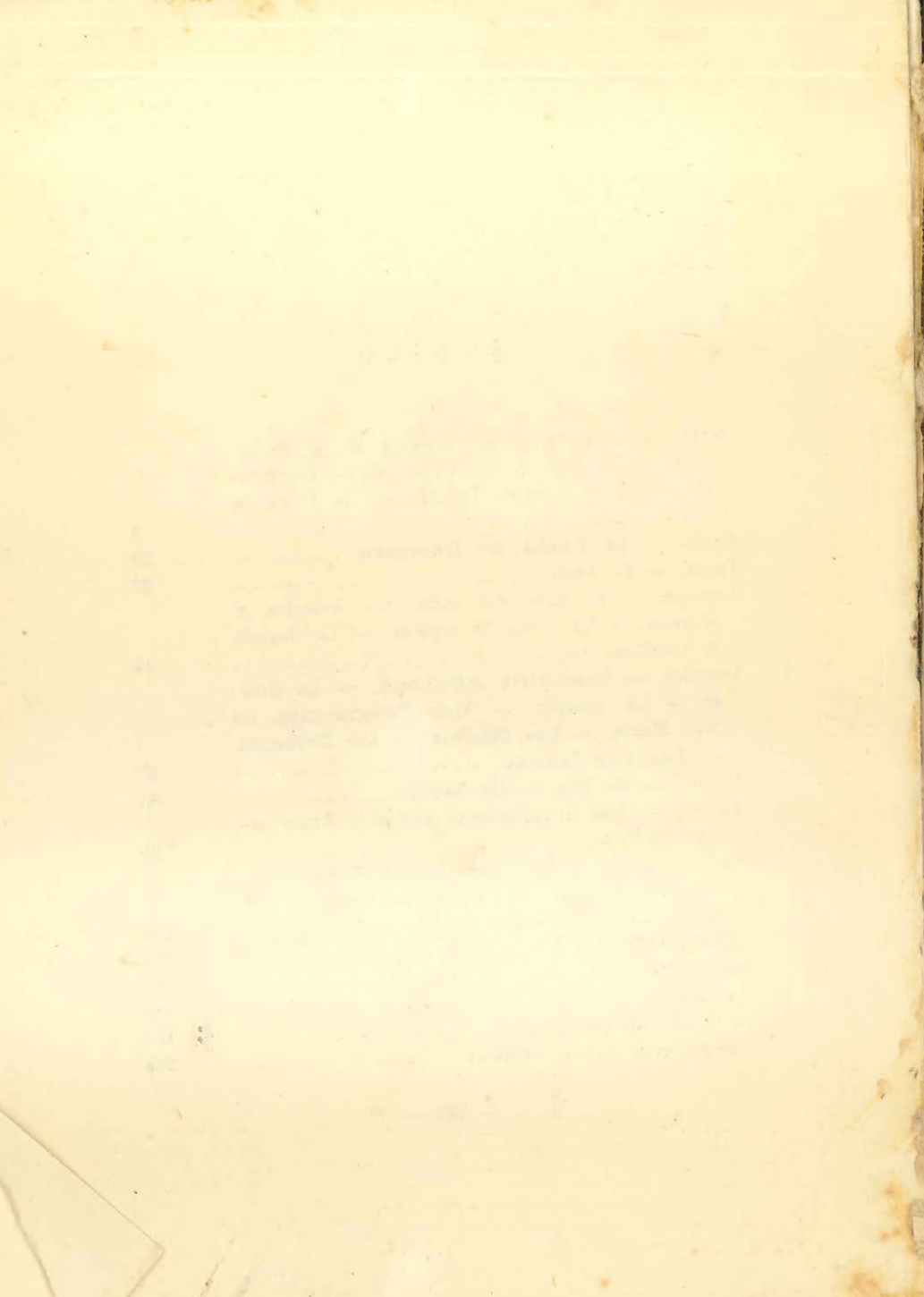


INDICE



I N D I C E

París. — La gran ciudad moderna. — El Boulevard. — El Bois de Boulogne. — La Magdalena. — El. — Arco de Triunfo. — La Torre de Eiffel	7
París. — La 'Tumba del Emperador	27
París. — El Sena	37
Londres. — El paso del canal. — América y Europa. — La Campiña inglesa. — La llegada a Londres	49
Lourdes. — Consolatrix afflictorum. — La Gruta. — La Imagen. — Una Peregrinación. — Ave María. — Las Piscinas. — Los Enfermos. — Las Tres Iglesias	57
Toledo. — De Día. — De Noche	81
Toledo. — Las arquitecturas gótica y árabe. — La Catedral	93
Valle de Seba. — El Camino. — La Montaña. — Las Campanas. — La Canción del regreso. — El valle paterno dormido	109
Cielo y mar	119
Montevideo	141
La Matriz	163
Recuerdos de infancia	187
Conversando sobre Castelar	205



Sr. Presidente del Banco de la República, Dr. Don Alejandro Gallinal.

Señor Presidente:

Tengo honor de acusar recibo de la honrosa nota en que me hace saber que el Banco de la República, tan dignamente presidido por Vd., ha resuelto, por el voto unánime y expresivo de su Directorio, realizar una edición de mis obras completas, en conmemoración del cincuentenario de La Leyenda Patria, y para discernir a su autor, antiguo colaborador, como Delegado del Gobierno en esa fecunda institución modelo, un honor tan señalado como lleno de carácter y de expresión benevolente.

Por más que lo considero muy superior a mis merecimientos, yo debo aceptar y acepto agradecido ese honor, y desempeñaré con placer el encargo que recibo de ordenar mis obras completas, secundando en un todo el propósito generoso del Banco.

Quiera Vd., señor Presidente, hacerse intérprete ante su Directorio, ante todos y cada uno de sus miembros, de la gratitud que, con su amable actitud, me han impuesto para siempre, y aceptar Vd., personalmente, las protestas de consideración afectuosa con que retribuyo cordialmente las suyas.

Juan Zorrilla de San Martín.

